CHRISTUS

Revista Mensual

Aprobada y Bendecida por el Vble. Comité Episcopal

Registrada como Artículo de Segunda Clase en la Admón. Central de Correos de México el día 3 de enero de 1936

Año.- 4 No 41 "Omnia et in omnibus Christus" Abril de 1936

A Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XII

que el Señor le prolongue largos años la vida y le conceda un próspero reinado y que triunfe siempre de los enemigos de la Iglesia.

Ad Multos Annos

A Nuestro Santísimo Padre el Papa Pío XI

de feliz memoria

al Papa de la Acción Católica, de la Paz y de las Canonizaciones; al que tánto amó a México.

In Memoriam

Christus

S. S. Pío Doce (1)

El hoy famoso Dr. Attilio Caccini era hace medio siglo un jovenzuelo travieso y turbulento, eterna pesadilla de los maestros del Regio Ginnasio Lyceo Ennio Quirino Visconti, que ensayaban en él todos los castigos pedagógicos de la época. Todo era en vano. El mismo Caccini se había convencido de ser él la personificación de la travesura y picardía, y así en sus ratos de ocio, que no eran raros, ilustraba sus apuntes de clase con caricaturas hechas a pluma, en que se representaba a sí mismo, ya en la horca, ya en la hoguera, ya en alguna otra forma de tormento infligido por sus pedagogos. Junto al lugar del suplicio, casi invariablemente, aparecía otro jovencito de perfil delicado orando piadosamente por el alma del reo. Evidentemente el muy pícaro de Attilio sabía mitigar cualquier tormento, a que su propia pluma lo sujetaba, con sólo añadir en el dibujo la amable figura de su amigo de infancia y mejor compañero de clase, Eugenio Pacelli.

Tal aprecio tenía el desatinado Caccini por las virtudes de su condiscípulo que en una de sus obras maestras —que todavía existen y exhibió él mismo, con más descaro que nunca, ante los representantes de la prensa, la noche del 2 de marzo después de la elección del Sumo Pontífice Pío XII— aparece Pacelli en forma de angel velando ante la horca, mientras los profesores saborean su venganza.

El Dr. Caccini describe a su antiguo condiscípulo en estos términos: *"Era muy reposado y estudioso. No tenía fama de talento muy brillante, sino más bien de lo que llamaríamos un "machetero." Parecía aprender despacio, tal vez porque quería gravar profundamente en su cerebro cada partecita de los conocimientos que adquiría. Era muy amable y de carácter muy firme."*

Eugenio Leri, condiscípulo de ambos, se expresaba así de Pacelli: *"Yo me acuerdo que era un muchacho muy inteligente en la escuela, que podía responder a cualquier pregunta que hiciera el maestro. Era muy modesto, cortés y muy agradable."*

---

(1) Indudablemente, el tiempo vendrá a rectificar algunos de los datos de esta biografía. El cotejar los primeros reportazgos de la prensa extranjera ofrece alguna dificultad, pues no es raro encontrarlos ligeramente contradictorios. Los lectores de CHRISTUS sabrán hacer extensiva a esta compilación la indulgencia que los corresponsales de la prensa justamente merecen en su febril acopio y transmisión de datos.

Por aquel tiempo nuestro joven no había pensado abrazar la carrera eclesiástica.

Nacido en la ciudad de Roma, el 2 de marzo de 1876, recibió las primeras letras en un colegio de religiosas e ingresó, a la edad de 10 años, al Liceo Gimnasio donde le conocimos con Caccini, en cuyas aulas se dedicó a los estudios clásicos durante 8 años, terminados los cuales debía entrar a una universidad, que sería también del Gobierno, donde estudiaría leyes. En vísperas ya de matricularse en la universidad, Pacelli decidió ser sacerdote. Para Caccini no fue nada extraña la determinación de su amigo, antes por el contrario le hizo un augurio: *"Tú serás Papa."* Eugenio respondió: *"Domine, non sum dignus,"* "Señor, yo no soy digno."

Excepto la palabra noble y formal del hoy Dr. Caccini, nada nos obliga a aceptar la autenticidad de este augurio juvenil, sin embargo, sus dibujos y cuadernos de escuela, que atestiguan la opinión que tenía de Pacelli, sí son fehacientes. Por otra parte, es positivamente cierto que diez días antes de la elección de Pío XII, Caccini le escribió: *"Esta será la última vez que, al tener el privilegio de escribiros, os pueda llamar Eugenio Cardenal Pacelli."*

El propósito de Eugenio Pacelli de seguir la carrera eclesiástica, llenó de regocijo a los suyos. La familia Pacelli pertenece a la nobleza *"negra,"* semiperdida en los tiempos medioevales en que la pleitesía de los nobles se dividió entre la Iglesia y el Estado. Llevan los Pacelli los títulos de Nobles de Acquapendente y de Sant' Angelo in Vado. Desde sus orígenes se han distingido por su inquebrantable lealtad a la Santa Sede. El abuelo de Eugenio, Marcantonio Pacelli, fue Subsecretario del Interior de los Estados Pontificios, bajo el reinado del Papa Pío IX, de 1851 a 1870, es decir hasta que Roma se convirtió en capital de Italia y los Estados Pontificios dejaron de existir. Filippo Pacelli, padre de Eugenio, fue Decano del Colegio secular de Abogados Consistoriales, y miembro prominente de la *"Unione Romana"*, o sea el Partido Católico. Todo el mundo recuerda que Francesco Pacelli, único hermano varón de nuestro biografiado, fue el socio del Eminentísimo Cardenal Gasparri en los tratados de Letrán. Además Pío XII cuenta hoy con sus tres sobrinos Carlo, Marcantonio y Giulio, que, siguiendo la tradición de la familia, son abogados del Vaticano.

Entró, pues, nuestro joven a la Universidad Gregoriana a prepararse para el sacerdocio. Tenía entonces dieciocho años. En 1901 fue ordenado sacerdote y celebró su primera Misa en la Basílica de Santa María la Mayor. Poco después, terminados sus brillantes estudios de teología y derecho, fue llamado al Sacro Colegio de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios. Este llamamiento fue decisivo en la carrera del futuro Secretariado de Estado. Comenzó allí su labor como *"minutante"*; pero debe tenerse en cuenta que en esas aulas es donde se ventilan los asuntos eclesiásticos relacionados con las leyes civiles y los concordatos y que las decisiones allí tomadas se presentan al Papa mediante el Secretariado de Estado. Aquel

nombramiento le fue dado por León XIII. Así, el hoy Pío XII, fue ascendiendo como consejero en negocios de Estado de cuatro Sumos Pontífices. Pío X lo nombró Subsecretario de Estado en 1912; ocupó este puesto, primero bajo el Cardenal Merry del Val y después, en tiempo de Benedicto XV, bajo el Cardenal Gasparri, su especial amigo y protector. Al ser elevado el Cardenal Gasparri al puesto de Secretario de Estado en 1914, Benedicto XV nombró a Monseñor Pacelli, Secretario de la Congregación de Asuntos Eclesiásticos Extraordinarios.

Alto, delgado, sereno, amablemente austero, de exquisito trato, Monseñor Pacelli estaba entregado totalmente al trabajo. Por un tiempo había sido profesor de Derecho Canónico en el Instituto Pontificio *"Apollinaris"*; donde era muy estimado; el Cardenal Gasparri, sin embargo, le aconsejó renunciar a esa Cátedra y dedicarse exclusivamente a los asuntos de Estado. Uno de los más inmediatos colaboradores del mismo Cardenal en su magna obra de codificación del Derecho Canónico había sido Pacelli.

En 1917, Benedicto XV nombró a Monseñor Pacelli, Arzobispo Titular de Sardi, comenzando allí la figura mundial del Príncipe Eclesiástico.

La guerra asolaba Europa. El Papa ansiaba la paz. Conocía el foco de bélico frenesí: Alemania, y conocía a un hábil diplomático: Pacelli. El 20 de abril de aquel año, fue enviado a Munich el joven eclesiástico en calidad de Nuncio Apostólico. El enviado llegó a su destino en mayo y al mes siguiente tuvo una entrevista con el Canciller Bethmann-Hollweg. El 17 de julio, el Nuncio recibió orden de pasar de Munich a Berlín y discutir con el Kaiser Guillermo II las bases para la paz. El representante de la Santa Sede entrevistó al Kaiser en su cuartel general de Kreuznach. Guillermo II escribió acerca del Nuncio: *"Pacelli es hombre distinguido y afable, de gran inteligencia y excelentes modales, acabado modelo de un eminente prelado de la Iglesia Católica."* Más, aunque exquisitamente cortés, no fue sin embargo nada tímido el joven diplomático ante el Emperador de Alemania, el cual dedica en sus memorias un capítulo entero a aquella entrevista y refiere que el Prelado se despidió con estas palabras pronunciadas con ojos refulgentes: *"¡Vos tenéis razón! El deber es del Papa; él debe actuar; es mediante el Papa como el mundo debe volver a la paz. Yo trasmitiré vuestras palabras a Su Santidad."*

La entrevista fue infructuosa. El argumento del obstinado Emperador se reducía a que los Socialistas habían hecho grandes esfuerzos en favor de la paz y el Papa no había hecho ningunos. Y advertía que si el Papa no los hacía, vendría la paz, pero traída por los Socialistas, paz muy peligrosa aún para el Papa y la Iglesia Romana. (Unos días antes de esta conversación, los socialistas de todo el mundo se habían reunido en Estocolmo planeando infructuosamente un tratado de paz).

El 1º de agosto, Benedicto XV presentó su famoso plan de paz; la mayor parte de sus peticiones había de ser después incorporada en los Catorce puntos del Presidente Wilson. La proposición pontificia fue llamada la *"paz blanca,"* paz sin victoria. Oportunamente los Poderes Centrales, la Entente y los Aliados respondieron al Papa, mas según la frase de un historiador *"las respuestas fueron obras tan maravillosas de diplomacia que echaron por tierra los esfuerzos en pro de la paz."*

El Kaiser había dado a entender claramente al representante de la Santa Sede que las proposiciones de paz eran altamente estimadas en Alemania; Pacelli, sin embargo, comprendió la poca disposición del Kaiser para aceptarlas y tres días más tarde volvió a entrar en negociaciones con Alemania. Viajes, telegramas, esperas, entrevistas, convencieron al Nuncio de que nada alteraría la actitud de aquel Gobierno. El documento pontificio enviado como carta privada fue publicado. El Papa fue ruidosamente criticado por la prensa y acusado como *"derrotista"*... Pronto vino la retirada de Caporetto, con millares de soldados gritando: *"¡Abajo la guerra!"* *"¡Viva el Papa."*

El Nuncio Pacelli, supo resistir toda aquella situación no obstante estar rodeado de los más hábiles diplomáticos de naciones encendidas en odio. Aunque su primera misión había sido infructuosa, su prestigio se había afirmado definitivamente. Permaneció en Munich hasta el fin de la guerra y se quedó allí durante la revolución.

Fue en este tiempo cuando un grupo de revolucionarios, pistola en mano, invadieron la Nunciatura. Sereno, resplandeciente en sus galas arzobispales, salió al encuentro de los vándalos; reposadamente les hizo saber que se encontraban en suelo privilegiado como extraterritorial y los conminó si se atrevían a poner las manos sobre un diplomático extranjero. El magnetismo de su personalidad triunfó sobre los revolucionarios, los cuales se alejaron avergonzados. Más tarde dieron la debida satisfacción que él exigió.

En 1920, estando la República Alemana ya constituída, decidió la Santa Sede acreditar ante ella un Nuncio Apostólico, el Arzobispo Pacelli, cuyos humanitarios esfuerzos en el canje de prisioneros habían hecho brotar la gratitud en los corazones menesterosos, y cuyas gestiones para el concordato con Baviera habían puesto más de relieve su figura; fue aceptado como persona grata ante el nuevo régimen. Durante los primeros años, siguió residiendo en Munich; terminado el concordato con Berlín, en 1924, pasó a la capital de Alemania. En Berlín era el decano del Cuerpo Diplomático. Esta prerrogativa lo hacía representar al mismo Cuerpo Diplomático; él la aprovechaba con su espíritu conciliador. Sus exquisitos modales, su tacto con hombres de otros credos, sus cualidades linguísticas y su bondad innata lo hacían amado y popular en todo Berlín. En verdad, era conocido y amado en toda Alemania, que recorrió totalmente en continuos viajes asistiendo a toda clase de asambleas católicas. Ya desde entonces, el diplomático verdadera-

mente moderno, viajaba generalmente en avión. Año por año, en la recepción oficial en que el Presidente von Hindenburg recibía las felicitaciones de todo el Cuerpo Diplomático, era el Arzobispo Eugenio Pacelli el escogido, por sus grandes cualidades oratorias, para pronunciar el discurso a nombre de las legaciones extranjeras; era conocido como uno de los mejores oradores de Berlín, y más grandes maestros en la lengua teutónica, no obstante que, a su llegada en 1917, el Kaiser lo encontró tan insuficiente en ese idioma que tuvieron que hablar en francés.

El concordato de la Santa Sede con Prusia fue una nueva victoria de Pacelli. El concordato con Baviera había contado con la ventaja de que la mayoría de la población era católica. Mas el haber obtenido, como él obtuvo en agosto de 1929, términos tan favorables para la Iglesia Católica en el corazón del Luteranismo, fue una proeza y evidente demostración de que ya sólo era cuestión de tiempo, para ver en las manos de Pacelli los negocios de Estado más delicados y transcendentales. En diciembre de aquel año el Papa Pío XI le otorgó el capelo cardenalicio. El 10 de febrero del año siguiente lo nombró Secretario de Estado, haciéndolo sucesor del glorioso Cardenal Gasparri, que doce meses antes, ayudado de Francesco Pacelli, había llevado a feliz término los Tratados de Letrán poniendo fin a la Cuestión Romana.

El nuevo Secretario de Estado, cuyo amor a la paz había sido coronado con crecientes proezas diplomáticas, inmediatamente se identificó con su amado Padre el Pontífice de la Paz, Pío XI. Pero el trabajo era muy árduo: Rusia, Alemania, México, Italia, España, Yugoeslavia, el mundo entero, ponía constantemente a prueba la habilidad y energía del más allegado colaborador del Santo Padre. Tal vez se distinguió Alemania: El Cardenal Pacelli anheló siempre la paz, pero a base de justicia. El lema de su escudo de armas revela su norma de vida *"Opus justitiæ pax."* "La obra de la justicia es la paz." Es el lema que escogió al recibir el capelo cardenalicio y que ratificó al ser elevado a la Cátedra de San Pedro. Pero Alemania no ha sabido encontrar esa paz: Hábiles negociaciones emprendidas en los primeros días del régimen de Adolfo Hitler, culminaron con el concordato de julio de 1933. Hitler se comprometía a no hacer distinciones contra los miembros del partido Católico Centrista, entonces recién disuelto; la Iglesia aseguraba que la Acción Católica no se mezclaría en política. Antes de dos años, el neopaganismo alemán era ya intolerable para los católicos. El Secretario de Estado hizo oír su voz, pero fue recibida con actos de represalia: arrestos en masa de religiosas y monjes acusados de violar las leyes monetarias. En Lourdes, ante más de 250.000 peregrinos, el Cardenal Pacelli hizo público que la Iglesia no podía hacer la paz con *"enemigos poseídos de superstición de raza y de sangre."* El Vaticano jamás negó que estas frases habían sido dirigidas a Alemania. Un mes más tarde, el Osservatore Romano, órgano oficial de la Santa Sede, acusaba al Reich de haber violado el concordato de 1933 al menos en tres puntos: amenazar a los católicos con las leyes de esterilización, restringir la libertad de cultos y coartar la libertad de la prensa católica. Una nota del Secretario de Estado enviada a Berlín confirmaba las reclamaciones del Vaticano. Desde entonces, la prensa Nazi no ha dejado de acusar a la Santa Sede, y de un modo muy especial al Cardenal Pacelli, de estar fomentando ante el mundo entero una campaña antigermánica.

Desde los primeros meses de colaboración con Pío XI como Secretario de Estado, el Cardenal Pacelli mereció del Santo Padre todo su amor y su confianza. El Sumo Pontífice constantemente fue premiando las dotes y sacrificios de aquel hombre providencial para él. En 1930 lo nombró Arcipreste de San Pedro, poco después, Prefecto de la Fábrica de San Pedro y finalmente, en 1935, le concedió el honor más alto nombrándolo Camarlengo o Regente Papal para los días previos a la elección de un nuevo Pontífice. Lo nombró su representante en la Coronación de la Reina de México y la América Latina, celebrada en Roma en 1933; lo envió como representante suyo al Congreso Eucarístico de Buenos Aires en 1934 y lo invistió del mismo carácter en 1935 enviándolo a Lourdes a la Clausura del Año Santo de Nuestra Redención. Cada viaje del Secretario del Papa era un delirio de júbilo para los países visitados y un triunfo para la Iglesia de Cristo. Aún su viaje de vacaciones hecho por los Estados Unidos en 1936 fue un constante destello de su gran personalidad. Durante los últimos días de su estancia en Long Island, N. Y., hizo un viaje aereo a la costa del Pacífico. A los seis días estaba de regreso habiendo visitado South Bend, Chicago, St. Paul, San Francisco, Los Angeles, St. Louis y Cincinnati; visitó también Washington y Filadelfia habiendo recibido altos homenajes, títulos honoríficos y la admiración de todo el país y de un modo especial del Presidente Roosevelt y del Clero Norteamericano.

Pero los pródigos honores constantemente recibidos no han afectado su humildad. *"El es hoy* —escribía hace un año Arnaldo Cortesi— *como ha sido siempre, uno de los hombres más humildes y modestos que uno puede imaginar. Humildad y modestia son en verdad sus principales características. El es, en el mejor y más alto sentido de la palabra, un verdadero sacerdote, y su acendrada piedad, su bondad y su prontitud para el ejercicio de sus deberes sacerdotales son proverbiales en Roma."*

Protestó humildemente al saber que S. S. Pío XI había tenido a bien concederle la púrpura cardenalicia. Con mayor energía protestó al ser amenazado con el puesto de Secretario de Estado, esforzándose por desmostrar que no era capaz de desempeñar ese cargo. Mas el Santo Padre se hizo sordo a sus protestas y le exigió su ayuda. El día 2 de marzo el Colegio Cardenalicio pagó un nuevo tributo a la fe que Pío XI tuvo siempre en el Cardenal Pacelli. Más aún, los escrutinios del Cónclave no solamente revelaron la voluntad unánime de los Príncipes de la Iglesia, sino también, y sobre todo la voluntad de Dios Omnipotente y el cumplimiento de su promesa:

"*Suscitabo mihi sacerdotem fidelem, qui iuxta cor meum et animam meam faciet: et ædificabo ei domum fidelem, et ambulabit coram Christo meo cunctis diebus.*" "Yo suscitaré para mí un sacerdote fiel, el cual se conducirá según mi corazón y según mi espíritu; y edificaré para él una casa leal, él procederá en presencia de mi Cristo durante toda su vida." (Introito de la Missa pro Eligendo Summo Pontifice, I, Reg. 2, 35).

Ernesto G. Tagle.

Antigua Cerería "LA PURISIMA"

Una prueba más de la bondad de nuestros artículos

Me es grato recomendar por las presentes letras al VENERABLE CLERO de la República, los PRODUCTOS DE CERA elaborados por la — "ANTIGUA CERERIA L A P U R I S I M A" de CATARINO GOMEZ, SUCESORES, pues me consta personalmente la excelente calidad, pureza y escrúpulo con que son preparados, para el servicio del altar.

México, D.F., 15 de junio de 1938.

MAXIMINO RUIZ
Obispo Titular de Derbe
Vicario General del Arzobispado de México.

Catarino Gómez, Sucesora

Colombia 26. - Antes Cocheras — Tel. Eric. 2-94-08

MEXICO, D. F

¡Ha muerto el Papa! ¡Viva el Papa!

La presencia de la muerte es saludable al hombre; pero tiene que llegar muy cerca de él, porque de otra manera la emoción se pide en préstamo a ciertas fórmulas inventadas para encubrir el egoismo, que hace todo lo posible por no desazonarse. Por esta razón hace meditar el sacudimiento que recorre el mundo al morir un Sumo Pontifice Romano. Los de dentro y los de fuera de la Iglesia católica, cuantos lo amaron y lo odiaron, los que viven en Roma y sus antípodas, todos tienen un sentimiento qué expresar. El de los católicos, es claro, sincero, filial; como las lágrimas de los que en la plaza de San Pedro cayeron de rodillas, al recibir la noticia de la muerte de Pío XI. Los otros, sienten y hablan, generalmente con respeto y admiración, de aquel centro de maravillosa unidad católica y equilibrio para toda la humanidad; pero su manera de expresarse, un tanto destanteada, hace la impresión de quien palpara algo misterioso, que no logra asir completamente con su interpretación.

La supervivencia del Papado, por una parte, como si viviera fuera del tiempo, contradice a la historia quedándose al márgen del perpetuo cambio de instituciones; y, por otra, en los días de sucesión pontificia, la palpitación de la vida cristiana rompe la lógica de los sentimientos humanos. La catolicidad, después de la muerte de un Pontifice, divide sus días en dos ritmos contradictorios: Sus horas de luto toman expresiones rituales tan majestuosas y solemnes, que no tienen igual. Y de repente, el triste doblar de las campanas, se cambia en alboroto de gloria; apenas han pasado unos cuantos días y la pompa funeral se detiene al grito de "*Papam habemus!*". Sobre la tumba reciente se levanta luego el trono del sucesor.

Cuando se muere, en cambio, nuestro padre o nuestra madre, el dolor es incurable; y más humano cuanto más profundo.

A nadie, sin embargo, se le ocurre pensar que el dolor por la muerte de un Papa sea insincero; ni que tengan mayor verdad las lágrimas de los personajes por él encumbrados, quizás partícipes de sus mismas graves preocupaciones y angustias, que las de la viejecita anónima o las del cristiano semi-salvaje de la selva africana, quienes solamente saben de él que se llamaba Pío XI y que era je-

fe de la cristiandad. Y ese luto tendría el mismo valor y significado si hubiera sido por León XIV, Juan XXV o San Pedro. Pero sobre todo, ¿por qué llorar antes de enterarse si merecía aquellas lágrimas, o por qué alegrarse antes de conocer las capacidades del sucesor?

Los acontecimientos de Dios no caben dentro de nuestros pobres esquemas lógicos. Precisamente porque la naturaleza está más cerca de El que el hombre, cuando los vivientes inferiores pierden alguno de sus miembros, acusan signos de dolor, pero a poco toda la casta vuelve a la alegría de la vida, porque a través de sus instintos, sienten la fuerza conservadora y restauradora de la Providencia divina. El hombre, al contrario, acostumbrado a colgar su destino de los seres queridos, tiene que experimentar cuando los pierde un dolor inconsolable.

Tras de la muerte de un Papa y el advenimiento del sucesor, asoma la fuerza de un hecho divino que arrastra la admiración y respeto de los no católicos, y explica la emoción en apariencia contradictoria de la cristiandad, pero en el fondo de perfecta coherencia. Su dolor no tiene el carácter de inconsolable porque toca la fe aquella fuerza divina; y aunque su luto posee el valor humano del cariño a la persona dignísima y paternal del Pontífice, significa sobre todo un homenaje al Papado en cuanto tal, a manera de un incienso que se le sacrifica; como el perfume de la Magdalena derramado en la cabellera de Cristo. En las lágrimas apunta el arcoiris que estalla pronto en fulgurante júbilo, como continuación del homenaje —en la persona del sucesor— a Jesucristo, el eterno fundamento, la piedra angular de la Iglesia y del Papado.

Cualquier otra explicación estaría muy lejos de ser satisfactoria; hasta el supuesto de que todos los Papas hubieran sido santos de primer orden; pues como dice S. Agustín: (Hom. in festo S. Joannis). *"Non enim a Petro petra sed Petrus a petra... Petra enim erat Christus, super quod fundamentum etiam ipse ædificatus est Petrus."* Es decir la solidez del Pontificado no se deriva de las dotes personales de sus representantes, sino que éstos constituyen el fundamento de la Iglesia, porque a su vez están afirmados en la otra piedra angular: *"Petra enim erat Christus."* (I, Cor. X, 4).

Así Cristo se glorifica manifestando la verdad y eficacia de su divina palabra, y la solidez indestructible de su institución, a través de sus vicarios; ya sean éstos dignísimos como Pío XI, o los contados indignos, cuyo número y matices abultan calumniosamente sus adversarios. No sabemos si el Pontificado se glorifica a través de un papa Formoso y de un Alejandro VI, o a través de un San Pío V y un Pío XI.

Hecho admirable de dos mil años, sin explicación verdadera para los que desde fuera de la Iglesia lo contemplan impresionados; pero hecho naturalísimo a los ojos nutridos de fe; para los cuales lo innatural sería que no fuera así.

Podrá algún explosivo de los nuevos bárbaros hacer añicos la gloria de Miguel Angel y Rafael que resplandece en el Vaticano, pero los creyentes estamos seguros de que hasta el fin de los tiempos permanecerá un renovado León Magno, inmune de todas las destrucciones, de pie sobre la roca inmortal que es Jesucristo.

Claro es que la perfección personal de cada pontífice redunda en prestigio del Papado, acarreándole una gloria que podríamos llamar accidental, distinta de aquella otra que mana de la misma esencia de la institución; la cual se glorifica contradiciendo con su perennidad los hechos humanos, más fugaces cuanto más grandiosamente aparatosos. Pío XI es de los que dan gloria al Papado por sus altas perfecciones en su triple aspecto de padre, maestro y pastor supremo.

Sería interesante justipreciar las excelencias de cada serie de Ss. Pontífices que han llevado un mismo nombre. La de los Píos resultaría una de las más honradas; casi todos de primer orden y ningún indigno. En un vistazo superficial podríamos comenzar su elogio con aquellos versos del poema del Cid: *"A todos alcanza honra por el que en buena hora nació"*; por San Pío I que abre la serie en el siglo segundo, construyendo con su santidad el espejo en que habrían de mirarse sus posteriores homónimos. Hasta el siglo XV aparece Pío II, el gran sabio humanista, Ennea Silvio Piccolomini, quien luchó apostólicamente por salvar la civilización occidental de la amenaza turca, hasta morir víctima de su celo, cuando se embarcaba en Ancona para inducir con su ejemplo a la cruzada a los egoístas príncipes. Pío III, efímero con un reinado de veintitres días, el nombre de Pío IV, reformador, se une gloriosamente al del Concilio de Trento. Su justicia rectilínea y casi aterradora, dió un golpe de muerte al nepotismo que ensuciaba las gradas del trono papal. Vuelve a aparecer otro santo, San Pío V, restaurador de la disciplina eclesiástica; punto final para el protestantismo conquistador, y el héroe principal a quien debe la civilización haberse liberado definitivamente del peligro turco, siendo el alma de la gloria de Lepanto. Pío VI y Pío VII, dos mártires de Napoleón y una sola voluntad contra la cual se estrelló la soberbia imperial. Pío VIII no tuvo oportunidad de manifestarse en su breve reinado de meses. Pío IX, cuya mansa figura, como la de los primitivos pontífices, se agiganta al fulgor de los dogmas que afirmaron, y al incendio de herejías y pasiones que los asediaron constantemente. Pío X, otro santo que aprovechó su vida de prisionero para hacer de la Iglesia la esposa *"sine macula et sine ruga,"* purificándola interiormente e inflamándola con el amor a La Sagrada Eucaristía.

Pío XI tiene su elogio sin palabras, viviente y palpitante en su obra grandiosa que todos conocemos. Cabe decir, sin embargo, que él parece tomar una cualidad de cada uno de sus predecesores. Hábil diplomático y sapientísimo, como Ennea Silvio. Con la virtud de la santa intransigencia contra la ambición de los poderosos como el IV, VI y VII Pío. A la manera de dos de sus predecesores, cru-

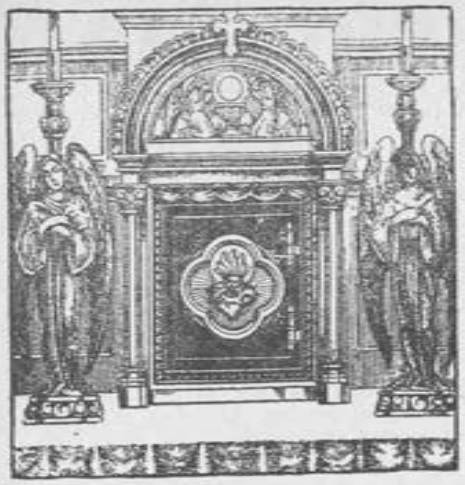
zado contra los infieles modernos, civilizados y bárbaros, por medio de las Misiones y la Acción Católica. Réplica de S. Pío V y Pío X por su celo en procurar la santidad de la Iglesia. Boca de la verdad como Pío IX, con quien está especialmente unido, siendo su vindicador y de los derechos de la Santa Sede, por la firma del tratado de Letrán; y sobre todo paternal como él. Los mexicanos, sobremanera, supimos cómo palpitaba su corazón de padre. Su amor por México que le atrajo desde muy atrás, según su propia confesión a través de su curiosidad erudita, no necesita ser demostrado. Lo exhibe en toda su amplitud una tierna pregunta confidencial que dirigió a un Excmo. Prelado mexicano, ya en su último año de vida: *"¿Habrá habido un Papa que haya amado a México tanto como nosotros?"*

¡Porque nuestro corazón tiene afianzada la respuesta que merece tu pregunta, Pío XI, gran Padre y Pontífice, Pío verdaderamente por la santa piedad característica de los Píos, te lloramos sobre todos tus hijos!

La cadena de los Píos seguirá dando gloria al Pontificado. La suma de excelencias que todos reconocen en Pío XII, presagian otro gran Pontífice.

Octaviano Valdés.





Caja Fuerte Mural No. 1 B.
Convertida en Sagrario, con la aplicación exterior cubriendo la combinación y el pestillo $ 350.00.

Señor Sacerdote:

No exponga usted sus Sagrarios a robos sacrílegos.

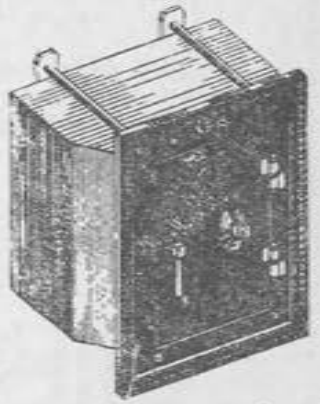
Nosotros le ofrecemos Cajas de Seguridad a Precios reducidos

●

Asegure sus valores y alhajas en su propio domicilio

●

Precios y tamaños para muros de cualquier grueso.



Caja Fuerte Mural No. 1 B sin aplicación exterior $ 300.00

PRECIOS E INFORMES EN

Gran Herrería Gabelich

Tels.: 3-14-24. L-93-50. Dr. Lucio 191. México, D. F.

TRES NOTICIAS

1a.- La Editorial "Helios"

Se cambió a Uraguay No. 79

Un local mejor para mejorar la atención y el servicio de quienes bondadosamente honran a la EDITORIAL con su confianza.

2ª — *LA NOVEDAD PARA ABRIL. — Enciclica RERUM NOVARUM de S. S. León XIII.*

A solicitud de la Unión Diocesana de México, de la J. C. F. M., se imprime el texto de la Enciclica SIN COMENTARIO, únicamente con una sinópsis que facilite el estudio de tan precioso documento.

Como está para celebrarse el cincuenta aniversario de la aparición de la Enciclica, a todos les interesa poseer un ejemplar, especialmente a los socios de la A. C. M.,

PRECIOSA EDICION: — $ 0.50 el Ejemplar.

3ª — *CANTOS DE AMOR Y FE. — Poesías de D. Jesús Mendoza Hinojosa.*

INTRODUCCION A LA ECONOMIA SOCIAL
Por el Lic. Mariano Alcocer.

Ninguna de las obras publicadas por esta Editorial había tenido la demanda que estas dos. En quince días se ha colocado una tercera parte de los ejemplares editados. Es la mejor propaganda y el testimonio de la alta estima que el público tiene de los Autores.

CANTOS DE AMOR Y FE: $ 2.50.
INTRODUCCION A LA ECONOMIA SOCIAL: $ 1.75

EDITORIAL
HELIOS
CONCELES 72 - MEXICO D F

Salvador María Campos

Éric. 3-01-66. Méx. J-15-18.

Pío Once

LA GRANDEZA DEL PAPA.

Sobre el ataud de un rey que el mundo llamó grande, el obispo Masillón dejó caer aquella frase lapidaria: *Solo Dios es grande hermanos míos, porque Dios no muere.*

Ante el ataud, en que junto al sepulcro de los Apostoles Pedro y Pablo descansan los restos mortales de S. S. Pío XI, podemos decir con toda verdad: También el Papa es grande, porque el Papa no muere.

Hace veinte siglo, que Pedro vive en el mundo renovándose en diversas personalidades humanas, que surgen esplendorosas y pasan como todo lo humano y pequeño de este mundo, pero él no muere. Doscientas sesenta y cinco veces en esta larga historia de la Iglesia, Pedro ha sido designado por diferentes nombres, Sixto, Clemente, Juan, Paulo, Benedicto, León, Pio... Doscientas sesenta y cinco veces los hombres de estos veinte siglos, han visto en la Sede del Apóstol, diferentes fisonomias, diferentes caracteres y diferentes titulos de grandeza y de humildad, de santidad y de ciencia, de poder y de martirio, pero en el fondo de todo esto, siempre el mismo Pedro, el piloto de la barca que ora placenteramente navega entre las mansas ondas de la paz y de la gloria, ora es agitada terriblemente por la tormenta, ya levantada en el mismo pecho del barquero, ya viniendo del exterior al soplo de las potestades infernales.

Tu es Petrus. Tu eres Pedro, le canta la multitud arrodillada, al Papa que pasa en la Sedia gestatoria. No importa tu nombre actual, tu ciencia, tu poder, tu martirio, tu gloria, tu santidad, las cualidades todas de tu alma, los defectos mismos que pudieras tener como hombre... ¡no importa...! nosotros no nos fijamos en eso... *Tu es Petrus...* Tu eres Pedro... tu eres el Papa... y el Papa es grande... porque Pedro, porque el Papa no muere ni morirá hasta el fin de los siglos... ¡Viva el Papa!

Y el Papa no muere, porque es Cristo. Cristo viviendo entre nosotros. Cristo visible en la tierra, rigiendo como cabeza a este cuerpo mistico suyo, que es la Iglesia inmortal. Y Cristo es el Hijo de Dios, Dios como el Padre, y Dios no muere.

Ante los despojos mortales de aquel hombre, que con el nombre de Pío XI, fue en su vida Pedro, surge espontáneamente del fondo de las almas el hosanna de la inmortalidad ¡Hosanna a Pío XI el grande!

Pero junto a esa grandeza esencial, hay otra, no menos admirable e irresistible, otra grandeza que el olvido de los hombres nunca cubrirá con sus grises crespones, ni dejará la historia perderse entre el aluvión de mediocriades y miserias, que ahoga la vida de esta humanidad caída. Es la grandeza del que supo cumplir con el papel que le designó la Providencia Divina en esta inmensa tragedia del mundo; es la del que supo ser verdaderamente Pedro, es decir Cristo. Es la grandeza de aquel que poseído profundamente de la altísima misión que Dios le confiara, no dejó perder una partecita del buen tiempo de su vida, en fruslerías o mezquindades; el sosteniendo sobre sus robustos hombros el peso del calor y del día, pasó por entre la valla inmensa de honor y de respeto que le formaron los pueblos y las naciones, con la cabeza erguida, firme la tiara, penetrante la mirada, incansable la mano en bendecir, sonrientes los labios, con el signo de la bondad y la caridad estereotipado en su fisonomía, pronunciando palabras de verdad, de la verdad a toda costa, así atrajera con ella para su persona augusta las iras del mismo infierno.

Esa grandeza fue tambien la de Pio XI; el gran Papa del siglo XX, que acaba de morir.

Y hay que convenir, lectores mios, en que esa grandeza que pudiéramos llamar humana viéndola aurolear con reflejos de gloria en torno del hombre que llevó el honrado nombre de Aquiles Ratti, no es sino el resultado, muy meritorio por cierto, y en ello está el secreto de la admiración que se le rendía, de la grandeza divina y escencial del Papa.

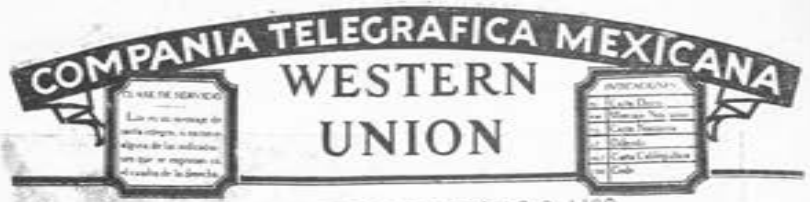
EL REINO DE CRISTO

En una radiosa mañana del mes de octubre de 1926 las campanas de todo el mundo católico haciendo eco al alegre repique de las de la Basílica de San Pedro, anunciaban al mundo la primera celebración litúrgica de la fiesta de Cristo Rey, instituida por Pío XI en su Enciclica *"Quas Primas"* del 11 de diciembre de 1925 Y el Papa por vez primera cantaba sobre el sepulcro de los Apóstoles aquel himno triunfal que es el prefacio de la Misa propia de ese día: en él describe el Reinado de Jesucristo: *Regnum veritatis et vitæ, regnum sanctitatis et gratiæ, regnum justitiæ, amoris et pacis.*. Reino de la verdad y de la vida, reino de santidad y de gracia, reino de justicia de amor y de paz.

A la cabeza de ese reino Jesucristo mismo ha dejado a su representante y vicario visible. El reinado visible del Papa, debe ser eso mismo. Dar a su reino las mismas características que se en-



S. S PIO DOCE



SY SLP 17 WIRELESS CITTADELVATICANO 9 1400

DIRECTOR OBRA NACIONAL BUENA PRENSA

MEX

AUGUSTO PONTIFICE AGRADECIDO FILIALES FELICITACIONES

ENVIALAS IMPLORADA BENDICION APOSTOLICA

MONTINI SUBSTITUT

11 SOANMZ

Agradecidos publicamos este Cablegrama

La Redacción

salzan en aquel magnífico prefacio litúrgico, es cumplir con los designios amorosos de Jesucristo sobre su Iglesia, es ser verdaderamente Papa, Vicario de Cristo; poner al servicio y cumplimiento de esa obra, todas las cualidades de alma y de cuerpo, todos los dotes de ciencia y virtud con que la Providencia de Dios ha enriquecido al hombre elegido para tan alto puesto, es revestirse meritoriamente de la grandeza inmortal del Papa.

Y eso hizo Pío XI. Su reinado, como el de Cristo, fue reinado de verdad y de vida, reinado de santidad y de gracia, reinado de justicia, de amor y de paz.

Por eso tejer el elogio fúnebre de Pío XI es cosa muy facil. Basta para mostrar su grandeza, recorrer aún en una simple enumeración las obras de ese reinado, todas de acuerdo con las notas del reinado de Jesucristo. El fiel servidor del Rey de los siglos, que sin detenerse ante la fatiga, las tribulaciones y el dolor, se entrega al desempeño exacto de ese sublime Vicariato, según las enseñanzas del Divino Maestro, recibe su recompensa, no solo en la gloria sustancial de la posesión divina en el cielo, sino en el nimbo de grandeza que lo envuelve ante las miradas de los hombres.

Pero para juzgar bien el reinado de Pío XI, es preciso fijarse en el cuadro real de las circunstancias de este mundo, en el momento en que el 12 de febrero de 1922 ceñía la tiara Pontificia.

LA SITUACION DEL MUNDO

El mundo acababa de salir de esa guerra sin misericordia, que señalaba con notas de sangre el estrepitoso fracaso de una sociedad, que quiso neciamente progresar de modo indefinido al mismo tiempo que se alejaba de Dios, echándose en brazos del orgulloso liberalismo. En una confusión peor aún que la de la torre de Babel bíblica, naufragaban todos los valores humanos; confusión en las ideas filosóficas fomentada por una falsa ciencia materialista; confusión en los sentimientos del corazón resecado y agrietado por los más acerbos odios; confusión en la vida social dividida en dos irreconciliables clases: la de los de arriba y la de los de abajo, la del capital y la del proletariado; confusión en el santo culto de la patria y las tradiciones históricas, trastornadas y enmascaradas por un aislador exagerado nacionalismo; confusión en los conceptos de autoridad y obediencia sustituidos por el temor del esclavo y el despotismo del tirano; confusión en la familia, destruida por sus bases con el amor libre, el divorcio y la supresión de la natalidad; confusión en las constituciones de los Estados, que bajo el imperio de las sectas negaban a Dios lo que es de Dios, para atribuir todo al Cesar; confusión en los derechos y deberes de los educadores que se sustituían arbitrariamente a los padres de familia y a la Iglesia de Cristo en la magna empresa de la educación de la niñez y de la juventud, base de todo progreso de las naciones; confusión en la conciencia de la libertad humana sustituida por el desolador liber-

tinaje; confusión en las exigencias del bien y del mal desviados por el egoismo y el amor propio; confusión en la misma idea religiosa motor y vida de los pueblos, que merced a una ignorancia estupenda, se había transformado ante las inteligencias y percepciones de los hombres como una rémora, como opio narcotizante de la humanidad; confusión de los conceptos de la honradez y de verdad destituidos de sus respectivos tronos de gloria, por la entronización de la habilidad criminal y de la mentira.

El mundo naufragaba, en un mar de confusiones espantosas.

Desde las alturas del Vaticano la blanca figura del nuevo sucesor de Pedro, que acaba de llegar al palacio entre las aclamaciones de un pueblo entero, contempla a sus pies la dilatada extensión de la tierra y ve aquel mar de confusiones, aquel trastorno universal, como quien contempla desde la cumbre de un volcán los destrozos del terremoto, o desde los acantilados de la costa las olas irritadas de un mar en furia. El ha sido elegido para poner orden en aquel cáos, para establecer sobre las ruinas de toda especie en que se debate la humanidad, el pacífico reinado le Jesucristo, y temblando ante la casi imposible empresa, clama como el barquero del lago de Genezareth: *Salvanos Señor que perecemos.*

Y entre el susurro de la brisa de la tarde, le parece oir aquellas palabras que la Iglesia ha pronunciado sobre él, en la ceremonia de su Consagración y que oyeron por vez primera los oidos del primer Papa: *Tú eres Pedro y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia y las puertas del infierno no prevalecerán contra Ella. He aquí que Yo estaré contigo hasta las consumación de los siglos. Yo he rogado por tí para que tu fe no desfallezca y tu una vez confirmado confirma a tus hermanos.*

Aquellas palabras resuenan misteriosas hasta el mismo fondo del corazón de Pio y producen en él aquella confirmación e intrepidez de su fe, que anunciaba la misteriosa divisa de Malaquías: *Fides intrépida.*

Sea se dice; he aquí mi empresa: *Pax Christi in regno Christi.* Apoyado en quien todo lo puede yo trataré de restablecer la paz en este mundo turbado por tantos cataclismos, por medio del Reinado de Cristo.

EL PROGRAMA DE PIO XI

Este programa es el que expone en su primera Enciclica *"Ubi arcano"*, que puede considerarse como la Carta Magna de su Pontificado:

"La doctrina de Cristo —dice el Papa— y sus preceptos tocantes a la dignidad humana, a la pureza de las costumbres, al deber de la obediencia, a la organización divina de la socieded, al sacramento del matrimonio y a la santidad de la familia cristiana, todo esto, así como el conjunto de verdades que había traído del cielo a la tierra, Cristo no lo confió en depósito, sino solo a su Iglesia, con la formal promesa de que la ayudaría y estaría con ella para siempre, confiriéndole la misión de enseñar con infalible magisterio a todas las naciones hasta el fin de los siglos. Esta observación hace entrever desde luego cuan poderosos remedios puede y debe ofrecer la Iglesia Católica para la pacificación de este mundo.

"Constituida por Dios, únicamente ella, intérprete y guardián de estas verdades y de estos preceptos, sólo la Iglesia goza también a perpetuidad de un poder eficaz para extirpar de la vida pública, de la familia y de la sociedad, la plaga del materialismo que ha causado ya tantos estragos; para hacer penetrar en ella los principios cristianos, muy superiores a los sistemas filosóficos, sobre la naturaleza espiritual o la inmortalidad del alma; para producir el acercamiento de los ciudadanos de todas clases y unir a todo el pueblo con los sentimientos de una profunda benevolencia y con una verdadera fraternidad; para defender la dignidad de la persona humana y elevarla a Dios; para corregir en fin y mejorar las costumbres públicas y privadas, de suerte que todo esté sometido a Dios que ve los corazones y comforme sus enseñanzas y sus preceptos; que el sentimiento sagrado del deber sea la ley de todos, así particulares, como gobernantes y aun de las instituciones públicas y que así Cristo esté todo en todos".

"La Iglesia depositaria de la verdad y del poder de Cristo, es la única a quien corresponde la misión de dar a los espíritus la conveniente formación; ella es también la única capáz no solamente de restablecer hoy la verdadera paz de Cristo, sino también de consolidarla para el porvenir, conjurando las inminentes amenazas de nuevas guerras que Nos hemos señalado. Ella sola en virtud de un mandato y ordenamiento divinos, enseña la obligación para los hombres, de conformar a la ley eterna de Dios toda su actividad pública y privada, ya como individuos ya como miembros de la colectividad".

Desde el primer momento pues, está Pio XI intimamente persuadido, intimamente convencido de que es a la Iglesia de Cristo a la que toca poner orden en tan indescriptible caos del mundo, estableciendo y restaurando sobre fundamentos inconmovibles el reino de Cristo. Está intimamente convencido, intimamente persuadido de que él como cabeza visible de este reino, ha sido llamado por Dios en momentos tan difíciles, para marcar el rumbo a la Iglesia y llevarla de la mano a la conquista de este mundo para someterlo al soberano imperio de Jesucristo.

Digo a la Iglesia, esto es a todo ese conjunto de fieles que creen en Jesucristo, que aman a Jesucristo, que han sido regenerados por la sangre de Jesucristo en las aguas del bautismo, a todo ese ejército del Rey divino, que los hombres conocemos con el nombre de la catolicidad, a todos esos batallones unos de choque y otros de resistencia, unos de vanguardia y otros de retaguardia, pero todos igualmente necesarios, igualmente imprescindibles, cada uno en su

determinada y prevista acción para el establecimiento del Reino de Dios.

Porque ante todo Pío XI tiene que destruir por completo un prejuicio contra el que ya comenzaron la lucha sus antecesores en el Pontificado, tiene que sacudir el sueño de un olvido perjudicial que ha embotado algun tanto las armas de ese ejército, tiene que hacer resplandecer una verdad empañada por la herrumbre, que algunos siglos de desaliento amontonaron sobre ella. Esta verdad es que la Iglesia no sólo la forma la Jerarquía, que el ejército de Jesucristo no sólo esté constituido por el Estado mayor, que sería un verdadero absurdo el que sólo estuvieran destinados a combatir en las batallas de Dios, los oficiales del ejército, mientras que a los simples soldados les competía un papel únicamente pasivo. No; la Iglesia la forman los jefes y los subordinados, la Jerarquía y los fieles, la cabeza y los miembros. Y estos fieles, estos soldados, estos miembros llamadlos como queráis, tiene un papel activo y fecundo en la empresa. Dirigidos por el que es su Jefe Supremo, a quien secundan esos miembros del Estado Mayor de la Iglesia, los Prelados y los sacerdotes y sometidos con filial obediencia a sus indicaciones y órdenes, ellos serán también los agentes poderosísimos de la conquista pacífica del mundo para Dios, los agentes de la restauración del Reinado de Cristo en la tierra conmovida hasta sus senos más hondos,por los agentes de las Potestades de las Tinieblas. Solo así podrán verificar en si aquellas palabras de S. Pedro a los fieles de su tiempo y de todos los tiempos: *Vosotros sois la raza escogida, el sacerdocio real, la nación santa, el pueblo redimido.*

LA ACCION CATOLICA

El Papa Pío en los albores mismos de su pontificado, recuerda esta verdad, y como prudente general que computa sus fuerzas y mide sus posibilidades antes de entrar en batalla, como el estratega admirable que considera los puntos flacos del enemigo, y los arrestos y entusiasmos de sus propias tropas, traza definida y claramente su plan y llama con voz inspirada y paternal a todos sus hijos, a los seglares particularmente a los que llamara; la Acción Católica, que puede también denominarse el Apostolado Seglar.

Si desde su primera Enciclica, decia a los obispos: *"Llamad la atención de los fieles sobre que trabajando en obras de apostolado privado o público bajo vuestra dirección o la de vuestro clero para extender el conocimiento de Jesucristo y para que reine su amor, es como merecerán el magnífico título de raza escogida, sacerdocio real, nación santa y pueblo redimido; y uniéndose muy estrechamente a Nos y a Cristo para extender y fortalecer con su industriosol celo el reinado del derecho, trabajarán con más eficacia en establecer la paz general entre los hombres"*. Y un poco más adelante establecía: *"Las transformaciones sociales han traido o acrecentado la necesidad de recurrir a la cooperación de los seglares en las obras de apostolado."*

Y tres años después, en su Enciclica *"Quas primas"*, que es complemento de la primera *"Ubi arcono,"* descubre las esperanzas que desde el primer momento ha concebido su corazón sobre esta participación en el apostolado a que llama a sus fieles seglares: "El día en que el conjunto de los fieles, dice, comprenda que es preciso cambatir valerosamente y sin descanso bajo el estandarte de Cristo Rey, el fuego del apostolado inflamará sus corazones; todos trabajarán en reconciliar con su Señor a las almas que lo ignoran o que lo han abandonado; todos se esforzarán por mantener inviolados sus derechos".

No es solo un llamamiento lleno de esperanzas, pero que se pierde en las regiones del ideal, cuando se calmen las aclamaciones del entusiasmo que despierta al ser proclamado. No; no es esto propio de un hombre eminentemente práctico como lo era Pío XI. En posteriores y numerosísimos documentos, metodiza por decirlo así esa acción católica, la regula y organiza, señalando a los soldados su preciso papel a cada uno, por medio de eso que se ha llamado "las especializaciones". Como un ejército bien ordenado en rangos de batalla el artillero combatirá con el artillero, el infante con el infante y el aviador con el aviador, Pío XI, ordena a las mesnadas que ha lanzado a la conquista del reino de Dios, y señala a cada uno su propia acción y su lugar de combate.

Así en su Encíclica *Quadragesimo anno* escribe:

"Como en otras épocas de la historia de la Iglesia, nos hallamos frente a un mundo que en una gran parte ha recaido en el paganismo; y para volver a Cristo a estas diversas clases de hombres, que han renegado de él, es preciso ante todo reclutar y formar de entre ellos mismos auxiliares de la Igesia, que comprendan la mentalidad de ellos, sus aspiraciones, que sepan hablar a su corazón con espíritu de caridad fraterna. Los primeros apóstoles, los apóstoles inmediatos de los obreros serán pues los obreros; los apóstoles del mundo industrial y mercantil, serán los industriales y comerciantes".

Y en su discurso pontificio del 6 de abril de 1934 decía a los jóvenes de la Asociación Católica de la Juventud Francesa, señalándoles los procedimientos de la Acción Católica:

"Actividad particular, calificada, especializada, que ofrece la más grande analogia con el método que Nos indicamos a los misioneros: sacerdotes indígenas para los indígenas. Cada situación tendrá pues su correspondiente apóstol: para obreros, apóstoles de entre los obreros; para agricultores, apóstoles agricultores, para marinos, apóstoles marinos, para estudiantes, apóstoles estudiantes".

Esto que es de un sentido común elemental, que los hombres mismos lo llevan a cabo en sus negocios terrenos, era una verdad y una táctica olvidada o casi muerta en el mundo cristiano, y es el genio

de Pio XI, que se revela en ello como el genio de Colón se reveló en la historia del famoso huevo. Todos al oir estas enseñanzas, decíanse para sí: es evidente, esto es lo natural y lo debido, pero muy pocos lo habían hecho hasta entonces. ¡Casi nadie!

ACCION RELIGIOSA Y NO POLITICA

Y como el entusiasmo de las masas pudiera desviar sus ímpetus, y gastar sus fuerzas en empresas distintas del objetivo para que se las ha llamado, como las pasiones pueden turbar la mente y hacer fijar la meta, allí donde no está ni puede estar, porque se trata de una empresa puramente espiritual y sobrenatural, Pío XI tiene el cuidado y la prudencia de poner en guardia a sus ejércitos contra esas desviaciones que no harán sino estorbar a la consecución del altísimo fin que se propone: la Acción Católica, no se cansa de repetir el Pontífice en escritos y discursos, importune y oportune como ordena el apóstol, la acción Católica, es cosa propia de los seglares, investidos de una misión de apostolado auténtico, cuyo fin por lo demás, no es otro, entendámoslo bien, que el restablecimiento del reinado universal de Jesucristo. Es por lo tanto de orden religioso esencialmente, y por eso está sobre la política de partido o los partidos políticos, fuera de ellos y por encima de ellos.

Indiferente a las formas de gobierno con tal que sean honestas y lícitas y dejando a sus miembros sus individuales preferencias, la Acción Católica se ejercerá en el terreno de los hechos, respetará los poderes establecidos, y colaborará con su presencia en su mejoramiento. A esto se reduce toda su política. En el orden social también cuidará mucho de no mezclarse en los asuntos puramente materiales y técnicos. Pero que nadie se engañe: su campo de acción sigue siendo de los más vastos y se extiende a todo cuanto implica, de cerca o de lejos un interés moral o religioso. "Este apostolado, dice, textualmente el Pontífice, debe ejercerse siempre, donde quiera que vayan de por medio la divina gloria, el bien de las almas, la ley de Dios y la manifestación de esa ley, sin que en esto haya ningún límite ni de tiempo ni de lugar."

¿No os parece oir detrás de esas palabras y recomendaciones del ilustre desaparecido que lloramos hoy, la misma de Jesucristo clamando en las llanuras de Galilea, *"Buscad primero el reino de Dios y todo lo demás se os dará por añadidura?*

El Papa Pío XI oía continuamente esa voz, y como era el representante de aquel Divino Maestro, y como estaba decidido a reinar sobre este mundo como El reina, y a restablecer el órden por la paz de Cristo, todos sus actos se ajustarán al divino programa.

REGNUM VERITATIS

Preparado está el ejército, ordenadas las huestes, señalado el

tos céntricos de la verdad en cuyo rededor se agrupará toda la acción, es indispensable establecer el orden ante todo en las ideas. El es el maestro de la verdad como la Iglesia, su reino es el regnum veritatis de Jesucristo que canta el prefacio. Y de los labios y de la mente del Pontífice comienza a derramarse a raudales la verdad, la verdad suma, la verdad de Dios, la verdad que llevará al caos del mundo, aquella luz principio de todo orden, como en los días de la Creación el Omnipotente derramó a raudales la luz del primer día sobre el caos de la materia informe, para comenzar su obra ordenadora.

Una veintena de Encíclicas, con millares de discursos, de alocuciones, de cartas salen de labios y de la pluma de aquel incansable maestro de la verdad. La actividad docente de Pío XI en los diez y siete años de su Pontificado es verdaderamente asombrosa y solo puede compararse a la de aquel antecesor suyo el gran León XIII.

Todos los puntos de la doctrina, toda la variedad de materias las toca, las profundiza las devuelve y las ilumina con su gran sabiduría y la luz del Divino Espíritu. Desde los asuntos puramente religiosos, como la reparación debida del Sagrado Corazón de Jesús, en su Enciclica *Misserentissimus Redemptor*, la soberanía de Cristo Rey en su Enciclica *Quas primas*, la fecundidad de los Años Santos en la *Auspicantibus*, el VII Centenario de San Francisco de Asís, en la *Quincuagesimo*, la obra de los Ejercicios Espirituales en la *Mens Nostra*, el XV Centenario de San Agustín en la *Ad salutem, humano generis*, la devoción al Sagrado Corazón de Jesús en la *Caritate Christi compulsi*, el sacerdocio católico en la *Ad Catholici sacerdotii fastigium*, el Santo Rosario en la *Ingravescentibus malis*, los estudios eclesiásticos en la *Deus scientiarum Dominus*, y la *Studiorum Ducem sobre* el mismo asunto en el VI Centenario de la canonización de Santo Tomás de Aquino, hasta las crisis económicas, las huelgas, la competencia en los armamentos en la *Nova impendet* y el mismo Cine y el Radio en la *Vigilante Cura*.

Varios volúmenes podrán formarse y se formarán sin duda con la obra docente del Papa en sus Encíclicas; en todas ellas se presentan los puntos de doctrina bien esclarecida, definida y sostenida con todo el vigor de la lógica y de la fe. Es todo un Maestro que posee una ciencia Universal, y que sabe acomodarla a la empresa que trae entre manos.

Pero entre todas esas Encíclicas, cuatro brillan, como luces esplendorosas en el cielo de la Iglesia, la de la Educación cristiana de la Juventud, la del matrimonio Cristiano, la de la cuestión obrera y la última sobre el Comunismo ateo.

Y era razón que sobre estos puntos virtiera los más purísimos raudales de la verdad, quien estaba en presencia de un mundo desquiciado hasta sus cimientos, por la confusión precisamente acerca de estos cuatro pivotes sobre que gira la vida moderna de la sociedad.

LA EDUCACION

El liberalismo con su hijo espurio el laicismo había alterado los conceptos acerca de la educación de los niños y los jóvenes hasta un grado inconcebible. Atacando el derecho divino de la Iglesia a enseñar a todas las gentes y privándola de sus escuelas y sus métodos de enseñanza, no había detenido su furor destructor del orden sino hasta negar a los mismo padres de familia la obligación y el derecho de instruir y educar a sus hijos, atribuyendo toda la obra de la Educación al Estado Pagano. De ahí esa floración mefítica de pedantes y ateos, esa desviación del recto sentido moral, ese olvido de todos los deberes individuales y sociales que caracterizan a nuestra época, sin tener siquiera contrapeso de haber producido nuevas eminencias en las ciencias de la naturaleza, pues aunque los panegiristas de la escuela laica se adornaban con las plumas de pavo que no les pertenecían por ser la inmensa mayoría de esos sabios y doctos, fervorosos creyentes u hombres religiosos, prueba evidente de que no eran producto de la escuela laica y de sus métodos.

El Papa en su Enciclica *Divini illius magistri*, del 21 de octubre de 1929 de una manera magistral y decisiva vuelve por los fueros de la verdad, establece el derecho divino de la Iglesia, el derecho natural de los Padres de familia, y los derechos únicos que cómpeten al Estado, deslindando todas las atribuciones y todos los deberes con una claridad tan meridiana, y tan fundados en la razón, que sólo los que deliberadamente y en virtud del espíritu sectario han cerrado sus ojos a la luz pueden rechazar tan doctas y precisas enseñanzas. Con graves palabras señala deberes a los educadores exhortándoles a cumplir con los fines de la educación que es la de formar los buenos cristianos, los hombres completos y niega valientemente al Estado el monopolio de la educación limitando a sus justas proporciones, el deber de velar porque sus ciudadanos tengan esa cultura y formación que deben darles los encargados por Dios y por la naturaleza misma de las cosas para ello.

Así reivindica los verdaderos derechos del niño y del joven, tan cacareados por la escuelas liberales, y tan falseados y desvirtuados hasta hacer de ellos una cosa del Estado.

Y esto sucedía precisamente en los momentos en que una nueva teoría político-social se elaboraba y afirmaba en el Estado Italiano, con el nombre de facismo, con métodos y doctrinas propias, que al mismo tiempo que se declaraba adversario del antiguo y caduco liberalismo rodaba en muchos capítulos por la pendiente hacia la ruina que abrió ante las sociedades aquel hijo de la Revolución Francesa, el mismo liberalismo destructor. ¡Cuántas amarguras y cuantos peligros se presentaron ante el Papa, por esta oposición de los poderes totalitarios, el fascismo y muy luego el nazismo o fascismo alemán que persistían en la absurda teoría de la pertenencia del niño al Estado! Pero la verdad había sido proclamada y fundada en toda razón y justicia por el Maestro del mundo y el que se

obstine por derrumbarse por esas pendientes espantosas, ya no podrá hacerlo sin chocar abiertamente y a la faz de un mundo esclarecido, contra la fe y contra el mismo buen juicio.

EL MATRIMONIO CRISTIANO

Pero si los derechos del niño estaban definidos y esclarecidos, la familia célula primera de toda sociedad, se veía amenazada por todas partes y en completa confusión y vías de destrucción. A la luz caliginosa de una monstruosa falacia, se propagaba la idea de que un progreso inevitable, y mas aún, necesario, de la humanidad exigía un cambio radical en la constitución y desarrollo de la familia. Es preciso poner el Evangelio pasado ya de moda, con las nuevas exigencias, con las nuevas ideas de libertad y de bienestar social; es preciso libertar a la mujer de un yugo ignominioso y retrógrado, y reconocerle otros derechos y otros deberes, más de acuerdo con la conciencia moderna. No era el progreso lo que se pretendía, era la destrucción total de la familia y por ende de la sociedad de que es base. A contener ese torrente desvastador se aplica el Papa por medio de su espléndida Enciclica *"Casti connubii"* sobre el matrimonio cristiano. Restituye a la verdad, inmutable, por ser precisamente la verdad, sus opacados fulgores, destruye y pulveriza los sofismas del mundo a la luz de la revelación y de la razón, devuelve a la mujer su propio carácter de reina del hogar, de madre y formadora del corazón de sus hijos, la pone en guardia contra su desgracia y envilecimiento por las teorías espurias del amor libre y, del satánico divorcio, y reclama con una dignidad y una fuerza no comunes los derechos de la prole, para la que ha sido instituido por Dios el santo sacramento del matrimonio. Expone con tanta claridad y tanta fuerza la doctrina siempre antigua y siempre nueva de la Iglesia relativamente a este punto tan escabroso y tan fundamental, que los mismos gobiernos indiferentes y adversos, se conmueven y la Encíclica sobre el matrimonio, así como la de la educación, tienen el honor de ser estudiadas y comentadas con aplausos hasta en las Cámaras gubernamentales de algunos países.

LA CUESTION OBRERA

Pero entre todas, la cuestión obrera que divide y desquicia a las sociedades, tiene que fijar la mirada vigilante del Custodio de la doctrina de Cristo. "Es un verdadero escándalo —exclama el Pontífice cuando ve a sus pies las conmociones terribles que provoca la cuestión social por antonomasia— es un verdadero escándalo que la Iglesia haya dejado escapar de sus manos a las masas obreras". Y toma tan a pechos el señalar al mundo destrozado la verdadera doctrina salvadora de Jesucristo sobre esta árdua cuestión, que sino fuera por las manifestaciones que ha dado de su vigilante cuidado sobre las otras reconstrucciones de la sociedad conmovida.

diríamos que la cuestión obrera es su principal y predilecta cuestión. Su Enciclica *"Quadragesimo anno"*, y la reciente sobre el Comunismo ateo, tan llenas de doctrina, tan denunciadoras de los terribles abusos del liberalismo económico que han conducido a la humanidad al estado lamentable de discordia y divisiones en que se encuentra, tan solícita para demostrar el remedio en la abolición total y completísima del egoísmo de los unos y de los otros, que está en el fondo de esas luchas de clase, señalan una nueva gloriosa etapa en la obra que iniciara el Pontífice León XIII con su magistral tratado de la cuestión obrera en su inmortal *"Rerum Novarum"*, y producen en el mundo una conmoción que se explica fácilmente por la gravedad de la cuestión, y los pueblos conscientes comienzan a tratar de poner en práctica un remedio tan sabiamente proclamado en los documentos pontificios. Ya es la Austria, bajo Dolfuss quien reforma su constitución de acuerdo con esas profundas enseñanzas, ya es Portugal quien echa a andar decididamente por la senda trazada, ya es Baviera quien en constitución efímera ¡ay! se inspira de tales enseñanzas. Que digo, los mismos enemigos del Pontificado, no pueden en su despecho hacer otra cosa que afirmar que es el Papa el que verdaderamente ha puesto el dedo en la llaga.

Así establece, hermosea, defiende y confirma ese reino de la verdad, *"regnum veritatis"* que le ha confiado Dios. Nadie que se fije atentamente en la enumeración brevísima y muy superficial que he hecho de la obra docente de Pío XI, podrá negar que cumplió como bueno con ese oficio primario y especial del Papa, el de Maestro y Custodio de la verdad. Nadie podrá negar, y realmente nadie niega, que el cielo de la Iglesia fue iluminado por la fulgurante claridad de la verdad expuesta al mundo olvidadizo o ignorante desde la atalaya del Vaticano. Su obra como Maestro es no solamente reconocida, sino aplaudida por la universalidad de las gentes.

REGNUM VITÆ

Y así con la verdad es como da vida a este mundo que agonizaba a sus pies. Porque *la verdad os salvará, os libertará*, ha dicho San Pablo. ¿De qué ha de libertarnos, oh gran apóstol? De la corrupción y de la muerte.

Mas, hay allá en ese horizonte brumoso, detrás de la línea ondulada que marca el límite de los pueblos civilizados por el cristianismo y a quienes Pío XI ha mostrado nuevamente ese sol de la verdad otros hombres y otros pueblos infelices, sobre los cuales jamás se mostró con su esplendor de vida. Es la región de las sombras de la muerte, son los pueblos que se sientan en las tinieblas de la idolatría y el paganismo, de la ignorancia total o casi total de Jesucristo y sus Evangelios. Son los pueblos de la infidelidad, millones de hombres que viven en un marasmo de muerte. ¡Ah! cómo sufre el corazón del Pontífice a quien se le ha confiado el reino de la vida, al contemplar en sus profundas meditaciones, aquellas agonías y aquellas parálisis completas de tantos y tantos miserables. Su corazón se espanta, su ser entero se estremece de horror y de pena al computar por las estadísticas los millones y millones de hombres que están, sin culpa suya, lejos del redil del Buen Pastor, fuera del Arca Santa de la Iglesia.

Hay por ahí un inspirado grabado que presentó por vez primera la Revista Misional de aquella Exposición del Vaticano que fue uno de los esplendores del Año Jubilar de 1925. En ese grabado se ve al Papa arrodillado en su reclinatorio con las manos sosteniendo su cabeza profundamente inclinado y con las señales de una profunda y gravísima preocupación, y en torno de él y de una gigantesca cruz que parece también pesar sobre los hombros de Pío, y es la adorable cruz del Redentor de todos los hombres, una multitud de rostros de todas las razas y de todos los colores, negros, amarillos, bronceados y blancos parecen que le miran, parece que le preguntan: ¿por qué a ellos no llegan aun los beneficios que trajo a la humanidad esa Cruz del que murió también por ellos? y Pío se inclina, se inclina, se abisma en la oración y parece que todos aquellos millones pesan sobre su frente y lo agobian con su peso.

EL PAPA DE LAS MISIONES

¡Qué magnífica representación de la realidad! Pero Pío es el Papa que rige ese reinado de la vida, *regnum vitæ*, no puede olvidarlo. Su inmediato antecesor Benedicto XV le ha dejado como herencia imprescindible el fomento de las Misiones que han de dar vida a los pueblos muertos. Y se levanta resuelto y confiado, con la fe intrépida de siempre: *él será también el Papa de las Misiones.*

Es el tercer Centenario de la fundación de la Congregación de Propaganda Fide instituida en 1622 por Gregorio XV ,la fiesta de Pentecostés de 1922. La Basílica Vaticana está enjoyada como en sus mejores días, y al Evangelio de la Misa Papal de Pentecostés, el Pontífice en la plenitud de su magisterio, dirige una homilía a la inmensa muchedumbre que llena la colosal Basílica.

"Hoy más que nunca experimentamos profundamente el sentimiento de paternidad universal, a la que Dios nos llama. Que El, pues, nos conceda poder consagrar el resto de nuestra actividad y de nuestra vida a la salvación de las almas tan numerosas, que todavía lo esperan... ¡Cuántas almas hay que todavía se pierden! ¡Cuántas para quienes corre inútilmente la sangre del Redentor. Hay todavía masas de pueblos tan grandes como el continente negro, tan grandes como las inmensas regiones de la India y de la China, y esas masas son las que esperan la palabra de salud. Los misioneros de la Propaganda, sus auxiliares, los Obispos y sus coadjutores los catequistas, los religiosos, las Vírgenes misioneras consagradas a Dios, toda una milicia santa está allí ante esas multitudes; pero el número de los obreros es insuficiente y faltan medios para la

obra. ¡Pensad en esto: allá están ellos seguros de la victoria, prontos a dar su vida para ganarla, pero les faltan las armas, y no tienen municiones.

La solicitud que se releva ya en este fragmento de su homilía de Pentecostés, se concreta y puntualiza en la Encíclica *"Rerum Ecclesiæ* del 28 de febrero de 1926, la *Rerum novarum* de las misiones como se la ha calificado, que señala un rápido crecimiento en la vida de la Iglesia. Nunca ha salido de labios de un Pontífice un llamamiento más apremiante para la evangelización del mundo pagano.

Mas ya lo hemos visto, Pío XI no es hombre que se contenta con sólo palabras, toda su alma lo lleva a la realización, a la practica de su doctrina. Y ved aquí como se multiplican sus iniciativas en pro del mundo infiel: traslación a Roma de la Obra Francesa de la propagación de la fe, para lograr un rendimiento mayor; nuevo impulso a las obras de la Santa Infancia, de San Pedro Apóstol y de la Unión Misional del Clero, instalación en los jardines del Vaticano, de la magnífica Exposición Misional que pronto se hará perenne en el Palacio de San Juan de Letrán, Creación de la Agencia cablegráfica Fides, la que por medio de la difusión de las noticias de las misiones suscitará un movimiento de opinión en su favor.

Con la misma previsión con que se ocupa de las obras misionales se dedica a la preparación de los obreros de aquella viña, y entre sus iniciativas fecundas está la del fomento del clero indígena, "Qué se proponen las misiones, pregunta en su Encíclica, si no asentar de un modo estable y regular la Iglesia de Cristo en aquellos inmensos países Y ¿de que se compondrá la Iglesia de hoy entre los paganos, sino de todos los elementos que en otro tiempo la constituyeron entre nosotros? Y ¿por qué razón el clero indígena había de estar incapacitado para cultivar su propio campo, el de sus padres, es decir para gobernar su propio pueblo?"

Y él mismo quiere dar el ejemplo y se avoca a sí la consagración de los seis primeros obispos chinos, y del primer obispo japonés así como del primer Obispo negro...

Al impulso que viene de las alturas del Vaticano los pueblos infieles se levantan del sueño de la muerte; diríase que han escuchado como Lázaro la voz de Jesucristo que nos llama a la vida. Así de doce millones de católicos con que contaba la Propaganda Fide en sus misiones el año 1922; en el año santo de la Redención, este número se computaba en diez y ocho millones, seis millones de almas ganadas para Jesucristo, verdaderamente resucitadas a la vida en sólo diez años de Pontificado! En cuanto a las circunscripciones eclesiásticas en que trabajaban los misioneros de la Propaganda, al subir al trono Pío XI eran 330 y en 1938 han llegado al número de 541 esto es decir se habían erigido 211 nuevas, y de todas ellas treinta y siete confiadas ya por completo al clero indígena.

LA IGLESIA ORIENTAL

El Papa veía también al lado de aquel campo de muerte del mundo infiel a ese triste montón de ramas desecadas en otro tiempo, gloria y florón de Jesucristo. Las Igelsias de Oriente, nuestros hermanos separados, como ha querido llamárles siempre la Iglesia para no darles el bochornoso calificativo de cismáticas. Y es tanto más dolorosa esta paralisis de vida cuanto fue del Oriente de donde salió la luz esplendorosa de la doctrina y la fundación de la Iglesia, cuanto fueron en otro tiempo aquellas Iglesias la sede de muchos grandes doctores y santos amigos de su fe y su amor a Cristo. ¿Cómo, la Iglesia de San Juan Crisóstomo, de San Gregorio, de San Juan Damasceno, de San Efrén, de San Basilio, de San Cirilo y de tantos otros, hoy viven una vida lánguida y anémica por su separación y prejuicios contra Roma? ¿Y se está secando el árbol que dió tan sabrosos frutos, y se está contaminando con errores pueriles y con supersticiones extrañas a la pura doctrina de los grandes doctores de la Iglesia?

Pero es que mi reino debe ser, reino de vida como el de Jesucristo, se dice el Papa, y la solicitud de todas esas Iglesias separadas me angustia como a Pablo. Y de su pecho afligido y su actividad prodigiosa brota un llamamiento nuevo que renueva las súplicas y los lamentos de los grandes Concilios de Florencia y de Lyon en pro de la unidad que por breve tiempo se realiza. ¡Ah si yo pudiera reconstituir el único redil de Jesucristo! y una de sus primeras Encíclicas, al conmemorar el Centenario de la muerte de San Josafat, del rito oriental, se dirige en especial a ese Oriente tan querido de la Iglesia y les pide renuncien a sus prejuicios y se acerquen a la Iglesia Romana, que les tiende los brazos. Para facilitar la tarea, da nuevo impulso al Instituto Oriental de Roma, y envia especialistas al Oriente para que coleccionen documentos raros y se forme una biblioteca oriental, que atraiga a los hombres de estudios, y funda un seminario Ruso, que pone bajo la égida de Santa Teresita del Niño Jesús, y finalmente al conmemorarse el Centenario decimosexto, del gran Concilio de Nicea, en que toda lo Iglesia estaba unida, quiere que en la Basílica Vaticana se den un abrazo estrecho el Oriente y el Occidente, convocando a los Patriarcas Orientales de todas las Iglesias sometidas a Roma, para que como en lejanos tiempos celebren con él en la tumba de los apóstoles las ceremonias cristianas del Santo Sacrificio conforme a la liturgia de San Crisóstomo. Y viose al Papa, usando de su derecho como Patriarca Universal de la Iglesia tomando parte activa en el sagrado rito, con su cruz griega en la mano, y la multitud de genuflexiones e inclinaciones profundas a la usanza oriental, y cantando en griego la parte que al supremo Patriarca le corresponde en aquella pintoresca y exuberante liturgia.

¡Impulsos de vida, llamadas a la resurrección, voces de Cristo a Lázaro para que salga del sepulcro, y a los que lo rodean para

que lo despojen del sudario de muerte que lo ata!

Sí, el Papa Pío XI, sabe que su reino es el reino de vida de Jesucristo y quiere desempeñar su cometido como es justo.

REGNUM SANCTITATIS

Esa vida que infunde a la Iglesia, no puede ser otra, bien lo sabéis, que la vida de la santidad y de la gracia, la vida sobrenatural. Es aquella que vino a traer Jesucristo a la tierra cuando decía: "Yo vine para que tengan vida y vida abundante." Su reino será de vida, pero si ella se ha de manifestar por la acción y las obras, el fundamento, la savia, la causa profunda de todo este movimiento acusador de la vida está y debe estar en la santidad y en la gracia, que bañe a las almas en sus purísimos raudales de amor y de luz.

Los hombres, aun los no fieles, aun lo desconocedores de Jesucristo, llaman al Papa el Santo Padre.

Pío XI no era hombre que pudiera contentarse con un título sin sustancias, con un sobrenombre que no respondía a la realidad. Era un hombre de conciencia recta y sincera. Y desde el primer momento se da cuenta de que aquel título de Santo Padre que le da el mundo, tiene que cimentarse en una realidad. El Papa tiene que ser santo, para poder llevar a los fieles por los senderos de la santidad, que no han de serles desconocidos. El Papa tiene que decir a los suyos como en el Evangelio: "*Sed santos porque yo que soy vuestro Padre soy santo*".

No quiero, bien lo comprendéis, adelantarnos al juicio de la Iglesia, pero no puedo menos de presentaros en este elogio fúnebre, la figura de un Pontífice, a quien verdaderamente rodea una aureola de Santidad.

Pío XI ha vivido por decirlo así en una casa de cristal. Ninguna de las horas de su existencia se nos oculta, podemos seguirle minuto a minuto en su vida ordenadísima que comienza con el alba de cada día consagrada por espacio de una hora a la oración, y seguida inmediatamente de la celebración del Santo Sacrificio. Vida de oración y de trabajo en que no hay ningún secreto fuera de los que exigen las gestiones diplomáticas y los asuntos de conciencia. Todo nos es conocido, le vemos vivir frugalmente, recibir a sus Secretarios de Estado a horas fijas para despachar los asuntos que se presentan, le vemos dictar su abrumadora correspondencia, le vemos estudiar sus discursos y sus escritos, sus Encíclicas y alocuciones, con aquel detenimiento y actuciosidad a que su vida de bibliotecario de la gran Biblioteca Ambrosiana y después de la Vaticana le tenían acostumbrado, le vemos a las horas de las audiencias públicas presentarse ante sus hijos que vienen de todo el mundo a visitarle, a escuchar una palabra siquiera de sus labios y a pedirle su bendición, y le oímos pronunciar aquellas alocuciones tan llenas de piedad y de ciencia, que casi siempre lleva escritas en la mano para que

el diario oficial del Vaticano, pueda reproducirlas con exactitud, y sin equivocaciones que pudieran ser de consecuencias.

Yo os lo puedo decir con toda sinceridad, porque tuve la dicha de ver personalmente a aquel gran Pontífice, pasando en esas audiensas por en medio de sus hijos que le aclamaban en todas lenguas, como en aquella memorable audiencia a los veinte mil jovenes de todas las naciones de Europa y America, congregados en el año jubilar de 1925; yo os puedo decir que entonces comprendí perfectamente el porque de aquella veneración especial que le tributaban los hombres. Era el padre y pastor lleno de bondad, el rey prudente que media con su profunda mirada el valor de las multitudes postradas ante él, el maestro sencillo y profundo que lentamente pero con gran vigor de expresión prodigaba los tesoros de su ciencia de los santos, y partía el pan de la doctrina a los pequeñuelos que lo pedían ansiosos.

No; jamás podré olvidar aquella majestuosa palabra, que parece resuena en mis oídos en estos momentos, lenta y sonora, reflejando las modulaciones que solo puede imprimir la profunda convicción de lo que se dice... Nunca puedo olvidar aquella lección que en mitad de su gran discurso a los jovenes católicos, les leyó con toda precisión y energía sobre este asunto espinoso y candente que se explicaba mal y se entendía peor: "Habeis oído decir —nos explicaba a los millares de oyentes—, habéis oído decir que el Papa dice que no se deben los católicos mezclar en política, pero es preciso entender que cuando la política toca al altar, defender al altar no es hacer política, sino obra de religión".

Y como no referiros aquella otra entrevista en que Pío XI recibió a todos los Directores del Apostolado de la Oración reunidos para un Congreso en Roma, y en que tuve la dicha de cruzar con él unas palabras y recibir de él un mensaje.

"Beatísimo Padre, —le dije cuando el P. General de la Compañía de Jesús me presentó a El como el representante de México en aquella Asamblea— ¡Ora por México, salva a México con tus oraciones!" Y El, fijando entonces su mirada en mi pobre persona me dijo: "Sí, es preciso orar mucho por México, ¡pobre México! Cuando vuelvas, hijo mío, por allá, díles a los mexicanos, *a mis mexicanos*, —así se expresaba siempre que hablaba de nosotros,— díles que oren mucho, que la oración salvará a México, dícelos de parte del Papa, no se te olvide."

¡Ah! como describiros aquella bondad, aquella serenidad, aquel tranquilo reposo de su fisonomía y de su palabra, reveladores del sereno equilibrio de un alma ungida por la gracia del Espíritu de Dios, templada por el suave ardor de todas las virtudes, inundada por el bálsamo suavísimo de la pureza, del amor de Dios y del prójimo.

Yo he tenido la fortuna de estar en contacto en el camino de mi vida con algunos santos, y yo os aseguro que aquellas fugaces entrevistas con el Papa Pío XI, no las olvidaré jamás y que cuando

quería expresar en mis escritos o palabras la fisonomía moral de un verdadero santo, era siempre la figura del Pontífice la que se aparecía en mi mente, como el tipo ideal de la santidad humana y contemporánea.

Nada en esa vida diáfana y pública en casi todos sus instantes, nada han podido reprocharle, ni sus más acerbos enemigos, que desdijera del calificativo de Santo Padre con que lo designábamos. El podía repetir, guardando ciertamente las proporciones debidas: *"¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?"* —como decía el modelo de toda santidad y de toda virtud: Jesucristo Nuestro Señor.

LAS CANONIZACIONES

Pero no se contentaba ni podía hacerlo, con ser El santo, era su misión santificar a los demás, hacer florecer la santidad entre los hombres, y para mejor conseguirlo buscaba entre todas las clases sociales, entre todos los fieles discípulos de Cristo, modelos de santidad que proponer a los demás para estimularlos suavemente con los maravillosos ejemplos que dejaron en la Iglesia a seguir, también, por ese camino de la verdadera gloria. De aquí su afán por canonizar a esos que un día fueron vasos ungidos por la suavidad de la gracia y que perfumaron con sus virtudes heróicas el jardín de la Iglesia. Ese es el fin, como sabéis, que la Iglesia se propone en primer lugar al elevar a un santo a los honores de los altares.

¿Recordáis esos fastos de gloria? Comienza el desfile glorioso de las canonizaciones, la florecita del Carmelo, Teresita del Niño Jesús, estrella del Pontificado de Pío XI, a la que confía el Patronato de las Misiones, el de Rusia y el suyo propio ,y siguen después en esplendorosa y nunca vista serie en un mismo Pontificado: San Pedro Canisio, de la Compañía de Jesús, Santa María Magdalena Postel y Santa Magdalena Sofía Barat, San Juan Eudes y el Santo Cura de Ars, Santa Catarina Thomás y Santa Lucía Philippi, San Roberto Belarmino, San Teófilo de Corte, San Juan de Brébeuf y sus compañeros mártires del Canadá, San Alberto Magno, San Andrés Hubert Furnet, Santa Bernardita Soubirous, Santa Juana Anthide Touret, Santa María Micaela del Santísimo Sacramento, Santa Luisa de Marillac, San Pompilio María Pirroti, San José Cottolengo y Santa Teresa Margarita Reddi, San Juan Bosco, San Conrado de Parzham, Santo Thomás Moro y San Juan Fisher, San Andrés Bobola, San Salvador de Horta y San Juan Leonardi.

¡Veintisiete canonizaciones en 17 años de reinado! Verdaderamente hay para asombrarse y para reconocer el inmenso deseo de la santidad de la Iglesia fiel, que le hacía buscar y encontrar esos espléndidos estímulos para el bien.

Pero no le basta ni puede bastarle. Habla, encamina, muestra en numerosas y magníficas Encíclicas las fuentes de esa vida de



Beatísimo Padre

Christus, Revista Mensual para Sacerdotes, aprobada y bendecida por el Vble Episcopado Mexicano, en el comienzo de su Tercer Año de vida, humildemente implora de Vuestra Santidad la Bendición Apostólica para seguir trabajando por el bien de los Sacerdotes Mexicanos y de la América Latina, y

Ora

Pppx



Beatísimo Padre

La "Obra de la Buena Prensa", aprobada y bendecida por el Vble. Episcopado Mexicano en su fecundísimo Primer ... Aniversario, humildemente implora de Vuestra Santidad ... la Bendición Apostólica, ... para un futuro lleno de frutos espirituales en favor de ... la Iglesia, ... y Dios.....

Pappas

santidad. Ahí están las dos referentes al Corazón Divino de Jesús, ahí la que recuerda y glorifica, la santa pobreza del Poverello de Asís, ahí la que recuerda la penitencia y lágrimas del gran Padre de la Iglesia: San Agustín, ahí la que canta las glorias del martirio por la fidelidad a la Sede de Pedro, referente a San Josafat, ahí la que convida con las más expresivas afirmaciones y profundísimas reflexiones a la práctica de lo que pudiéramos llamar el arte de hacerse santos o sean los Ejercicios de San Ignacio de Loyola, ahí, finalmente la magistral sobre las excelencias y deberes del sacerdocio católico con motivo de sus bodas de oro sacerdotales, en la que, sin quererlo ni pretenderlo, se describe a sí mismo.

¡Sed santos, sed santos! es la muletilla obligada, la frase sacramental, la expresión de sus más vivos deseos, porque vuestro Padre que está en los cielos es santo.

REGNUM GRATIÆ

Y para ello, como mi reino es también el reino de la gracia, como yo soy el depositario de los tesoros de Cristo, de los méritos del Redentor, de la Madre Purísima de Jesús y de todos los santos, yo os abriré el arca de esos tesoros; entrad, meted las manos, sacad esos tesoros, revestíos con ellos, mostraos ante la Justicia y la Bondad divina cubiertos con ese escudo de la gracia. Yo multiplicaré los Años Jubilares, yo seré el Papa de los Años Santos, para que el mundo se acoja a la indulgencia y al perdón, para que Dios, por su gracia, haga vuestras obras merecedoras de la vida eterna. Y los años santos se suceden unos a otros con misericordiosa prolijidad. Es el año jubilar del cuarto de siglo, a este sigue el de su Jubileo Sacerdotal y, a este el del centenario de la Redención del género humano. No basta; yo los prolongaré cada uno por otro para que sea más fácil el lucrar esas gracias en los más apartados lugares del mundo. Y aun no basta, yo encontraré un motivo para concederlo aun a naciones particulares: a Francia, la primogénita de la Iglesia, por el centenario de su consagración a María Santísima y —¡oh dicha nunca suficientemente ponderada!— a México, a mi nación querida, a mi pueblo pequeño y martirizado, a mi pueblo guadalupano, porque Yo —dice el Papa, y son sus palabras formales— yo amo a México y a su Virgen desde niño, porque cuando yo era seminarista conocía mejor la geografía de México que la de mi patria, la dulce Italia, porque amando a México no he podido menos de amar a la que es su Patrona, su defensora, su abogada, su Reina, su Madre, su todo. Sí que cuando ese pueblo querido termina el magnífico templo a su Virgencita de Guadalupe, es preciso regalarlo como al hijo mimado de María y para él abriré nuevamente los tesoros de gracias de un Año Santo.

REGNUM JUSTITIÆ, AMORIS ET PACIS

El Papa Pío, desde el momento en que sube al solio, pone su reino bajo el signo de la paz. *Pax Christi in regno Christi,* tal será su divisa, y lo será así, porque es su reino el mismo reino del Rey Pacífico, Reino de justicia, de amor y de paz.

Malos días para el mundo trastornado por tantos conflictos y tantos egoismos se desencadenarán haciendo imposible la deseada paz que todos anhelan, y en medio de tantas tormentas a cada momento se escucha por el mundo entero la voz del Pontífice que exhorta, que trabaja, que ora por la paz perdida.

Pero es preciso oír de su misma boca la definición de la verdadera paz, tal como la expone en su discurso al Sacro Colegio en el día de Navidad de 1930, porque no toda paz es verdadera, ni toda paz es durable, y hay paces que entrañan en sí las más sordas amenazas de guerra, que a la primera chispa imprevista encenderán la hoguera desoladora. Así era la paz, como hemos visto, que se estableció en el tratado de Versalles al terminar la gran Guerra, paz ficticia, llena de odios, de recelos, de graves amenazas que está muy lejos de ser la *tranquilitas ordinis* que constituye la paz verdadera, porque de aquellos tratados deliberadamente se excluyó a Dios, a Jesucristo, al autor y consumador de la paz.

No; Pío XI explica en aquel discurso de Navidad, que: "la verdadera paz es la Paz de Cristo, y no un pacifismo sentimental, confuso y sin discernimiento, ya que la verdadera paz viene de Dios y tiene los caracteres esenciales e indispensables y los preciosos frutos de la verdadera paz. Ella sobrepuja a todo entendimiento, la paz de Cristo, la paz verdadera, y es un grave error creer que una paz real y verdadera puede reinar entre los hombres y entre los pueblos, mientras estos se dediquen desde luego, ante todo y con la mayor avidez a buscar los bienes sensibles, materiales, terrenos, los que siendo limitados, difícilmente pueden bastar para todos, aun en el caso (difícil de cumplirse) de que alguien reclame para sí la parte del león y necesariamente, cuanto mayor es el número de los coopartícipes, más pequeña es la parte de cada uno, por lo cual esos bienes son casi inevitablemente fuente de codicias y de envidias, y al propio tiempo de discordias y conflictos. Lo contrario pasa con los tesoros espirituales, la verdad, el bien, la virtud, que abundan y fructifican con tanto más provecho para los individuos y para la colectividad, cuanto son más ampliamente comunicados."

"Otro error contra el cual quiere prevenirnos la palabra apostólica divinamente inspirada, es aquel en el cual incurren los que creen que puede haber paz exterior entre los hombres y entre los pueblos, allí donde no hay paz interior, es decir allí donde el espíritu de paz no es dueño de las inteligencias y de los corazones, es decir de las almas completas; de las inteligencias para reconocer y respetar las razones de la justicia y de los corazones para que

la justicia se asocie a la caridad y aun prevalezca sobre la justicia, porque si la paz según el profeta, debe ser obra y fruto de la justicia, pertenece más bien a la caridad que a la justicia, como lo enseña luminosamente Sto. Tomás y además como es conforme a la naturaleza de las cosas."

"Es difícil, desgraciadamente, que la paz interior de las inteligencias y de los corazones reine entre los ciudadanos y clases sociales si en unos y otros nacen y perduran fuertes motivos de conflictos por causa de una distribución y de una proporción menos equitativa de las ventajas y de los cargos, de los derechos y de los deberes, del capital, de la dirección y del trabajo, y de la participación de los frutos que solamente una amigable cooperación puede producir."

"Más difícil es, por no decir imposible, que la paz dure entre los pueblos y los Estados si en vez del verdadero y puro patriotismo reina y hace estragos un egoísta y duro nacionalismo, es decir: el odio y la envidia, en vez del mutuo deseo del bien; la desconfianza y la sospecha en vez de la confianza fraternal; la competencia y la lucha, en vez del buen avenimiento y de la cooperación; la ambición de hegemonía y preponderancia en vez del respeto y de la protección de todos los derechos, aunque sean los de los débiles y de los pequeños...."

¿Cómo pudiera mejor describirse la verdadera paz y las causas que la imponen? Esa paz es la de la que se hará el Pontífice el pregonero, el apóstol, el autor, porque es la Paz de Cristo, fundada en la justicia y el amor íntimamente enlazados.

LA PAZ DE LETRAN

Digo *el autor,* y lo veremos palpable en el ejemplo con que siempre Pío acompaña a sus palabras, en la paz de que es autor entre la Santa Sede y la Casa reinante de Italia, la paz que termina la espinosísima cuestión romana, y que brota espléndida y típica en los tratados de Letrán.

La Casa de Saboya se había hecho rea, como bien lo sabéis, de un gran latrocinio, despojando al Papa de sus Estados temporales, con el pretexto más o menos fundado de establecer la unidad de la nación italiana. Este estado de cosas tan lamentable, establece una separación entre una monarquía que han honrado varios santos, y la Iglesia. Es una guerra sin estrépito de armas, pero que se traduce en una viviente injusticia por la voluntaria prisión del Papa en su palacio del Vaticano, injusticia que las multitudes católicas del mundo entero hacen patente cada día, cuando lanzan aquel grito de desafío a la Casa Real italiana: *¡Evviva el Papa re!* ¡Viva el Papa rey!

Pío XI, que quiere la paz, que busca la paz y que ha definido la paz, por los sentimientos unidos de caridad y de justicia, exentos de ambiciones de bienes temporales para buscar únicamente los es-

pirituales, el reino de Dios, el reino de Jesucristo en la tranquilidad de las conciencias, pide la paz al omnipotente ministro del rey de Saboya y, para lograrla, cede voluntariamente de sus derechos, y reduce sus demandas a los estrictos límites que exige una soberanía temporal absolutamente necesaria para la independencia de un poder que se extiende a toda la tierra y que de ninguna manera puede subordinarse en nada y para nada a otro poder terreno y nacional. Conténtase con unas cuantas áreas de terreno que formarán la Ciudad del Vaticano, y en ese territorio pequeñísimo que nada quita a los esplendores y dignidad de la capital de Italia unida, la Roma inmortal de los Papas y del Imperio Italiano, ejercerá su soberanía independiente.

¿No es esto poner en práctica a la vista del mundo la definición que ha dado de la verdadera paz, de la paz de Cristo, por la justicia y la caridad, el sacrificio y la mútua tolerancia, el despego de los bienes terrenos, para contentarse únicamente con lo necesario? La paz se hace así entre la gran Casa Real de Saboya y el Papa, y termina entre cánticos de gloria la escandalosa cuestión romana.

Y es justo decir, y el mismo Papa lo reconoció más de una vez, que aquella paz había sido posible por la buena voluntad de un hombre inteligente y poderoso, de ese *Duce* italiano, que había escuchado la voz del Papa invitándole a la paz, que hará la próxima grandeza de la nación que rige con mano férrea.

Imposible seguir al Papa en todas sus gestiones por establecer esa misma paz en todas las naciones de la tierra, tan turbadas por la discordia. Imposible enumerar siquiera sus exhortaciones, sus mediaciones, sus consejos, sus súplicas. Todo el mundo lo sabe, todo el mundo lo afirma: Pío XI es un Rey pacífico, es un promotor de paz, un consejero de paz, que no olvida la justicia y sus derechos, pero que le antepone como es natural, como es Evangélico, el fuero característico de la caridad y del amor.

¡Ah! si las naciones hubieran oído siempre la voz del Pastor Supremo, no habríamos pasado por esas horas de angustia tan repetidas durante la época de su Pontificado, en que el horrible espectro de la guerra se ha mostrado implacable a las puertas del mundo, próximo a desatar sobre él todos los horrores de esa guerra que el Papa ha puesto siempre fuera de la ley.

Pío XI después de larga y dolorosa enfermedad, después de tántas luchas y tántos afanes incansables yace en su lecho de muerte. Sus postreras palabras serán todavía como bien lo sabéis: *¡Paz, paz, paz!* Hasta sus últimos momentos tiene la idea viva y presente ante su lúcido espíritu, de que su reino es el reino de la justicia, del amor y de la paz.

CONCLUSION

Yo os aseguro, lectores míos, que no he hecho ningún esfuerzo ni literario, ni de ninguna otra especie, para acomodar a un texto escogido deliberadamente y previamente, la tésis que acabo de desarrollar ante vosotros.

Me ha bastado ir simplemente recorriendo y comparando la vida del inmortal Pontífice Pío XI con aquellos caracteres del reino divino de Jesucristo, que se cantan en la liturgia de la Misa: *Regnum veritatis et vitæ, regnum sanctitatis et gratiæ, regnum justitiæ amoris et pacis.*

La vida toda del Pontífice desaparecido, ha sido la realización plena, completa, esplendorosa de ese reinado sobre la tierra; ya lo habéis visto en lo que he recordado, lo veríais aun más confirmado en lo mucho que he tenido muy a pesar mío que omitir.

He aquí la grandeza de Pío XI. Pío XI fue grande, porque supo ser Papa, porque supo cumplir con los deberes que le impone el terrible, pero glorioso peso de ser Vicario de Cristo en la Tierra. Reinó como Cristo quería que reinase. Fue entre nosotros un trasunto fidelísimo de Pedro inmortal, y por ende, de Jesucristo Rey. Por eso es grande, porque le cubre la grandeza de Pedro, de Cristo que no muere.

Pero no por eso es menos meritoria su grandeza, porque para ser Pedro, ha tenido que vigilarse a sí mismo en todos los momentos de su vida, de modo que no hubiera acción, ni pensamiento, ni anhelo, ni palabra, ni movimiento alguno que desdijera de su investidura divina.

Así la historia de la humanidad lo hará pasar ante los ojos de las futuras generaciones; así se dirá en los tiempos futuros: *"¿Queréis saber lo que es un Papa, como es un Papa? Mirad a Pío XI, el gran Papa del siglo XX."*

Y ahora sólo me queda dirigir mis súplicas a ese gran Pontífice que ha pasado a la inmortalidad de la vida eterna, y repetirle una vez más las palabras que aquí en la tierra le dirigí y que oyeron sus propios oídos mortales, y merecieron su atención:

¡Beatísimo Padre, ora por tu México que tanto amaste en la tierra. Salva a tu México con tus oraciones. ¿Cómo podrá el Rey divino, cómo podrá su Madre Santísima desoir las súplicas de quien, en la tierra, reinó como Jesucristo y amó a la Virgen y la honró con toda su alma...? ¡Beatísimo Padre, ora por México!

Joaquín Cardoso, S. J.

A LOS SEÑORES PARROCOS Y CAPELLANES DEL ARZOBISPADO:

Para cumplir con la Circular Nº 18 en la que manda el Excmo. Sr. Arzobispo ciertos temas dominicales, les será de gran utilidad el librito "DIOS" de D. Silvino Díaz.

De venta en la librería de "J. AGUIRRE B." Isabel la Católica Nº 20.



Somos el simbolo de la Resurección y de la vida, de la fé o del amor, de la esperanza y de la oración perenne que, remontándose en nimbos de luz mas allá de las cumbres nevadas y de lo azul del firmamento, es capaz de realizar la ardiente y sublime aspiración del Profeta Isaias: "Utinam dirumperes coelos et venires".

Somos las velas de cera "VERITAS"

Las Preferidas

FABRICA MEXICANA DE VELAS, S. A.

Juan J. Paz - Dir. Gte.

Calle de Santa Bárbara núm 16 Apartado Postal 1278

México, D. F.

Pío Once y los Pactos de Letrán

Pocos dias, quizá ninguno, de su largo reinado, trajeron a S. S. Pío XI una alegria tan honda y tan justificada, como la fiesta del Sagdo. Corazón, el 7 de junio de 1929, en que pudo estrenar la recién instalada estación telegráfica del Vaticano, con un mensaje al rey de Italia al ratificarse los Pactos de Letrán del 11 de febrero de ese año. La reconciliación de la Santa Sede con el reino de Italia estaba consumada. Pío XI tenia la intima satisfacción de haber dado Dios a Italia e Italia a Dios. Pero qué áspero el camino recorrido para llegar a esta resplandeciente cumbre! ¡Qué larga y enconada lucha! ¡Cuántas dificultades y cuán inesperadas contradicciones! Ya desde niño habia podido el que habia de ser Pío XI, ser testigo de la guerra más fratricida en que se enzarzó Victor Manuel II contra Pío IX; en su edad madura lamentó continuamente la lucha sorda e insidiosa siempre, abierta y procaz no pocas veces, de los gobernantes italianos contra el inerme prisionero voluntario del Vaticano y desde que subió al trono de San Pedro tuvo que enfrentarse contra las más obstinadas pasiones y los más contradictorios prejuicios, desplegar todas las velas de su habilidad diplomática, tolerar mansa y pacientemente todo lo que no era incompatible con los derechos inalienables de la Sede Apostólica, "*plantarse*" firme y decidido cuando fue necesario poner coto a la maquiavélica ligereza del Jefe del Gobierno italiano que parece haberse complacido hasta los últimos momentos en complicar la solucion amistosa y definitiva del diuturno conflicto que ha pasado a la Historia con el nombre de la "*Cuestión Romana*".

Espinosa y complicada era al par que aflictiva la situación italiana desde mediados del siglo pasado hasta el dia radiante de la "*Conciliación*". Frente a frente se levantaban dos palacios: El Vaticano y el Quirinal: en uno la despojada víctima, viviente protesta del Derecho ultrajado; en el otro el Monarca impotente de una Italia materialmente unificada pero espiritualmente destrozada. Situación dolorosa para el Padre común de los fieles que no podia acoger en su regazo ni a su misma Patria; dolorosa también para los católicos italianos que nada ponían para acabar con ese conflicto entre su Religión y su Patria; mucho más molesta y aflictiva aún para el mismo gobierno de Italia que no podia arrancar de sus flan-

cos la saeta que lo emponzoñaba. *"Italia* —escribía en aquel entonces un historiador no católico (1)— *no es dueña de su territorio como las otras naciones... De los Alpes al extremo de Sicilia no todo el territorio es italiano: en el centro se yergue un palacio rodeado de jardines: son los dominios de San Pedro. Allí no puede entrar el rey de Italia. Pedro Apóstol reclama su heredad... Muy poderoso es el emperador de Alemania, pero no tanto que pueda negar su homenaje al Papa cuando vaya a visitar al Rey de Italia. El Emperador de Austria profesa ser hermano y especial amigo del Rey Humberto I, pero no puede visitarlo en Roma por no cometer un sacrilegio. Y la protesta del inmortal anciano como fúnebre redoble continúa siempre resonando en Roma Capital, inquietando y enfureciendo al rey y a sus ministros. ¿Para qué estar en Roma si subsiste la cuestión romana?"*

Este persistente e irritante conflicto se debía a que la unificación a que aspira Italia, no se había llevado al cabo como muchos de sus hijos lo hubieran querido y lo procuraron los más insignes de ellos, un Mazoni, un Pellico, un Rosmini, un Taparelli, por la federación de las diversas religiones y la unión pacífica y legal con el Papa como jefe honorario; sino que el Rey del Piamonte, aconsejado por el maquiavélico e inteligente Cavour, aprovechó la revolución de Mazzini y las algaradas de Garibaldi, jugó habilmente con sus alianzas con Francia y con Prusia y acabó por unificar por ardides y violencia la península italiana bajo su cetro y con Roma por Capital. Apenas ocupada ésta el 20 de septiembre de 1870, los Estados pontificios dejaron de existir. Es cierto que Italia quiso arreglarlo todo con la llamada *"Ley de garantías"* del 13 de mayo de 1871 que concedía al Papa la inviolabilidad, castigaba cualquier ofensa a su persona con las mismas penas que las hechas al rey de Italia, le asignaba una renta anual de 3,225,000 liras, y le concedía el goce del Vaticano, del palacio de Letran y de Castel Gandolfo. Concedía también toda clase de garantías al Cónclave o cualquier concilio Ecuménico que se reuniera en Roma y admitía que el Papa tuviera un Cuerpo Diplomático especial, y comunicaciones libres por correos y telégrafos con todo el mundo.

Ni Pío IX, ni León XIII, ni Pío X, ni Benedicto XV, ni Pío XI quisieron aceptar nunca esta ley sino que protestaron constante y energicamente contra ella. Nunca quisieron aceptar ni un céntimo de la renta que se les ofrecía y en señal de protesta se declararon presos en el Vaticano. Por eso los soberanos católicos no podían visitar al rey de Italia en Roma y los demás si querían visitar al Padre Santo tenían que someterse a protocolo minucioso y complicado que simbolizaba el no reconocimiento, aunque fuera por unas horas, de la usurpación de Roma.

¿Cuál era el motivo que obligaba a los Papas a tan severa actitud? A su juicio la Ley de Garantías no garantizaba suficientemente la independencia de la Sede Apostólica por ser una ley puramente

(1) El P. Hipólito Martin en Etudes 1878, vol. I. p. 328.

Ver la siguiente, p. 330

italiana, decretada por sólo Italia, aplicada e interpretada sólo por Italia y por tanto que podía ser suprimida o modificada por Italia. Las condiciones necesarias para la independencia de la Santa Sede quedaban por completo en el arbitrio de un Gobierno y precisamente el Gobierno usurpador.

A muchos espíritus superficiales escandalizó esta intransigencia de los Papas. ¿Por qué se empeñó el sucesor de Pedro Pescador, del representante y vicario del Maestro pobre y humilde de Nazaret, por tener una realeza terrena? La razón sin embargo es clara.

Es evidente que los primeros Pontífices de Roma pobres y perseguidos por la saña de los Césares no eran reyes y sin embargo sí estaban aureolados por destellos soberanos, porque al dejar a Pedro como Vicario suyo en la tierra el Rey de los Siglos, nimbó su frente con un destello de su propia realeza, que resplandece por encima de las vicisitudes de la Historia y no depende de protocolos ni de humanas aclamaciones. No convenía que este Monarca Espiritual fuera súbdito de otra potestad terrena ya que estaba por encima de todas y sí convenía que estuviera resguardado por una soberanía temporal que le fuera propia. Pero como este Poder Temporal era sólo una conveniencia, un medio, no acompaña al Papado desde su primer origen, ni se liga a él con la misma necesidad que la Soberanía Religiosa, sino que lentamente se prepara y desarrolla y cambia según las necesidades de los tiempos. Poéticamente lo expresó Doellinger. *"El mito helénico hizo surgir del mar la isla de Delos cuando plugo a Apolo venir a nacer en el mundo. En todo evento y aunque para ello hubiera de brotar de las aguas, no faltará su Delos a la Cátedra de San Pedro"*.

Esta soberanía temporal cuyos títulos proclamaba una historia de más de diez siglos, era necesaria para salvaguardar la independencia del Jefe de la Iglesia que ni por El, ni por sus hijos esparcidos por toda la tierra, podía tolerar que la Sede Apostólica quedara encuadrada en el sistema nacional italiano. El litigio con Italia sólo podía resolverse cuando Italia admitiera tratar con el Papa como con un Soberano independiente y no se contentara con colmarlo de regalos como el más ilustre de sus súbditos. La Ley de Garantías era inaceptable por unilateral. El día en que Italia decidiera hacer un pacto bilateral con la Santa Sede, rayaría el alba de la conciliación.

A Pío XI cupo la gloria de lograr esta decisión, nada fácil por cierto, pues en los descendientes de Cavour y Garibaldi las pasiones alentaban aún y los prejuicios habían enraizado, mientras en muchos católicos el encono contra el Gobierno de Italia era grande, e inquebrantable la intransigencia no sólo en los principios sino en toda la extensión del problema. La Cuestión Romana resultaba por tanto a casi todos los que habían estudiado, un callejón sin salida. Gentile, intelectual italiano de renombre mundial, muy adicto al facismo, Ministro de Mussolini en los principios del régimen, escribía en el *"Corriere della Sera"* y en octubre de 1927, que la famosa conci-

liación *"entre Italia y el Papa, con que soñaron Cavour, Crispi y tantos otros después de ellos, era ni más ni menos una quimera, y si como decía Manzoni hay quimeras hermosas y otras que no lo son, esta de la conciliación no debería clasificarse entre las primeras"*. Una conciliación significaba de hecho, según el citado filósofo, la subordinación del estado al Papa y eso era sencillamente absurdo. También aunque con muy diverso matiz, exageraban la dificultad los católicos. La conciliación no podía realizarse sin la devolución de Roma al Papa. Así, sólo así, que dar cima al conflicto, de modo que para muchos era casi un dogma esta exigencia, expresada al subir al trono León XIII con las palabras que siguen por un celebre jesuíta (1) *"Pío IX se ha inclinado hacia el monarca expirante con inmenso amor paterno, pero sin olvidar sus derechos de Pontífice. No ha cedido al bajar a la tumba, ni un ápice de sus derechos, sino que los ha traspasado intactos a su sucesor... León XIII bendecirá al usurpador el día en que arrepentido salga de Roma y devuelva a la Iglesia el Patrimonio de San Pedro"*.

No pensaba así Pío XI. El veía el problema desde muy arriba. El 11 de febrero, como una bomba, estallaba en el mundo entero la estupenda noticia del Tratado de Letrán entre el Papa e Italia en virtud del cual ésta reconocía la soberanía del Pontífice y la independencia de un trozo de tierra, bautizado después con el nombre de Ciudad del Vaticano. Pío XI en cambio renunciaba a sus derechos sobre los antiguos Estados Pontificios y sobre la misma Roma

¿Cómo pudo obtenerse tan audaz solución?

Largas y secretas fueron las negociaciones preliminares. Sería injusto no mencionar siquiera de paso que varias veces los Papas sus predecesores habían tendido a Italia, sin lograr correspondencia, el ramo de oliva y sobre todo que Benedicto XV había esbozado la solución de Letrán, en sus instrucciones a Cerreti, que trató de ponerse al habla en su nombre con los plenipotenciarios del Congreso de Versalles. Pero ciertamente Pío XI eligió como blanco de su política desde su ascensión al trono, este problema como lo indica el que ya en su primera Encíclica después de lamentar la carencia de relaciones amistosas con Italia y de reiterar su protesta por la injusta usurpación y la falta de independencia, agrega estas significativas palabras: *"Italia jamás tendrá que temer daño alguno de parte de esta Sede Apostólica, pues el Romano Pontífice, sea quien fuere, siempre dirá de corazón aquello del Profeta: "Yo tengo pensamientos de paz y no de aflicción, de paz verdadera digo, y por lo mismo inseparable de la justicia, de modo que pueda decirse: "Se besaron la justicia y la paz." A Dios omnipotente y misericordioso toca hacer que llegue por fin a alborear día tan alegre, tan fecundo en toda clase de bienes, tanto para la restauración del Reino de Cristo, como para el bienestar de Italia y del mundo. Y todos los hombres de recto sentir deben trabajar diligentemente para que no se frustren estos designios."*

(1) Lavisse "Vue générale de l'histoire politique de l'Europe" p. 210 y ss.

Poco después en 1923 comenzaron las primeras intentonas, desprovistas de todo carácter oficial y aun oficioso. Con todo el cambio total sobrevenido en la situación política de Italia por el advenimiento del Fascismo que había sustituido el cáos presidido por el gobierno parlamentario por la disciplina impuesta por la mano de hierro de Mussolini, pareció al Papa propicio para buscar un arreglo, ya que la dictadura tenía por lo menos la ventaja de poder acallar la grita de garibaldinos y masones. En agosto de 1926 empezaron ya con cierta formalidad las conversaciones que habían de proseguir por tres años y lograr un acuerdo. Tres fases presentaron: en la primera de agosto a octubre de 1926, el abogado consistorial Pacelli hermano del recién elegido Pío XII, y el consejero italiano de Estado Barone en conversaciones de carácter privado dejaron asentado que sólo un pacto bilateral podría terminar el litigio y que la Santa Sede no podía renunciar a sus derechos sobre sus antiguos dominios sin exigir cuando menos una porción de territorio, que fuera la base terrena de su soberanía temporal, y un arreglo satisfactorio de la situación jurídica de la Iglesia en el Reino de Italia. En la segunda fase que llega hasta fines de 1928 los negociadores ya oficiosos, aunque todavía no oficiales, llegan a establecer el Tratado Político y el Concordato.

Para que se vea cuán a pechos tomaba el asunto S. S. el Papa conviene tener presente que concedió 129 audiencias al abogado Pacelli para tratar esta cuestión. Cuando ya estaba todo bien pensado, en noviembre de 1928 comenzó la tercera fase, en la que el Cardenal Gasparri como plenipotenciario de S. S. Pío XI y por medio del abogado Pacelli, y Benito Mussolini, como Plenipotenciario de S. M. el Rey Víctor Manuel III por medio de Barone primero, y a la muerte de éste personalmente, llevan a feliz término, oficial aunque secretamente, las negociaciones, que se hacen públicas con la firma de los Pactos el 11 de febrero de 1929.

Este importantísimo y trascendental arreglo, junto con el vigoroso impulso dado a la Acción Católica en todo el mundo, serán a no dudarlo, los mejores títulos para inmortalizar a Pío XI ante la Historia.

Se reducen los Pactos de Letrán a un Tratado Político y al Concordato, que según expresión del mismo Pío XI *"no solo explica, no justifica, sino que recomienda el Tratado. Y precisamente porque debía tener esta función, quiso el Papa desde el principio que el Concordato fuese "conditio sine qua non del Tratado."*

El Tratado Político es un pacto bilateral por el cual reconoce Italia la soberanía jurídica internacional de la Santa Sede con el Palacio y jardines del Vaticano como sede territorial. Además reconoce el derecho de extraterritorialidad a numerosos inmuebles, sitos en el Reino, de gran importancia para la Santa Sede y concede exención de tributos no sólo a estos, sino a muchos otros detenidamente enumerados. Termina con un arreglo financiero por el cual Italia entrega a la Santa Sede una cantidad equivalente al desem-

bolso efectivo de 400 millones de liras oro a título de indemnización por las enormes pérdidas causadas por la nacionalización del Patrimonio de San Pedro y la secularización de tantas propiedades eclesiásticas en toda Italia.

El Concordato que —también frase del gran Pontífice— *"si no es el mejor de cuantos pueden establecerse, es ciertamente de los mejores,"* regula la situación jurídica de la Iglesia en Italia de manera que evite en lo posible todo choque con el Estado y al mismo tiempo goce la mayor libertad e independencia posible tanto en sus actividades religiosas, como en toda su administración. De sus 45 artículos baste recordar: el artículo 1º. por el cual se obliga *"el gobierno italiano a impedir en Roma todo cuanto se oponga al carácter sagrado de esta ciudad"*: el 19 que reconoce a la Santa Sede el derecho de nombramiento de los Obispos; el 21 le reconoce el derecho de provisión de los beneficios eclesiásticos; el 24 declara abolido el regio *"placet"* y el *"exequatur"*; el 34 reconoce al sacramento del Matrimonio segun las regulaciones del derecho canónico, todos los efectos civiles; el 36 afirma que *"Italia considera fundamento y corona de la instrucción pública la enseñanza de la doctrina cristiana conforme a la tradición católica"*; y por fin el 43 que: *"El estado Italiano reconoce la personalidad jurídica a las organizaciones dependientes de la Acción Católica Italiana, en cuanto ellas, según disposiciones de la Santa Sede, desarrollan sus actividades al margen de todo partido político y bajo la dependencia inmediata de la Jerarquía Católica por medio de la difusión y práctica de los principios Católicos."*

Esta espléndida victoria de Pío XI no había de ser con todo el fin de la batalla. La vida es un combate y combate había de ser la vida del magnánimo Pontífice aun con el Gobierno de la Italia reconciliada. Por lo tanto no dejó pasar en silencio los lamentables discursos que el Duce pronunció ante las Cámaras y en los cuales deseoso de calmar la oposición de anticlericales y garibaldinos indignados por los Pactos de Letran, se atrevió a negar la solidaridad del Tratado y del Concordato y el caracterizar al primero como consagración de la obra de los liberales italianos enemigos del poder temporal. Como un rayo, muy pocos días despues, hizo llegar el Papa a manos del Dictador italiano el 31 de mayo y de todo el mundo por la prensa el 5 de junio, una carta oficial en la que ponía los puntos sobre las íes y refutaba vigorosamente las aserciones del Duce. Este comprendió la lección y confiscó la edición del único periódico fascista que se atrevió a criticar la carta del Papa. Así fué posible la ratificación de los Pactos el 7 de junio.

III

Diez años han corrido desde ese dia memorable y han comprolado palpablemente muchas veces los grandes beneficios traídos a la Iglesia y a Italia por la *"Conciliación."* Es cierto también como lo

decía tristemente el Papa en su última alocución de Navidad, que no pocas violaciones han venido a enturbiar la alegria de esta conmemeración decenal. Sin embargo en lo que se refiere a la situarión jurídica de la Ciudad del Vaticano, nada se puede reprochar a Italia, como tampoco en la observancia de casi toda la parte puramente administrativa del Concordato: condición legal de las diócesis, parroquias, comunidades religiosas, establecimientos de educación, propiedades eclesiásticas. La libertad del Papa ha sido total y en medio del abyecto servilismo de la prensa y de la cátedra, el Papa ha seguido levantando apostólicamente su voz de protesta contra tantas doctrinas y contra tantas leyes como desconocen hoy dia par completo las nociones más elementales de la Moral, y de la Justicia y los derechos más esenciales de la persona humana.

También el Estado Italiano ha reportado grandes ventajas de los pactos conciliadores. Ha desaparecido la antipatia de millones de católicos que tuvo que sufrir la Italia unificada, la Cuestión Romana no sigue sirviendo a las potencias extranjeras de instrumento amenazador contra Italia en momentos difíciles, y sobre todo como advierte la "Civiltá Cattolica" (4 de febrero) nunca se podrá ponderar suficientemente lo que ha ganado Italia con la paz nacida en Letrán, la paz religiosa, la paz de las conciencias, *"que ha realizado la unidad del alma nacional, unidad que integra, realza, eleva la unidad política."*

Por desgracia sobre todo estos últimos años hay sombras cada vez más densas que opacan este cuadro que debia ser todo luz. Al principio fue sólo la tendencia totalitaria del régimen que chocó repetidas veces con las asociaciones independientes de la Acción Católica. La crisis culminó en la tensión de 1930 que gracias a la energía y decisión inquebrantables del Papa y a la prudencia de Mussolini, que acabó por ceder a lo menos en lo esencial, dió lugar a varios años de completa paz.

Ultimamente por desgracia, el Sumo Pontífice lamentaba de nuevo frecuentes ataques a la Acción Católica que revelaban a las claras la conivencia y aun la aprobación de las supremas autoridades, *"ya que no cesan en distintos lugares de un cabo a otro de la Península. Ni solo en poblaciones sin importancia, puesto que ayer eran Venecia, Turín y Bérgamo; hoy Milán y la persona de su Cardenal Arzobispo, reo de un discurso y de una doctrina que encaja de todo en todo en sus deberes pastorales y que Nos no podemos menos que aprobar".* (Alocución de Navidad)

Ultimamente la deplorable alianza con el régimen pagano de Berlin ha dejado filtrar en la católica Italia las doctrinas racistas que, aunque un tanto mitigadas, no han perdido su esencia anticatólica. El Gobierno ha violado cinicamente el Concordato al introducir en la legislación matrimonial la innovación de invalidar el matrimonio entre arios y no-arios, contra la letra y el espiritu del Derecho Canónico. Es cierto que después las enérgicas protes-

tas del Papa y la benévola y honrada intervención del Rey lograron una modificación que atenúa esta grave falta al compromiso concordatorio, tan dolorosa para el corazón del amante Pontífice.

Es imposible pasar en silencio las conmovedores palabras con que en su última alocución aludió el Papa a estas y otras ofensas hechas por el Dictador de Italia al compromiso contraído y a la persona misma del venerado pontífice. *"Queremos hacer otra advertencia más, y por cierto en recuerdo de la grande y gloriosa memoria de León XIII. Al recordar la reciente apoteósis preparada en esta misma Roma a una cruz enemiga de la Cruz de Cristo, al recordar ésta y otras graves heridas a que aludí antes, infligidas al Concordato, no nos parecía excesivo tampoco a Nosotros esperar un poco más de respeto a nuestras canas. Pero ellos siguieron adelante brutalmente. Este recuerdo lo evocamos tanto más para honrar la memoria digna de todo honor de aquel gran Pontífice, como para ponernos delante del espíritu de aquel perdón magnánimo e imitar como lo hacemos de corazón su noble ejemplo, rogando al mismo tiempo a Dios Nuestro Señor se digne iluminar las inteligencias y mover los corazones, conforme a la Verdad y a la Justicia, única verdadera y sólida base del bienestar de los individuos como también de las naciones, pues como está escrito en el Sagrado Libro: "El pecado hace infelices a los pueblos".*

Ojalá los orgullosos conductores de pueblos que hoy más que nunca parecen confiar únicamente en la fuerza y la violencia, presten oído a estas últimas palabras de un anciano sobre todos venerado. Dios haya querido aceptar el sacrificio que de su vida ofreció el generoso Pío XI y le conceda en su muerte, lo que no llegó a concederle en su vida, el triunfo en la tierra del Reino de la Justicia, del Amor y de la Paz.

Daniel Olmedo, S.J.



Fabricamos las mejores Velas

Will & Baumer, S. A.

"LA MODERNA"

San Cosme 111 México D. F.

El Papa Pío Once y la Cruz Gammada

Todos aquellos que se interesan en la Historia saben cuán eminentes Pontífices han ocupado el trono de San Pedro.

Pio XI, digno continuador de aquellos inmensos talentos, merece un lugar aparte entre esos soberanos espirituales cuyo poderío rebasa inmensamente el de todas las dinastías del mundo. Pio XI, a su extraordinaria sapiencia, a su cultura increiblemente vasta, a su sentido diplomático ultra-sensible, supo aunar una bondad serena, una bondad inmensa, un corazón siempre abierto a todos los males que aquejan a la humanidad, un espíritu perfectamente informado acerca de las ciencias y de los inventos modernos.

El Tratado de Letrán que dió por terminado el "encarcelamiento" del Santo Padre y reconcilió al Jefe de la Iglesia con el Gobierno temporal de Italia, ha sido una muestra palpable de su habilidad en el terreno de la política.

Cuando en 1929, Aquiles Ratti fue llamado a la sucesión de Benedicto XV y tomó el nombre de Pío XI, el mundo era aun presa de las convulsiones, consecuencia inevitable de los grandes cataclismos. De entonces acá, el horizonte no ha dejado de ensombrecerse y ante un anciano se irguió la cruz gammada. A Pío XI en el ocaso de su vida tocó la ruda tarea de luchar contra esa cruz falsa, que pretende levantarse ante la Cruz de Cristo; contra una propaganda impía y una "religión" nueva fundada sobre la pretendida superioridad de la raza germánica y su ilusoria pureza; fundada, *de hecho*, sobre la fuerza bruta.

Y la Alemania hitleriana que, con orgullo sin límites, enseña su poderío militar, quiere al parecer enfrentarse con la Ciudad del Vaticano, con la potencia desarmada —materialmente hablando— única que existe en la tierra.

No es la primera vez que el poder temporal emprende la lucha contra el poder espiritual, y no hay conflicto más patético en la Historia que aquel que opone al Papa y al Emperador, a la Iglesia y al Estado. Sin remontarnos mucho en los siglos, basta recordar la lucha sostenida por Prusia hace una centuria contra el Arzobispo de Colonia y las persecuciones emprendidas contra los católicos en 1870 y 1880 por Bismark quien tenía la pretensión de que Alemania era un "imperio evangélico".

Pero la Alemania de Hitler es muy diferente de la de Bismark y las condiciones en que viven los católicos peores aún. El propio Soberano Pontífice lo declaró en términos de indignación ante los doscientos miembros del Congreso Arqueológico de Roma, que fueron a Castel Gandolfo:

"Nos ha sido necesario —dijo Su Santidad— *retroceder a mil seiscientos años antes para encontrar semejantes persecuciones contra Nuestra Iglesia. Al ver lo que hoy pasa, creemos que estamos aún en tiempos de Juliano el Apóstata y de Judas."*

Y es muy cierto. Mirando lo que pasa en Alemania y en la ex-Austria aparece muy claramente que, a pesar de su audacia, el "Canciller de Hierro" nunca hubiera empleado los medios que emplea el Tercer Reich en contra de los católicos. Para los hitlerianos, los adeptos fervientes del neo-paganismo, la cruz gammada es el símbolo de una nueva religión, de una religión propia del Tercer Reich. Es el signo de que el racismo indo-germano está triunfando. Y el alma teutona se niega resueltamente a inclinarse ante Dios hecho Hombre, ante el Dios que murió en la Cruz, y se declara *redimida del Cristianismo*.

Para los hitlerianos, el renunciamiento de si mismo, la obediencia a la voluntad del Padre Eterno, no tiene nada de meritorio, ni de divino. Lo único verdaderamente divino para ellos son los golpes de fuerza asestados por el Führer, la demostración de un poderío militar y de la fe racista que desprecia las fuerzas espirituales y sólo reconoce *una verdad:* la superioridad del Teutón sobre todo hombre; *una obligación moral:* la de servir a Alemania; *un derecho:* el que confiere la "pureza de la sangre."

Los encarcelamientos de sacerdotes, las persecuciones contra los católicos, el asalto contra el Palacio Episcopal de Viena, todo ello no es más que una de las fases del conflicto. Hay otra, en la cual Su Santidad pensaba al pronunciar las palabras que citamos:

El antagonismo de la idea de raza y de la idea de la Iglesia Universal; el desconocimiento de parte del Estado totalitario que quiere subyugar el alma del pueblo, del derecho que tiene todo fiel de conceptuar a la Iglesia como su guía salvadora, son las consecuencias dolorosas de una oposición aun más profunda: *la de la barbarie primitiva y de la civilización cristiana.*

En el racismo, como decía el "Osservatore Romano" con motivo del asalto al Arzobispado de Viena, *se escucha el alarido propio de los primitivos... Los habitantes de la jungla necesitan un ídolo tosco: lo han encontrado en la llamada "idea de raza."*

Es posible —¡aun cuando muy difícil!— concebir un régimen político enteramente laico, que nada pida a la religión; pero, para instaurarlo sería necesario apoyarlo sobre ideas morales, que no desconozcan los valores espirituales. Ahora bien, esto es imposible en Alemania si se toman en cuenta los principios mismos sobre los cuales se asienta el Gobierno nacional-socialista, que odia y



Una de las últimas fotografías de S. S. Pío XI, tomada el 24 de Diciembre de 1933.



S. S. Pío XI en su lecho de muerte. — Es la primera fotografía tomada después de que el Pontífice expiró.

persigue la libertad de pensamiento y tiene, como base, la más burda mitología.

Por la fuerza de las circunstancias, el Papa Pio XI fue el defensor de la fe, pero también el campeón de la libertad y de la dignidad humanas. Relátase que cierto día, leyendo en un diario alemán la siguiente definición de lo que es el Derecho, según palabras del Ministro de Justicia hablando ante los profesores de Leipzig: "El Derecho es lo que es útil a Alemania", Su Santidad Pío XI se volvió hacia un Cardenal y le dijo: "Leed el idioma de la locura". Abandonó en manos del Prelado el periódico, y tomando la obra de Cicerón "De Officiis" que se encontraba sobre su escritorio, Pio XI exclamó:

—"Ahora veamos el idioma de la razón".

El Cardenal Gasparri, en otra ocasión dijo firmemente a un diplomático alemán:

—"Para el Vaticano los acontecimientos históricos, la sucesión de los siglos no son sino las cuentas de un rosario... Lo único que permanece inmóvil es la corona de San Pedro, porque es el símbolo de la Verdad'.

Y el sereno optimismo del Santo Padre se mira claramente en estas palabras que poco tiempo antes de morir pronunció por radio:

"En el trascurso de nuestra larga vida, hemos tenido ocasión de ver muchas cosas. Hemos visto en los años juveniles al primer Reich alemán con Bismark... y vimos su caída. Vino el segundo Reich con el Kaiser, quien se creía un ídolo... y también vimos su caída. Ahora aquí está, creciendo, el Tercer Reich, que pretende establecer una nueva hegemonía sobre el mundo... Esperemos serenamente las decisiones de la Providencia."

POR LA LIBERTAD DE LAS ALMAS

Si "terrenalmente" consideramos el Vaticano, con sus 44 hectáreas de territorio, su población de un millar de almas, sus vías férreas liliputienses que apenas llegan a 600 metros, puede decirse que es el Estado más pequeño del mundo; pero ese Estado minúsculo, de tan débil apariencia, encierra una fuerza y un poderío con el cual todos los otros Estados del mundo deben contar.

Basta para convencerse de esa verdad con saber que la Santa Sede tiene 49 Embajadas reconocidas y acreditadas debidamente ante ella por otros tantos países del mundo.

Por su parte, el Vaticano tiene en las diferentes capitales, 41 Nuncios y 21 Delegados Apostólicos, cuerpo Diplomático que no es más que uno de los engranes de ese formidable mecanismo del Gobierno Pontifical, que funciona desde siglos sin jamás detenerse.

Un poderío gigantesco se abriga en el Vaticano, un poderío que irradia en todo el mundo y se ha manifestado siempre de menera admirable, aun en las peores circunstancias: guerras revolu-

ciones, disturbios, hambres, pestes, etc.; un poderío que alcanza a 350 millones de fieles esparcidos en todo el mundo y que obedecen a Aquel que consideran no sólo como su Jefe, sino también como su Padre.

Teniendo, pues, en cuenta la universalidad de la influencia que ejerce la Santa Sede y lo eterno de sus funciones, comprenderemos por qué la diplomacia pontificia nunca toma decisiones brutales y evita los ultimatums bélicos y las rupturas estruendosas. Ciertamente la Santa Sede tiene el derecho de ejerecer represalias canónicas o diplomáticas ante las violencias de que son víctimas sus fieles. Ignoramos si, el día de mañana, cansada su paciencia, la ejercerá o no. Pero hasta hoy día, el Vaticano prefiere los métodos pacíficos para oponerse a las tendencias bélicas y paganas, pues no olvida que el papel del sucesor de San Pedro es de instruir y de apacentar.

Y la Santa Sede al emprender la lucha —como lo ha hecho— en contra del hitlerismo, lo hizo con pleno conocimiento de causa; cuando ya el yugo era odioso para los católicos alemanes. Al definir los derechos del ser humano, el Papado conserva para los católicos de Prusia y de la ex-Austria, una especie de trinchera, en la cual pueden protegerse para defender su libertad de conciencia y su personalidad moral, ambas amenazadas de destrucción y muerte por el régimen nazi. En esa trinchera los súbditos del Führer se encuentran como en un territorio sagrado, dependiendo únicamente de Dios y de sus representantes en la Tierra; en una zona donde cualquier Cesar, sea cual fuese su poderío, no tiene derecho de penetrar.

Tarde o temprano la Alemania hitleriana se dará cuenta de que en su territorio no reinará jamás una paz verdadera, mientras no aplique leal y sinceramente todos y cada uno de los capítulos del Concordato firmado con Su Santidad.

Pío XI, defensor de la libertad de las almas y de la inviolabilidad de las conciencias en una época en la que parece triunfar la fuerza bruta, permanecerá para siempre en la Historia como uno de los representantes más eminentes de la Humanidad, como un guardián celoso del bien más preciado del mundo.

Reg.

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Les suplicamos que si algunos tienen números de "Christus" correspondientes a Enero de 1938, nos los envíen. Les abonaremos un peso o se los enviaremos en vale postal. Los necesitamos con urgencia. - Diríjanse al Sr. Administrador de "Christus". — Apartado 2181. — México, D. F.

ACCION CATOLICA

A Cargo del Secretariado Social Mexicano

Formación Apostólica

ABRIL

1.—**Jaculatoria para todo el mes.** ¡Aleluya! ¡Cristo ha resucitado! ¡Aleluya!

2.—**Evangelio del mes.** Triunfo de Cristo y apostolado. (San Juan, XX del 1 al 21).

3.—**Intención de la Comunión del Grupo.** (Ojalá se hiciera el Jueves Santo) Pedir por los Sacerdotes.

4.—**Intención de la Hora Santa.** (Es de desearse que se haga en la noche del Jueves Santo). Agradecimiento por la Institución de la Sagrada Eucaristía.

5.—**Virtud que se ha de practicar.** Optimismo cristiano.

6.—**Sugestión de Organización.** Cruzada pro Comunión Pascual.

7.—Sugestión Social.
a) Reuniones Pascuales.
b) Celebración familiar de la Pascua.

8.—**Sugestiones religiosas.**
a) La bendición de las casas, el Sábado Santo.
b) Procesión eucarística del domingo de Pascua. (9 de Abril).
c) Comunión de los enfermos. (23 de abril).

MAYO

1.—**Jaculatoria para todo el mes:** Reina de los Apóstoles ruega por nosotros.

2.—**Evangelio del Mes: La correspondencia de los escogidos.** (S. Mateo, 25; del 14 al 30).

3.—**Intención de la Comunión del Grupo:** Pedir vocaciones por intercesión de la Virgen María Reina del Clero.

4.—**Intención de la Hora Santa:** Pedir las gracias para los Organismos centrales.

5.—**Virtud que se ha de practicar:** El amor a María Santísima.

6.—**Sugestión de Organización:** Cooperación a la celebración de las Asambleas Plenarias Diocesanas.

7.—**Sugestión Social:**
a) Reuniones para ilustrar el criterio de patrones y trabajadores con motivo del aniversario de la **"Rerum Novarum"** y **"Quadragesimo Anno."** (15 de Mayo).
b) La celebración cristiana de la fiesta de las Madres (10 de Mayo).

8.—**Sugestión Religiosa:**
a) Hora Santa en la fiesta de la Ascención (18 de Mayo).
b) Fiesta de Pentecostés para la J. C. F. M.

Dávila.

Hermano:

Si a Ud. le sobran INTENCIONES de Misas, mándenoslas, y si le faltan, pídanoslas. Así nos podremos ayudar todos. Sólo suplico que sean SIN DIA FIJO.
José A. Romero, S. J. — Apartado 2181. — *Donceles* 99-A.
MEXICO, D. F.

Pío Once y la Acción Católica

(Artículo publicado en el "Osservatore Romano" el 15 de Febrero de 1939 por Mons. Luigi Civardi)

Es sabido que la Acción Católica, en su aspecto actual, nació hacia la mitad del siglo pasado, como reacción contra el laicismo devorante, hijo de la Revolución Francesa.

Sin embargo, el nombre de *Acción Católica* no se encuentra sino raras veces en los primeros documentos pontificios en donde predomina el título de *Acción Social*. En la Encíclica *"Il fermo proposito"* de Pío X, del 11 de junio de 1905, el nombre de la Acción Católica recibe, para hablar así, su consagración oficial.

Por tanto, contrariamente a cuanto escribió cierto autor del otro lado de los Alpes, existía antes del Pontificado de Pío XI la sustancia y aun el nombre de *Acción Católica*.

Pero, si Pío XI no puede ser llamado el fundador de la Acción Católica fue, sin duda, un animador, un renovador, un restaurador: por lo cual bien le conviene el título de "Papa de la Acción Católica."

Nos parece que la Acción Católica recibió del Pontífice difunto, además de un nuevo *desarrollo* en su *formación*, un *mejoramiento* en su *organización*, un *perfeccionamiento espiritual* en sus socios; un *concepto preciso de su naturaleza* y una *aclaración de sus relaciones* con otras *actividades* de los católicos.

La ilustración de cada uno de estos puntos, requeriría un largo discurso que no puede encerrarse en los estrechos límites de un artículo, razón por la cual nos vamos a limitar a hacer un simple bosquejo.

NUEVO DESARROLLO

La Acción Católica ante todo debe a Pío XI, un nuevo desarrollo, vigoroso y universal; mientras se ha consolidado y dilatado donde ya florecía, ha nacido en aquellos países donde la escasez del clero y otras circunstancias retardaban su aparición; más aún, también existió en países de misión.

El Papa mismo se complacía de esta actual universalidad, de esta catolicidad, diríamos, de la Acción Católica. *"En esta época* — dijo el Papa en el discurso sobre el venerable Vicente Pallotti— *la Acción Católica en todo el mundo, donde la Iglesia extiende sus tiendas, muestra lo que ella es de útil para la misma Iglesia."*

Esto es consecuencia sobre todo del caluroso e insistente llamamiento que Pío XI hizo a los seglares de todo el mundo, presentando a la Acción Católica como un servicio obligatorio en la Iglesia, y movilizando por todas partes, falanges apostólicas. Se puede decir que El no dejó pasar ocasión para recomendarla; a semejanza del padre de familia de la parábola, que salía a la plaza a llamar a todas las horas del día, obreros para su viña.

¡En cuántos documentos, aún los más solemnes, como las Encíclicas, El habla de la Acción Católica! Una Encíclica entera escribió en defensa suya: la *"Non abbiamo bisogno"* del 29 de junio de 1931.

El mismo día de su muerte aparecía en este mismo periódico la última Carta Apostólica, dirigida al Episcopado de las Islas Filipinas. Está dedicada casi enteramente a la Acción Católica, puesto que, *"para reparar* —son palabras suyas— *todos los perjuicios que ha sufrido la sociedad presente, no es ya suficiente la obra del clero, por asidua y generosa que sea."*

¿Y los discursos sobre la Acción Católica? Son millares. En 1929 el Comité para los festejos jubilares de Pío XI decidió reunir, como homenaje, todos sus documentos sobre la Acción Católica. Resultó un volumen de gran formato de 614 páginas. Hoy la documentación es más del doble. Aseguramos que vendrá pronto la segunda edición de esta colección, preparada diligentemente por Mons. Alfredo Cavanga. Colección preciosísima; la Acción Católica está ilustrada en ella, bajo todos sus aspectos, teóricos y prácticos.

Sabemos que con el fin de dar a la Acción Católica, en todo el mundo, un impulso mayor, el año pasado instituyó el amado Pontífice una Oficina Central para la Acción Católica, encomendando su presidencia al Cardenal José Pizzardo su celoso y fidelísimo colaborador.

MEJORAMIENTO ORGANICO

Otro mérito notable del Pontífice difunto es haber mejorado la estructura orgánica de la Acción Católica. Respetando las formas de su constitución en los diversos países, puesto que dicha constitución debe acomodarse a las distintas necesidades y posibilidades de tiempo y de lugar, el Pontífice ha indicado dos formas fundamentales para la actuación general: La coordinación de todas las fuerzas católicas en torno de los centros comunes de cohesión y propulsión, y una más perfecta adhesión a la Jerarquía Eclesiástica. Todos comprenden cómo y hasta qué punto están des-

tinados estos dos principios a reforzar la organización de la Acción Católica aumentando el rendimiento.

En cuanto a la coordinación es evidente que mientras sirve, por una parte, para eliminar choques y colisiones entre las fuerzas del bien, por otra parte multiplica los buenos resultados y asegura el éxito colectivo y final según el conocido adagio: *vis unita fortior.*

Sin embargo, coordinar no significa concentrar. Por esto Pío XI se preocupó siempre por evitar en el dominio de la Acción Católica estos dos extremos igualmente dañosos: el aislamiento y la desligación de las partes, que lleva a la dispersión de energías y la absorción de las partes en el todo, que sofoca o a lo menos disminuye la espontaneidad y la eficacia de cada una de las fuerzas. El primer extremo representa un exceso de libertad y de independencia que podríamos llamar *particularismo;* el segundo un exceso de autoridad que llamaremos *centralismo.*

La perfección está en el justo medio, y se representa por aquella sabia coordinación que armoniza la autoridad con la libertad la unidad de dirección con la autonomía de las partes.

Pío XI siempre indicó e inculcó a la Acción Católica de todo el mundo este justo medio. *"Es necesario acercar* —decía un día a los dirigentes de la Acción Católica Italiana— *es necesario coordinar. No debemos unificar; sino coordinar, es decir, reducir a una unión moral."*

Sabia dirección, que fue realmente ejecutada con más o menos perfección, en todos los países católicos. Para esto se establecieron en todas partes organismos coordinadores formados de diversos modos según los diversos estatutos, pero encaminados todos a *"reducir a una unión moral"* las fuerzas apostólicas de los seglares

PERFECCIONAMIENTO ESPIRITUAL

Durante el Pontificado de Pío XI, podemos felizmente comprobar, no sólo una evolución orgánica y exterior de la Acción Católica Mundial, sino también un perfeccionamiento espiritual e interior.

El concepto del sacerdocio real, afirmado solemnemente por el Primer Papa de la Iglesia Católica, se había ido obscureciendo desde hace bastante tiempo en la conciencia de los fieles. Pío XI lo hizo emerger nuevamente en plena luz. Desde su primera Encíclica escribió: *"Cuando los fieles unidos a sus sacerdotes y a sus obispos, participen en las obras de apostolado y de redención individual y social, entonces, más que nunca, ellos serán el linaje escogido del sacerdocio real, la gente santa, el pueblo de Dios, que S. Pedro encomia."* (I, Petr. 2, 9).

Si tan alta es la dignidad de la Acción Católica, requerirá en sus socios una perfección espiritual conveniente. La Acción Católica tendrá por tanto, antes que todo, una función educativa, especialmente en sus cuadros juveniles. Ella deberá formar co-apóstoles. Esta será su primera tarea, siendo ella la condición indispensable para todo éxito.

Tal directiva, inculcada con constancia admirable por el difunto Pontífice, ha llevado ciertamente las milicias apostólicas a un nivel superior de perfección espiritual y por tanto a un rendimiento mayor.

ACLARACION DOCTRINAL PRECISA

Pero hay otra contribución, quizá la más importante, que Pío XI otorgó a la Acción Católica para su mejor éxito; la precisión doctrinal que fijó decididamente la esencia y el programa ideal de la misma Acción Católica.

El Pontífice señaló neta y luminosamente sus contornos cuando la definió en los albores de su Pontificado, *"La participación de los seglares en el apostolado jerárquico de la Iglesia."*

Definición dada, como El mismo quizo declararnos, *"no sin divina inspiración"*. En la recientísima y ya recordada Carta Apostólica al Episcopado de las Islas Filipinas, afirma haber formulado esta definición *"inspirándose en textos de la Sagrada Escritura."*

Esta definición, en consecuencia, nació de los libros inspirados. El Papa mismo nos dió la explicación en otra circunstancia. Hablando ante un millar de alumnos de los seminarios de Roma, que habían participado en un curso de lecciones sobre Acción Católica, El recordaba estas palabras de San Pablo en la Carta a los Filipenses: *"Adiuva illas quæ mecum laboraverunt in Evangelio,"* y añadía: *"se diría precisamente que, con estas palabras, el Apóstol haya preparado la actual definición que el Papa dió de la Acción Católica: la colaboración de los seglares en el apostolado jerárquico. Por tanto, cuando el Papa formuló esta definición, no ha hecho más que repetir lo que el Apóstol había dicho y formulado tanto tiempo antes."*

En realidad, éste y otros libros del Nuevo Testamento, nos dan testimonio de que el apostolado auxiliar de los seglares acompaña precisamente los primeros pasos de la Iglesia y es un coeficiente eficaz para su desarrollo. *"La primera difusión del Cristianismo* —exclamó varias veces Pío XI— *se hizo también con la Acción Católica."*

Ahora bien, el mundo moderno, al menos en su vida práctica, se asemeja desgraciadamente al mundo pagano, donde se desarrolló el Cristianismo. Por tanto se impone hoy a la Iglesia una poderosa empresa de reevangelización; y por lo tanto la vuelta a los primitivos métodos del apostolado cristiano desde que el mundo retrocede a la época turbulenta del paganismo, es necesario hacer reflorecer el espíritu de proselitismo y la generosa consagración de los primeros fieles.

Esta es la idea central que guió a Pío XI para precisar la naturaleza, el fin, la necesidad de la Acción Católica. La cual queda

fijada en esta forma con sus caracteres esenciales perpétuos, inconfundibles como nos la presentan los orígenes y la historia de la Iglesia.

ACLARACION DE RELACIONES

Esta doctrina clara y precisa, ha servido para fijar mejor las relaciones entre la Acción Católica propiamente dicha y las demás actividades de los católicos. Mucho antes de que despuntara la Acción Católica actual, ya florecía en los jardines de la Iglesia un enjambre primaveral de obras y asociaciones de los fieles; obras varias y beneméritas destinadas ya sea a la perfección cristiana de los inscritos, ya sea al incremento del culto público, ya sea al ejercicio de la piedad y de la caridad, ya sea a otras formas particulares de apostolado.

Pío XI ha definido netamente las relaciones entre la Acción Católica y tales obras, cuando las llamó *"auxiliares"* de aquella. Por tanto, como lo explicaba en el discurso del 30 de marzo de 1930 a las Congregaciones Marianas *"deben todas estas iniciativas del bien, subsistir... Se trata solamente de que ellos puedan y deban secundar la iniciativa central de la Acción Católica."*

Por tanto, entre ésta y aquéllas, no debe existir confusión y mucho menos oposición, sino mútua benevolencia, cordial entendimiento y recíproca colaboración. Tales son las enseñanzas que se desprenden de muchos de los documentos del Pontificado de Pío XI.

Pero existen otros sectores donde los católicos de muchas naciones desarrollan provechosas actividades en forma organizada: nombremos el sector de la política y el de la economía.

Algunos piensan que tales actividades (las cuales siguen teniendo una eficiencia e importancia notables en los países democráticos) hayan sido en cierto modo desvalorizadas o al menos descuidadas notablemente durante el último Pontificado; pero eso es un error refutado en numerosos documentos: el último entre todos es la Carta Apostólica recientemente publicada en la cual se recomiendan también *"las instituciones económico-sociales"* aunque se declara que ellas deben permanecer distintas *"de la Acción Católica propiamente dicha."*

De hecho, las actividades políticas y económico-sociales de los católicos, no quedaron disminuidas en su importancia y eficacia: simplemente fueron colocadas en su lugar, quedando distintas de los cuadros oficiales de la Acción Católica. Distinción reclamada además de la diversidad de los objetivos inmediatos por las nuevas situaciones políticas y sociales creadas en algunos países.

Pero distinción no significa separación ni menos oposición. Más aún, encontramos en muchos documentos Pontificios explicadas las relaciones de colaboración que deben existir entre la Acción Católica y las actividades de los católicos en los campos de la política y de la economía.

Nada, pues, fue destruído ni siquiera disminuído. Por el contrario se establecieron relaciones más claras y adecuadas a la naturaleza de la Acción Católica fijada en la definición clásica que conocemos.

Por lo demás, tal proceso de aclaraciones y distinciones había comenzado ya durante el Pontificado de Benedicto XV, cuando surgió el Partido Popular Italiano y cuando se organizaron las tres confederaciones blancas.

En un documento oficial de aquella época, 8 de febrero de 1919, encontramos asentado que la misión específica de la Acción Católica, consiste *"en preparar las conciencias para la obra de restauración cristiana de la sociedad, fuera y sobre la acción estrictamente política."*

Es verdad, sin embargo, que durante el último Pontificado, tal distinción fue afirmada frecuentemente y mejor declarada, como fue también más rigurosamente actuada, con ventaja recíproca, como también para el bien común.

A este punto, alguien podría preguntar, si la organización actual de la Acción Católica, querida por el llorado Padre Común, será duradera. Es necesario distinguir. Si se trata de la estructura externa y del programa concreto e inmediato, no sería maravilla que se verificara en lo sucesivo algún cambio; nos encontramos con la parte accidental de la Acción Católica, por su naturaleza variable, puesto que debe adaptarse a las condiciones mudables y a las necesidades de los tiempos y de los lugares. Pero los caracteres y las relaciones esenciales de la Acción Católica, implícitos en la definición *"plana"* se puede retener que permanecerán inmutables porque hincan sus raíces en la realidad de las cosas y en la historia secular de la Iglesia.

Mons. Luis Civardi.



Alfredo Wolburg

Construcción de órganos y reparación en general

ORGANOS CONSTRUIDOS: Parroquias de San Miguel Allende y de Dolores Hidalgo, Capilla de Cristo Rey (León), Catedral de Mérida.

RECONSTRUIDOS: Catedrales de Guadalajara y de León.

Calle del Pino Nos. 178 y 172 C. Apartado 1968
Teléf. 6-19-05 México, D. F.

BREVES MEDITACIONES PARA SACERDOTES

por el Padre Antonio Hounder, S. J. — Traducción del alemán por el Padre Manuel Carcellер, S. J. — 4 tomos en 12º.

I. — **A los pies del Maestro.** — El día del trabajo. — **La vida pública de Jesús.** — 4ª edición. — 376 págs. R. M. 3,00. — Encuad. R. M, 4,00. — Es un libro muy útil para sacerdotes que disponen de poco tiempo, pues en forma muy condensada encierra lo necesario para fomentar la piedad y el buen espíritu.

II. — **La Noche de la Pasión.** — La Pasión y muerte de Jesús. — 2ª Edición. — 392 págs. — R. M. 3.00. — Encuad. R, M, 4,00.

III. — **La Mañana de la Glorificación.** — La resurrección y ascención de Jesús. — 422 págs, R. M. 3.00. — Encuad. R. M. 4,00. — Apenas se podría encontrar otro libro que, como éste, por su claro y sentido lenguaje, sus frases substanciosas y aforísticas, permita al sacerdote, ante todo al cura párroco una lección corta y refrescante, que por sí misma le impulsa a detenerse y a meditar.

IV. — **La Aurora de la Niñez.** — Los primeros años de la vida de Jesús. — 312 págs. — R. M. 3,00. — Encuad. R. M. 4,00,

Sobre la excelencia de esta obra del Padre Hounder son innumerables los juicios que podríamos aducir. Hé aquí solamente algunos de los más notables:

● **El Cardenal Eugenio Pacelli, Secretario de Estado de Su Santidad.** — "Es una obra verdaderamente piadosa, rica en doctrina y bien acomodada a las necesidades de nuestros tiempos, por lo cual yo quisiera verla en manos de todos los sacerdotes. Con un sólido contenido ofrece la garantía de proporcionar a los sacerdotes gran provecho y un progreso notable en la vida espiritual. Por esto digo de corazón que deseo se propague lo más posible."

● **Dr. Nicolás Bares, Obispo de Hildesheim:** — "Según mi juicio pertenece a lo más precioso que se ha publicado sobre la vida y pasión del Señor y sobre su resurrección."

● **Mons. Gregorio Aguilar en la Revista "CHRISTUS." - México:** "La Mañana de la Glorificación" es evidentemente la continuación de la preciosa obra "A los pies del Maestro," y con igual, si se quiere con mayor maestría que aquélla, ésta expone la vida de Jesucristo resucitado con una claridad, viveza y armonía tan admirables, que no parece sino que éstas consideraciones fueron escritas a la luz de un destello especial de la resurrección divina, para difundir en el ánimo de los sacerdotes que las saborean una esperanza todavía mayor de la eternidad gloriosa."

FUERA DE ALEMANIA 25% DE DESCUENTO

Los pedidos se pueden dirigir a toda librería de importancia, o a la

Editorial Pontificia Herder & Co.

Friburgo de Brisgovia, (Alemania)

S. S. Pío Once, su carta "Firmissimam Constantiam" y la A. C. M.

EL PROBLEMA MEXICANO

Al querer estudiar la cuestión mexicana, lo que más desconcierta y complica la solución es la increíble variedad y heterogeneidad de los problemas, de las personas tanto dirigentes como de masa, de las circunstancias geográficas, históricas y sociales de nuestra atormentada patria.

"Méjico es el país de los contrastes," decía un extranjero, para condensar lacónicamente sus observaciones; entre las cuales ocupaba el foco memorial un indio harapiento, de negras greñas indóciles que invadían la franja de frente respetada por el sombrero de palma. Dicho indio estaba echado despreocupadamente sobre la gradería del soberbio monumento a la Independencia, circundado como un islote por un río de automóviles en continuo oleaje.

En México, el frío de las cumbres y los calores de costa tórrida, vergeles de espontánea sonrisa y desiertos de insanable adustez, universidades y analfabetismo, genios e idiotas, héroes y traidores, santos y bagazos le baratillo, entusiasmos y depresiones, lujo y miseria, sujeción y despotismo, sencillez y astucia, nobleza y venalidad, carcajadas de eufórico y melancolías de derrotado, finura de trato exquisita y grosería de inhumana degradación, civilización de vanguardia y salvajismo de nómadas: todo vive y todo se revuelve y todo halla su natural invernadero en esa tierra tan agraciada y tan desgraciada.

El problema mexicano es por lo tanto extraordinariamente complejo, y su remedio por lo mismo ha de ser tan universal y tan flexible que todo lo abarque y a todo se adapte y todo lo penetre. Desde que hace más de un siglo, nuestra provocada y prematura independencia dió al traste con la organización social del Virreinato neohispano, México fue rodando de tumbo en tumbo; y al resquebrajarse en el abismo, han quedado desperdigados como osamenta sin coyunturas, mil problemas parciales: los campesinos incultos y abandonados a su mísera iniciativa, los obreros acorralados por una

jauría sin conciencia, los niños destinados a la podedumbre sin controles, las escuelas corrompidas y amordazadas, los gobiernos uncidos al carro de políticas anti-mexicanas y anti-católicas, miles de fugitivos desbandados por el extranjero, la educación social retrasada, el clero sin la competente posibilidad de formación y sin la insustituible libertad de apostolado.

A esta avalancha de destrucción se le ha enfrentado una multiforme resistencia, ya pacífica, ya guerrera, tanto en el campo moral como en el campo de batalla, que para mayor eficacia necesita organizarse en un plan general de todos aceptado.

SOLUCION PONTIFICIA

Esa idea centralizadora es la que nos ha dado la Carta Apostólica *"Firmissimam Constantiam"*. La Acción Católica vivida por los seglares, enseñada y asistida por la Jerarquía.

Se trata, pues, de un motor sobrenatural que ha de encauzar y utilizar todas las fuerzas de los católicos mexicanos. Su fin primordial, la santificación en toda su amplitud: personal, familiar, social, cívica. Su fuente de vida: el amor a nuestro Señor Jesucristo y a sus almas. Frutos de ese amor, serán el celo, la oración, el sacrificio, el deseo de imitar a nuestro Rey conquistador. Sus medios: visión sobrenatural de la vida y educación religiosa y moral. Su extensión: todas las obras de apostolado, que de cualquier modo entren en la divina misión de la Iglesia, con tendencia a penetrar en todos los individuos, en sus asociaciones y obras, y en la vida pública. Sus auxiliares: las obras sociales que actúen los principios de la justicia y de la caridad, en cuanto sean medios para ganar a la gente; con tal de que se subordinen al fin primario, que es la santificación y que la A. C. no tome la responsabilidad técnica y financiera, limitándose a enseñar los principios que las orienten y a prepararles directores competentes, a base de las normas encíclicas.

TESIS DE S. S. PIO XI

El trabajo Apostólico de la A. C. está llamado a devolver Cristo a México, y a restituirnos la paz y la prosperidad temporal.

Buena tierra encuentra en México la A. C. para germinar: la vida cristiana practicada en franca profesión de fe, resistiendo heróicamente a sus enemigos.

Las circunstancias de México son semejantes a las de la primitiva Iglesia; por tanto, como los Apóstoles se ayudaban de los seglares, así la Jerarquía debe fomentar el apostolado laico de la A. C.; la cual, por su elasticidad y universalidad se adaptará a las variadas condiciones y necesidades, sin que nadie deba extrañarse de que en diversos lugares dé soluciones diversas entre sí, mientras sean igualmente aptas para el fin común.

APLICACIONES PRACTICAS

Campesinos y Obreros. — Empleando los principios de la verdad católica, hay que resolver el problema agrario con la justa reducción de los latifundios; procurando a los pobres labradores y rancheros la necesaria instrucción, y un modo de vivir más conveniente a la dignidad humana, por medio de una organizada asistencia religiosa y económica, que los redima moral y materialmente.

Una correspondiente asistencia de los obreros también urge, para que no sean engañados y descristianizados, para que el materialismo no los degrade y embrutezca y para que las ventajas económicas no sean el precio de su apostasía.

Para la solución de ambos problemas: obrero y agrario, debe recordarse a los católicos: 1) — que le esencia de los derechos fundamentales, vg. el derecho de propiedad, es intangible, y en cualquier hipótesis debe quedar en salvo; pero: 2) — que el bien común puede imponer: restricciones en el uso de los propios derechos, un mayor empleo de la justicia social, y el denunciar las condiciones de vida injustas y que son contra la dignidad personal.

Contra los injuriosos ataques que la constitución mexicana y sus Ejecutivos no cesan de asestar a los derechos naturales y cristianos, es necesaria la defensa y la resistencia activa.

Niños. — La asociación de padres de familia debe reconquistar la libertad de enseñanza. Todo mexicano está obligado a alejar a los niños de la escuela impía, a procurarles esmerada instrucción religiosa y asistencia espiritual. La salvación de la niñez es uno de los problemas más capitales de México en la actualidad. Hay que poner en juego todos los medios legales y todas las formas de organización, sin aterrarse ante ningún sacrificio.

El mejor defensivo, es hacer trabajar a los niños en la A. C. En ella encontrarán la mejor escuela de pureza, y el gimnasio más eficaz de fortaleza cristiana. En ella se transformarán en conquistadores de sus compañeros, entusiastas predicadores de la santidad y belleza del ideal cristiano.

Moralidad. — Se requiere la unión cívica para defender la familia, la santidad del matrimonio, la moralidad pública; vigilando por medio de comités especiales las publicaciones y el cine.

Estudiantes. — Para contrarrestar los muchos peligros, es necesaria la práctica de la religión, la formación del carácter, una educación especial y preparación filosófica dando a la instrucción religiosa el primado intelectual. Los Universitarios forman la más firme esperanza del mañana; y ya hoy pueden dar a las diferentes ramas de la A. C. directores capaces y bien formados.

Vida Social. — La formación recta del perfecto cristiano y ciudadano, incluye el cumplimiento de los deberes cívicos; el derecho de votar se transforma en deber, cuando se juega el bien de la Iglesia y de la Patria.

La división es un enemigo. — Hay que evitar los partidos intercatólicos y los contrarios a las directivas de la autoridad eclesiástica. Organizar grupos parciales que pugnen entre sí, o que se opongan a las normas de la Jerarquía, es aumentar la confusión, desperdiciar energías, dañar al desarrollo de la A. C. y perjudicar a la causa común que todos pretenden.

Resistencia eficaz. — La Iglesia fomenta la paz y el orden aun a costa de grandes sacrificios, y condena toda insurrección violenta, si es injusta, contra los poderes constituidos. Para evitar mayores males, conviene que no se favorezcan ni admitan cambios bruscos e inmoderados en la economía social rancia. El pretexto de remediar males no legitima la violencia.

Sin embargo cuando el gobierno va contra la verdad y la justicia, destruyendo los fundamentos de la autoridad, no se puede condenar la unión de los ciudadanos para defenderse a sí mismos y a la Nación, con medios lícitos y aptos, contra los que abusan del poder público para ruina de la Patria y de las almas. Cuando se verifique este caso, depende de las circunstancias concretas.

Siendo las reinvidicaciones violentas, medio, deben mantenerse dentro de lo lícito y necesario, atendiendo a que no acarreen mayores males. Y en la defensa violenta, como en el uso de los demás derechos cívicos, políticos, o puramente materiales, a la A. C. sólo incumbe el preparar a los católicos para que sepan usar con rectitud sus derechos y defenderlos con todos los medios legítimos, según los exija el bien común.

Conclusión. — Después de recorrer tantos campos de defensa y de construcción, aparece más claro que sólo la A. C. puede unificar y encauzar todas las energías.

La cual unidad y dirección de energías, son requisito indispensable para la eficacia del apostolado redentor. Resalta así la importancia primordial que en México tiene la A. C., como educadora de las conciencias, cultivadoras de las cualidades cívicas y morales, y escuela de omniforme apostolado. Por la cual, la A. C. no puede posponerse a ninguna otra obra ni siquiera para defender la necesaria libertad religiosa y civil.

Siendo la A. C. parte del ministerio pastoral y de la vida cristiana, debe ser más justamente comprendida y mas altamente estimada. El clero debe dedicarle sus mejores energías con la más cuidadosa diligencia, siendo tan necesaria una sabia instrucción religiosa y una acertada dirección espiritual. Las almas generosas de la A. C. necesitan un Clero docto y santo que las sepa guiar y comprender.

Obediencia. Toda esa magna organización de cimientos sobrenaturales y de irradiación tan universal y variada, requiere absolutamente una extraordinaria disciplina y obediencia. La falta de obediencia gozosa, espontanea, sencilla, engendraría resentimientos internos, críticas amargas contra los superiores y contra los compañeros de acción, no queriendo someterse a lo que no sea conforme al propio juicio.

La falta de obediencia alejaría las bendiciones divinas, debilitaría el nervio de la disciplina, destruiría donde se debiera edificar.

La obediencia alegre es engendradora de energía. La obediencia y la disciplina darán lozanía y fuerza invencible a la Acción Católica, y *La Acción Católica salvará a México.*

Roma 1939 *José de Jesús Hernández, S. J.*

Laboratorio de Medicamentos Homeopáticos

"Dr. IGNACIO Ma. MONTAÑO"

CASA ESTABLECIDA EN 1909.

Unica en su ramo premiada con Medalla de Oro y Diploma de Honor.

Gante 12. — Dep. 5. — MEXICO, D. F. — Tel. Eric. 2-88-64

Consultorio Homeopático Anexo

Consultas por correo.

Es indiscutible la importancia que tiene para el médico homeópata verdadero, celoso de su misión y de su prestigio profesional, LA SEGURIDAD EN LA PREPARACION CORRECTA DEL REMEDIO QUE PRESCRIBE, de la que depende exclusivamente el éxito de su esfuerzo mental para la selección del propio medicamento.

¡Cuántos fracasos, cuántos desengaños y cuántas dudas atormentan el espíritu del médico en tantos casos que fácil y razonablemente ha creído dominar... y, sin embargo, ha fallado, quizá sin reflexionar en que ha sido el medicamento que no respondió a lo que esperaba!

En farmacia homeopática es muy factible, desgraciadamente, sobreponer a la conciencia de responsabilidad el fin meramente especulativo.

Se incurre en el error gravísimo, como disculpa consciente o inconsciente, de que LA HOMEOPATIA ES MUY SENCILLA Y MUY FACIL LA CONFECCION DE LOS MEDICAMENTOS.

Es fácil, ciertamente, hacer una dilución; pero HAY UN ABISMO ENTRE HACERLA Y HACERLA BIEN.

No basta simplemente conocer la farmacopea; su interpretación correcta, precisa, se adquiere por una preparación conveniente y por larga y tenaz experiencia.

Es por ello que esta casa de reconocido prestigio por su idoneidad, seriedad y práctica de muchos años, ha merecido siempre la confianza y recomendación de los médicos homeópatas conscientes.

LO QUE NO HAY, SE NIEGA, ANTES QUE SUBSTITUIR, COMERCIANDO INDEBIDAMENTE.

Medicamentos Genuinamente Homeopáticos, de Alta Calidad, Puros y de Preparación Siempre Reciente.

Tinturas, Diluciones, Trituraciones, Glóbulos y Tabletas inertes absorbentes y de la mejor calidad. ALCOHOL REALMENTE HOMEOPATICO POR SU CALIDAD SUPREMA Y GRADUACION.

TODO LO RELATIVO AL RAMO, DE LO MEJOR Y A PRECIOS RAZONABLES

Para Boticas y Droguerías alopáticas surto su SECCION DE HOMEOPATIA a Precios Especiales.

REMEDIOS HOMEOPATICOS DEL DR. MONTAÑO, EFICACES Y ECONOMICOS: PARA La GRIPA: Preventivo y Curativos. — PARA LA DISENTERIA Y LOS COLICOS. Píldoras de Alcanfor de Zubini.

UNICO DEPOSITO DEL "ESPECIFICO PROTECTOR DE LA INFANCIA", del Dr. I. M. Montaño. — Inofensivo e infalible para todos los trastornos de la DENTICION, AFECCIONES GASTRO-INTESTINALES Y NERVIOSAS DE LOS NIÑOS, desde su nacimiento hasta su completo desarrollo. ¡MARAVILLOSO PARA LOS COLICOS! ¡MAS DE 40 AÑOS DE EXITOS COMPROBADOS!

VINOS LITURGICOS "ESPAÑOLES"
IMPORTACION DIRECTA
MOSCATEL DULCE FINO. BLANCO SECO.
Con aprobación de varios Excmo. Prelados Mexicanos y Españoles.
Se sirven pedidos en barriles de setenta litros.
Garrafones de veinte, diez y cinco litros.
PRECIOS MODICOS
DIRIGIRSE A: LUIS DE SIMON.
Aquiles Serdán 65. Atzcapotzalco, D .F.
Se reciben pedidos por conducto de la
"LIBRERIA GUADALUPANA"
Donceles 93, — México, D. F.

IMPORTANTE

Señor Sacerdote

Cuando necesite comprar calzado para Ud. o los suyos ocurra a mi despacho, le ofrezco:

Calidad: la mejor, Precios especiales y facilidades de pago

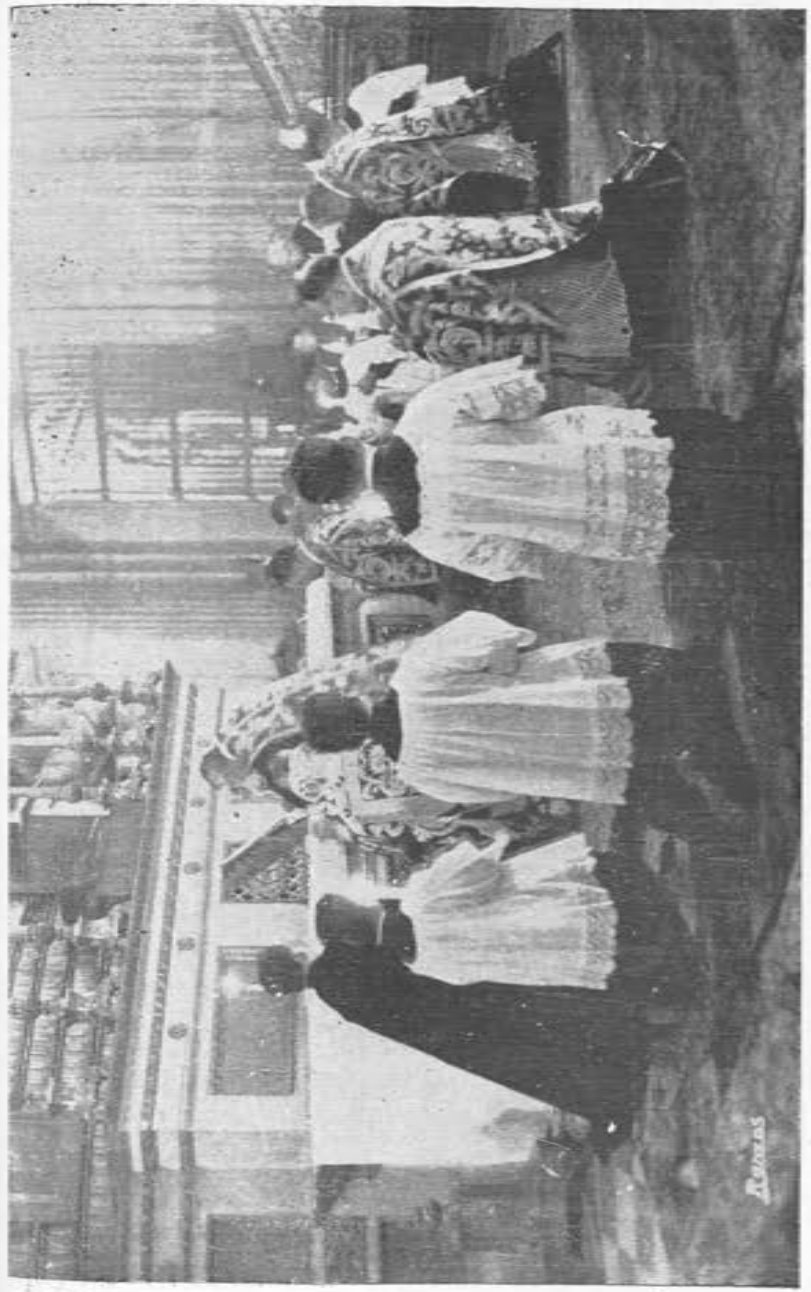
Si Ud. desea algo que yo no tengo, puedo conseguírselo

Espero su visita
ARTURO SORT DE SANZ

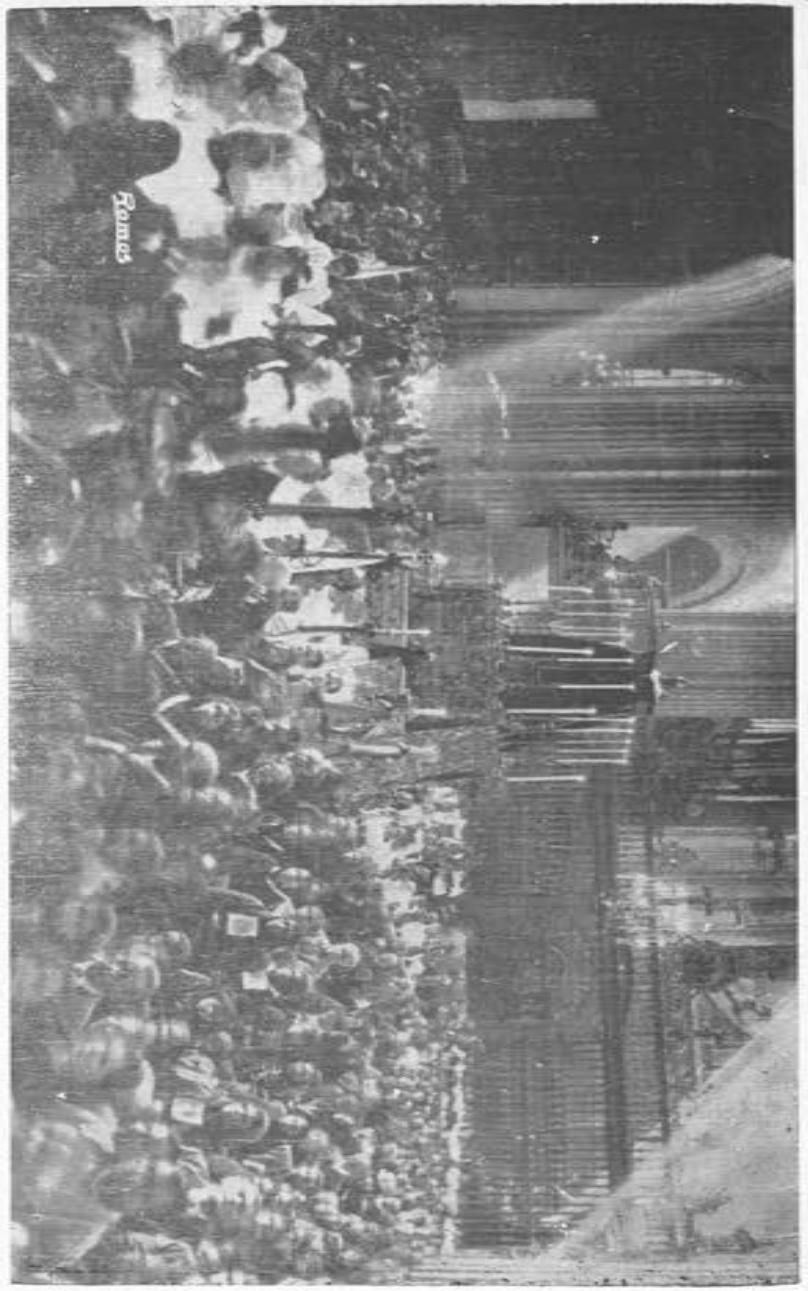
V. Carranza No. 35
Desp. No. 5
(antes Capuchinas)
Tel Ericsson 3-47-42
México, D. F.

Ropa blanca para Iglesisas. Reparación de ornamentos y ropa usada - - -
Casa de absoluta Confianza. Muy recomendable a los Sres. Párrocos y Capellanes

Ezequiel Montes No. 96 *México, D. F.*



El Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo de México en las Honras Fúnebres de S. S. Pío XI celebradas en la Catedral de México.



Solemnes Honras Fúnebres de S. S. Pio XI celebradas por la Acción Católica Mexicana.

El Proceso Civil

(San Lucas, 23, 1-25)

Jesús había sido condenado a muerte por sus jueces religiosos. Pero era necesario que lo fuera por la autoridad romana, única que podía ejecutar la sentencia de muerte. Con tal motivo en la madrugada del Viernes, los miembros del Sanhedrín, casi al completo, le llevaron ante el tribunal de Pilatos (v. 1), al Pretorio (Io. 18, 28), debidamente maniatado (Mt. 27, 2).

La opinión cada vez más fundada, sostiene que Pilatos, que ordinariamente radicaba en Cesárea de Palestina a la orilla del Mediterráneo, se alojaba esta vez en Jerusalén en la Torre Antonia, fortaleza y palacio a la vez que quedaba en la esquina noroeste del Templo y que Herodes había llamado así en honor del Triunviro Antonio su protector. Desde ella, podía el Procurador observar los movimientos del pueblo en los atrios del Templo y, enviar, en caso necesario, un núcleo de soldados, capaz de hacerse respetar. Hace pocos años se descubrió allí un pavimento de losas, que creen que era el Lithóstrotos o pavimento de piedras, de que habla el Evangelio. (Io. 19, 13).

Pilatos, como buen romano, despreciaba a los judíos. Y si el puesto de Gobernador de Palestina era delicado, él lo había empeorado con sus intemperancias. Cuando, con gran escándalo de los judíos, introdujo en Jerusalén las insignias de los ejércitos imperiales, consideradas como insignias idólatras; cuando dispuso del tesoro del Templo para la construcción de un acueducto, había aplacado la sublevación con represiones sangrientas. Había hecho una matanza de galileos (Lc. 13, 1), que debió ser en parte la causa de su enemistad con Herodes, y, por fin, otra matanza de samaritanos provocó su denuncia ante Tiberio y su desgracia.

Acostumbraban los magistrados romanos comenzar a ventilar muy de mañana los asuntos, y así pudieron como a las 7 presentar los sanhedritas al Señor ante Pilatos. Antes le hicieron advertir su presencia, no entrando ellos a la morada del pagano, para no contaminarse y poder celebrar la Pascua (Io. 18, 28). Pilatos, cediendo a sus escrúpulos, salió a la terraza de su palacio, que no de-

bía distar mucho de la Casa de Caifás, de donde venían, y comenzó a enterarse oficialmente del asunto, del que, sin duda, había sido ya prevenido de antemano.

Aquí San Lucas sólo nos da un resumen del proceso, mientras S. Juan (Io. 18, 29-19, 16) es el más completo en este punto de los Evangelistas. Por eso San Lucas sólo nos dice que, dejando a un lado los acusadores los motivos de orden religioso (v. 2), adujeron los de orden político, calumniando a Jesús sobre su labor de agitación y pervirtiendo los hechos relativos al tributo y a su dignidad de Rey-Mesías. Ellos le hubieran lapidado; llevándole al tribunal romano harían que fuera crucificado, cumpliéndose así la predicción del Señor sobre su género de muerte. (Io. 3, 14, 12, 32-34; 18, 32).

Pilatos conocía lo suficiente acerca del movimiento iniciado en torno de Jesús; conocía que sus enemigos le llevaban allí por envidia (Mt. 27, 18; Mc. 15, 10) y sabía que no alegaban en su contra los verdaderos motivos que tenían. Se concretó, pues, a interrogar al Señor (v. 3)acerca de su dignidad real, cosa que él no negó sino aclaró debidamente.

Los acusadores al llegar, entregaron al Señor a los soldados, que lo introdujeron. El interrogatorio de Pilatos tuvo lugar adentro, en lo que se llamaba Auditorium o Secretarium. Salió, pues, a decir a los acusadores que del interrogatorio no se deducía nada que mereciera castigo (v. 4). Pero ellos, temiendo que su presa se les escapara, insistieron en su acusación de que, desde Galilea, venía conmoviendo a las multitudes. (v. 5).

Jesús a todo esto nada respondía (Mt. 27, 13). Pilatos, al oír que pertenecía a la jurisdicción de Herodes (v. 6), pensó en remitírselo, no porque le reconociera facultad de juzgar a un súbdito fuera de su territorio, sino como para complemento de investigación y de hecho para verse libre de asunto tan enojoso.

Herodes se hallaba a la sazón en Jerusalén (v. 7), a donde había ido tal vez con el pretexto de la Pascua. San Lucas es el único que nos habla de esta comparecencia de Jesús delante de Herodes y de otras cosas relativas a este monarca (Lc. 9, 9; 13, 31). Debía tener estos datos por Juana, la mujer de Cuza el apoderado de Herodes, de que sólo él (Lc. 8, 3) habla. El también (en Act. 4, 27) dice que los primeros fieles veían cumplidas las palabras del Ps. 2, 1: *"Los príncipes se juntaron en uno contra el Señor y contra su Ungido"* en este hecho de ser el Salvador llevado delante de Pilatos y de Herodes, el tetrarca de Galilea.

Se cree que Herodes ocupaba el Palacio de los Hasmoneos o Macabeos, a corta distancia al poniente de la Torre Antonia. Allí fue llevado el Señor, y al recibirlo Herodes, se alegró sobremanera, porque, siendo príncipe superficial y ocioso, esperaba encontrar motivo para un nuevo género de diversión (v. 8). Los detalles de San Lucas en este lugar pintan al vivo la psicología de este hombre.

Le recibió con cierta afabilidad; le interrogó acerca de muchas cosas, a lo que el Señor no se dignó contestar (v. 9). Imagen

viva de la gracia, que se niega a quien no se dispone para merecerla. Su silencio, además, contrastaba con la actitud de sus enemigos, que le habían seguido, y le acusaban sin cesar (v. 10), sin que Herodes hiciera de ellas el menor caso.

Herido en su amor propio por el silencio de Jesús, y como le había recibido en presencia de sus oficiales y de su corte, se vengó Herodes bajamente, haciendo que le revistieran por burla de la dignidad real que ambicionada, con una vieja vestidura de gala, le remitió así a Pilatos (v. 11), con el que, lisonjeado por la distinción de que le había hecho objeto, quedó reconciliado por el momento. (v. 12).

Al ver Pilatos el ningún éxito que había tenido con este arcid, resumió en hábiles palabras (v. 13-15) la causa de Jesús, de la que se seguía su completa inocencia, pero, comprendiendo que, de soltarle, tendría que habérselas con el rencor de los acusadores, les prometió que le haría flagelar (v. 16), con la intención por otra parte de ahorrarle el suplicio de la cruz, que era el indicado para un acusado de rebelión.

Y todavía echó mano de otro expediente. Porque, comenzando a decirse entre la turba que no, por el actual proceso, había que olvidar la costumbre, aprobada por Roma, de que, con ocasión del regocijo pascual, se diera libertad a un prisionero de su nación (Mc. 15, 8), aprovechó la ocasión, pensando poder dirigir la elección en favor de Jesús si le comparaba con un homicida temido y detestado cuya libertad suponía que nadie podría solicitar.

Se llamaba el homicida Barrabás o Bar Abbas, Hijo de Abbas: nombre tan común, que generalmente le antecedía otro, a tal grado que en Mt. 27, 16, algunos códices leían Iesus Barabbas, aunque, por fortuna, no es auténtica esta chocante coincidencia.

El pueblo quizá hubiera permanecido perplejo ante lo inesperado de la comparación instituída por Pilatos (v. 17); pero en ese momento llegó el mensaje de la esposa del Procurador (Mt. 27, 19) de que no se comprometiera en la causa de aquel justo, y los jefes del pueblo aprovecharon la dilación para excitarle a que pidiera la liberación de Barrabás (v. 18, 19 cf. Mt. 27, 20; Mc. 15, 11). Por eso al insistir Pilatos en su propósito (v. 20), se desató más fuerte la tempestad, pidiendo el pueblo, no ya cualquiera muerte, sino la de cruz contra el Señor (v. 21). Tal paroxismo en aquel pueblo que el Domingo había aclamado al Maestro sólo se explica por la movilidad de las turbas, la propaganda de los sanhedritas y el hecho de aparecer el Señor, no deslumbrando con sus milagros, sino al parecer incapaz de socorrerse a sí mismo. (cf. Act. 3, 13-15).

Y como insistiera Pilatos en libertarle, después de haberle impuesto un castigo ejemplar, aunque absolutamente inmerecido (v. 22. 23 cf Io. 19, 1 ss), acabó por ceder (v. 24), en cuanto que le mandó flagelar, con lo que esperaba por fin amansar a los enemigos, especialmente al ver que los verdugos habían excedido sus intenciones. Pero, cuando les mostró al Hombre (Io. 19, 4-11) y ellos le dijeron

que si le soltaba, demostraría no cuidarse de la seguridad de la autoridad imperial, no encontró más salida que lavarse las manos, uso judío (Dt. 21,1-9), griego y romano por lo cual se manifestaba la propia inocencia en algun asunto o crimen. Al fin le parecía que había hecho ya demasiado por salvar la vida a un judío, por cuya libertad no tenía especial interés y en cambio de Tiberio ha dejado escrito Suetonio que era terrible cuando acusaban delante de él a alguno que no hubiera sabido defender su Majestad o la hubiera ofendido: *"Iudica maiestatis atrocissime exercuit."*

Crucifixión y muerte del Señor

(San Lucas, 23, 26-49)

La flagelación solía preceder a la crucifixión. Pero en el caso del Señor había servido más bien, en la intención de Pilatos, para aplacar a los enemigos. Realizada ya, no quedeba más que proceder a la ejecución de una sentencia que nunca fue dada positivamente por el Procurador.

En la antigüedad generalmente no había intervalo entre la sentencia y su cumplimiento. Por otra parte, los preparativos para una crucifixión eran sencillos: Se disponían bien que mal dos maderos y muchas veces se unían ya en el momento mismo de la ejecución y el reo era llevado por el camino con los brazos atados de la cruz. Se designaban cuatro soldados, mandados por un centurión que abría la marcha a caballo. Detrás iba un pregón anunciando el motivo de la sentencia, la cual había sido escrita ya como resúmen de la sentencia que se archivaba, con letras rojas o negras sobre una tabla blanqueada. Los cuatro soldados iban de un lado y otro de la víctima, a la que se colgaba la tableta al cuello, cuando no era llevada por delante.

Así debió salir el Señor por las calles estrechas, desiguales, resbaladizas, ocupadas completamente por la gente que desembocaba de todas partes, ocupaba todas las ventanas y agujeros tan frecuentes en Oriente, y no perdía saliente alguno que le ayudara a ver mejor. Antes de la salida habían quitado al Señor la clámide y le habían revestido de la túnica, que él mismo se habrá arremangado, como quien se dispone a trabajar. Un poco más atrás caminaban en condiciones parecidas los dos ladrones, cuya muerte iba a coincidir con la suya, quizá para ahorrarse trabajo, pero sobre todo para mayor vituperio de Jesús y para cumplimiento de una profecía (Is. 53, 12, cf. Mc. 15, 28). Ellos también llevaban su cruz y sus verdugos.

El lugar de la ejecución quedaba fuera del poblado, pero cerca del mismo para lección de los habitantes. Cuál haya sido la Vía dolorosa, no es posible determinarlo. Ciertamente el piso actual de Jerusalén queda a veces varios metros arriba del pisado por la Divina. Pero, como se conocen los dos extremos, la Antonia y el Calvario, es fácil determinar la dirección general, de oriente a poniente y su recorrido de unos mil doscientos pasos. De las estaciones fijadas definitivamente en cuanto al número hace algunos siglos solamente, nueve quedan por las calles de Jerusalén, las cinco últimas dentro de la Basílica del Santo Sepulcro.

La narración más completa del trayecto, es la de San Lucas; San Juan casi no hace mención de él. Pero se puede suponer que el Señor, que había ocultado en Belén la gloria de su Nacimiento, iba a manifestar ahora en Jerusalén y ante un gentío inmenso la ignominia de su muerte.

Cuando el cortejo franqueaba la Puerta de la Ciudad que daba acceso al Calvario, entonces fuera de las murallas, los soldados, viendo que el Señor no podría llegar con vida al término del camino, pues el insomnio, las emociones, los sufrimientos físicos y morales lo habían agotado, requisaron como por derecho militar (*angariaverunt*, derivado del persa tiene ese sentido. Mt. 27, 32; Mc. 15, 21) a un hombre llamado Simón, que volvía de su granja en ese momento. Era originario de Cirenaica, al noroeste de Africa, pero radicado, como muchos otros paisanos suyos (Act. 6, 9) en Jerusalén, y fue después muy conocido de los fieles de Roma, por sus hijos Alejandro y Rufo (Mc. 15, 21). Tal vez vieron en su rostro alguna manifestación de reprobación por el trato dado a Jesús y se fijaron en él, para obligarle a que cargara con la cruz a poca distancia del Señor, como quien no era el reo, sino su ayudante (v. 26).

Entre la multitud no faltaban corazones que compadecían a Jesús. Se distinguió sobre todo un grupo de mujeres, que con lágrimas, sollozos y golpes de pecho, manifestaban su duelo (v. 27). Se ha notado que una de las características del tercer Evangelio es el lugar prominente que señala a la mujer, y en verdad que las de este episodio hacen una figura mucho más honrosa que la de tantos discípulos y amigos del Maestro.

Tal vez en el momento en que era descargado de su cruz, pudo volverse a ellas y decirles, en medio de un silencio involuntario, aquellas palabras llenas de entereza y gravedad con que profetizaba una vez más el castigo y ruina de Jerusalén (v. 28-31), de la que varias de ellas pudieron ser testigos unos cuarenta años más tarde. Lo que en Oseas (Os. 10, 8) dirían los idólatras hebréos a los montes: *"Operite nos; cadite super nos,"* esto con mayor razón deberían decir los judíos deicidas; porque si a Cristo, árbol lleno de follaje y cargado de excelentes frutos, así lo dejaba la divina justicia, ¿cómo trataría al pueblo impenitente, digno de ser cortado y echado al fuego?

Los Evangelios apócrifos nos han dado los nombres de los dos malhechores que iban a ser ajusticiados con motivo de la muerte de Jesús (v. 32): se llamaban, dicen Tito y Dúmaco, o, según los nombres más conocidos, Dismas y Gistas o Gestas.

Se suele decir que el Señor salió por la Puerta Judiciaria. De una puerta de ese nombre sólo se habla en Neh 3, 30 y más bien quedaba en la parte opuesta u oriental de Jerusalén. Pero, como quiera que haya sido, ciertamente llegaron a pocos pasos al lugar del suplicio. Se llamaba Gólgota (Mt. 27, 33; Mc. 15, 22; Io. 19 17) o más propiamente en arameo: Gúlgoltha, que en griego se podía traducir Kranion y en latín Calvaria: cráneo o calavera. No debemos imaginarnos un Monte Calvario de dimensiones imponentes, ni siquiera una colina, sino simplemente una eminencia calcárena, cuya forma al primer golpe de vista, le había valido el nombre de Calvaria, como ahora los árabes llaman Ras: cabeza a cualquiera elevación, sin querer determinar más la semejanza. Que haya sido el sitio habitual de las ejecuciones, que allí haya estado la tumba y el cráneo de Adán, que en el esqueleto de la Ciudad el Gólgota ocupara el lugar de la cabeza, son todas explicaciones desprovistas de fundamento.

Allí, pues, fue crucificado el Señor en el espacio comprendido entre la hora Tercia y la Sexta (Mc. 15, 25; Io. 19, 25-27), o sea de las 9 a las 12, tendiendo mucho más hacia las 12. Fue puesto, para mayor infamia, y para cumplimiento de la profecía, entre los ladrones (v. 33).

Había una costumbre, tolerada, como tantas otras, por los romanos, que consistía en ofrecer a los que iban a ser ajusticiados, una copa de vino generoso, a la que se agregaba, a manera de narcótico, una parte de amarga mirra o de incienso (Mt. 27, 34; Mc. 15, 23). El Talmud, aseguraba más tarde, que damas de las principales de Jerusalén se encargaban de esta caridad, fundada en Prov. 31, 6: *"Dad licor al mísero, y vino al afligido; bebe y olvida su miseria, y no se acuerda más de sus penas."* El Señor, al serle ofrecida, mojó sus labios, sin duda por un exceso de condescendencia, pero quiso sufrir en el pleno uso de sus facultades.

La crucifixión era de sobra conocida en el Imperio. Por eso los Evangelistas sólo dicen: *"Lo crucificaron"* (Mt. 27, 35; Mc. 15, 25; Lc. 23, 33; Io. 19, 18). Y cuando el Señor decía: Si alguien quiere venir en pos de mí, tome su cruz y sígame (Mt. 10, 38 &), todos entendían que el seguidor de Cristo debe estar preparado, como el que va a ser crucificado ,a todos los sacrificios y humillaciones.

La cruz era, en general, poco elevada, apenas el doble de la estatura humana. Y en vez del saliente, a manera de repisa, sobre el que se clavaran los pies, tenía un palo, llamado cornu o sedile sobre el que quedaba como a caballo el desdichado crucificado, para que no cedieran las heridas de las manos y se viniera de bruces. Los pies, además, solían enclavarse separadamente. Y, como no se tocaba ninguna parte vital del cuerpo, primero venía un desangramiento horrible, luego por la inflamación de las heridas, la sangre acababa por estancarse, la fiebre subía intensamente, la sed era espantosa y así pasaba el crucificado hasta días sin morir.

Mientras agujereaban los pies y las manos del Señor, pronunció su *Primera Palabra: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen"* (v. 34), disculpa generosísima, que alcanzaba a los soldados, a los jefes de la Nación, a todo el pueblo y a los pecadores de todos los siglos.

Se ha observado cómo, de las siete Palabras del Señor, las tres primeras son personales (y tienen por objeto los verdugos, el buen ladrón, María y Juan); las otras tres se refieren a la obra redentora (los dolores morales que el Señor padece; los sufrimientos físicos y la consumación de su obra); la última es la aceptación libre y filial de la muerte.

Cuando los soldados hubieron acabado su obra siniestra, se quedaron custodiando, porque no podían separarse ni después de la muerte del ajusticiado, para impedir que quitaran el cuerpo, si no había permiso para ello. Pero entretanto se pusieron a sortear lo que les tocaba, que eran las vestiduras de la víctima (v. 34). Los dados formaban parte del bagaje de los soldados, y probablemente hicieron cuatro partes: la túnica, el paño bastante amplio que se enreda un oriental en la cabeza, el cinturón y las sandalias. Pero, como vieron que la túnica era de una sola pieza (Io. 19, 23 s), obra de María o de algunas santas Mujeres, decidieron con mayor razón sortearla. Cumplían, sin darse cuenta, con otra profecía (Mt. 27, 35; Io. 19, 24; Ps. 21, 19).

Seguramente el Señor había sido cubierto en su desnudez con un cendal, según la costumbre judía, pues aún la representación caricaturesca del Crucificado con cabeza de asno en el Palatino, en Roma, en caso de que sea caricatura, está decentemente cubierta.

Los Evangelistas nos presentan cuatro clases de expectadores del suplicio de Jesús: 1) La multitud, de la que no se consignan reflexiones particulares; 2) los que acertaban a pasar por ahí y que movían la cabeza, en señal de burla, y decían palabras ofensivas (Mt. 27, 39; Mc. 15, 29; Is. 37, 22; Ier. 18, 16; Lam. 2, 15 &); 3) los príncipes de los sacerdotes que se abajaban hasta el insulto y la blasfemia (Lc. 23, 35; Mt. 27; Mc. 15, 31); 4) los soldados, que se acercaban además a ofrecerle aquella bebida, llamada posca, mezcla de agua y vinagre, que les refrescaba cuando estaban acalorados (v. 36, 37).

El título de la cruz estaba redactado en griego, que era la lengua oficial de los dominadores y en arameo, que era la lengua hablada por el pueblo. En él se leía: *"Este es el Rey de los judíos"* (v. 38) o según la redacción de San Juan, que parece más completa: *"Jesús Nazareno, Rey de los Judíos"* (Io. 19, 19). Todavía ahora las leyendas de las calles y de los timbres de correo, en Palestina, van en hebreo, árabe e inglés.

Uno de los ladrones insultaba también al Señor, diciendo palabras de irónica desesperación, como el que, no teniendo fe, se vuelve contra la adversidad que lo abate (v. 39). El otro tal vez haya comenzado también a maldecir al Señor (Mt. 27, 44); lo cierto es

que sus ojos ejercitados, no tardaron en descubrir la absoluta inocencia de su compañero de cruz y mereció ser el único que, en una conmovedora apología (v. 40-41) se atrevió a defenderle cuando nadie lo hacía. Luego, volviéndose al Señor, le dijo: *"Señor, acuérdate de mí cuando vengas en tu reino"* (in regno tuo, más bien que: In regnum tuum). Es decir: Te reconozco, no obstante tu humillación aparente, como el Señor o Mesías. Sé que en tu próximo triunfo, cuando vengas a fundar tu Reino, vendrás lleno de magnificencia. Entonces, acuérdate de mí!

Y el Señor, que había guardado un silencio absoluto con respecto a los que le injuriaban, pronunció su *Segunda Palabra*, de una suavidad incomparable, diciendo: En verdad te aseguro que no deberás esperar hasta que venga en la magnificencia de mi Reino, que todavía tardará, sino que hoy mismo, dentro de muy poco, estarás conmigo en el Paraíso, es decir en aquel lugar de descanso, donde las almas de los justos esperan mi visita. (Io. 19, 25-27).

Hacia el medio día unas tinieblas muy inusitadas se extendieron sobre Jerusalén y tal vez sobre toda Palestina y duraron hasta la Muerte del Señor, a las 3 de la tarde (v. 44). Aunque el hecho pudiera ser explicado naturalmente, como algunos quieren, por una oleada intensísima del siroco o viento cálido del sureste, que, cargado de arena finísima, oscurece el sol, sin embargo su conexión con la muerte de Jesús sería sin duda sobrenatural. Su fin era, como tantas veces fenómenos semejantes en el Antiguo Testamento cf. v. g. Am. 8, 9), infundir temor en los presentes y manifestar la desaprobación del cielo por el crimen del pueblo.

En eso tuvo lugar la *Cuarta Palabra: Eli, Eli, lamma sabacthani* (Mt. 27, 46-49; Mc. 15, 34-36), con el incidente relativo al llamamiento de Elías, en el que sin duda hubo mucho más de burla que de equivocación.

Casi al mismo tiempo se dejó oir la *Quinta Palabra: "Tengo sed"* (Mt. 27, 48 s; Mc. 15, 36; Io. 19, 28 s), que parece confundirse con el incidente anterior. Era cumplimiento de una profecía (Ps. 21, 16; 68, 22); pero también tormento real y penosísimo del Señor.

La *Sexta Palabra: "Acabado es"* (Io. 19, 30) indicaba que el Salvador había cumplido hasta el último ápice las profecías y que dentro de unos instantes la Redención sería un hecho consumado.

Por fin, la *Séptima Palabra* (conservada también por San Lucas, v. 45) fue: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu,"* frase que se lee en Ps. 30, 6 y que manifestaba la inmensa confianza de este excelente Hijo que, habiendo obedecido hasta la perfección la voluntad de su Padre, volvía ahora a descansar lleno de satisfacción en sus amorosos brazos.

Entonces, lanzando el Señor un grito que sin duda fue sobrenatural, inclinó voluntariamente su cansada y atribulada Cabeza (Io. 19, 30) y expiró (v. 46): había muerto con plena libertad y manifestado su gozo por haber triunfado del infierno y del pecado y de

haber vuelto por la gloria de su Padre.

A este momento sublime siguieron varios prodigios: El velo del Templo se rasgó de arriba abajo (v. 45). Fue el que cerraba el Vestíbulo o el que separaba el Santo del Santísimo. Lo primero sería más visible a todos; lo segundo más significativo. Pero del texto nada se puede deducir con seguridad. Ciertamente la Antigua Alianza ya no era agradable a Dios; si entonces sólo el Sumo Sacerdote podía penetrar y una sola vez al año, el Día de la Expiación (Lc. 16), al Santo de los Santos, ahora la entrada estaba franca para todos los cristianos. La tierra tembló, las rocas, en consecuencia, se hundieron y los sepulcros, ordinariamente cavados en ellas, se abrieron, al descorrerse las losas que los cerraban y los cadáveres quedaron patentes y resucitaron una vez que hubo resucitado el Salvador (Mt. 27, 52; 1 Cor. 15, 20).

El Centurión, que oyó el grito con que Jesús murió y que presenciaba estas cosas, reconoció el poder de Dios, declarando: Verdaderamente este hombre era justo (v. 47); Verdaderamente era el Hijo de Dios (Mt. 27, 54; Mc. 15, 39). Había oído que Jesús afirmaba ser el Hijo de Dios y como tal le reconocía ahora, sin detenerse a profundizar más el sentido.

Todos los que habían estado presentes, se alejaban golpeándose el pecho, en señal de dolor y arrepentimiento (v. 48). Comenzaba la Cruz su obra de conquista, de la que el Señor había dicho (Io. 12, 32): Yo, si fuere levantado de la tierra, todas las cosas atraeré a mí.

Sus amigos y conocidos, con algunos apóstoles sin duda, estaban a lo lejos; especialmente estaban allí algunas mujeres, la Santísima Virgen, sin duda, Magdalena, María la madre de Santiago el Menor, Salomé (Mt. 27, 56; Mc. 15, 40) y otras muchas, las que según la costumbre judía, acompañaban frecuentemente al Señor y a sus Discípulos en sus viajes, para proveer a sus necesidades y que, cuando el Maestro emprendió su último viaje a Jerusalén, no habían tenido el ánimo de acompañarle. (v. 49).

Sepultura y Resurrección de Jesús

(San Lucas 23, 50-24, 12)

Como quiera que se explique la famosa cuestión de la Pascua, y de su celebración por Jesús, es cierto que murió en ocasión de esta fiesta, en Viernes, como a las tres de la tarde. Ahora bien, cada Viernes era la Parasceve (del griego Paraskeué o Preparación) del Sábado, día de riguroso y religioso descanso. Y como el día comenzaba, para los judíos, desde el momento en que aparecían las tres primeras estrellas, ese Sábado después de la muerte de Jesus comenzaría dentro de unas tres o cuatro horas a lo más. Era, además, ese un Sábado grande y especial, o por ser la Pascua o por

caer dentro de la octava de la Pascua. Parasceve era también particular. Y todavía más, la Ley (Dt. 21, 22 s) mandaba que los cuerpos de los ajusticiados fueran depuestos del patíbulo antes de la puesta del sol.

Por todo esto, el Sanhedrín mandó pedir a Pilatos que fueran quebrantadas las piernas de los tres crucificados, para que se acelerara la muerte. (Io. 19, 31-37).

Por otra parte, José, llamado de Arimatea, por ser su nombre tan vulgar y necesitar de esta adición, de su ciudad de origen, para mayor determinación, fue valientemente (Mc. 15, 43) a pedir a Pilatos el cuerpo del Señor, que ya había muerto. Se trataba de un miembro de los más distinguidos del Sanhedrín (Mc. 15, 43): Decurión era título en las Provincias, como lo era Senador en Roma; significa: consejero y nada tiene que ver con mando de tropas, como centurión. Era hombre bueno y justo (v. 50), que no había consentido en la determinación del Sanhedrín, contra Jesús; esperaba ardientemente el verdadero reino mesiánico (v. 51) y hasta entonces había sido discípulo oculto del Señor (Io. 19, 38).

Los romanos no tenían prisa en que se quitaran los cadáveres de la cruz; dejaban que los chacales y las aves de rapiña los devoraran; pero si alguien se interesaba, no los negaban, aunque a veces aprovechando esto para exigir dinero, cosa en que siquiera Pilatos no incurrió. Y como el Procurador no estaba excento de remordimiento, se admiró, es cierto, de que ya el Señor hubiera muerto (Mc. 15, 44), pero cuando el centurión, ejecutor de la sentencia, rindió su informe afirmativo, no tuvo dificultad en ceder el cuerpo. (v. 52).

Obtenida la autorización, José fue a deponer el sagrado Cuerpo, en presencia sin duda de María y de otras santas mujeres (v.55), ayudado de sus criados y de Nicodemo, otro discípuloo oculto, que llevó una porción verdaderamente regia de ungüentos y polvos para embalsamar el cuerpo del Señor (Io. 19, 33), en cantidad de unos treinta y tres kilos. Después de haberlo lavado respetuosamente, lo espolvorearon con esas sustancias, lo envolvieron en largas cintas (como en el caso de Lázaro, Io. 11, 44), luego cubrieron la cara y la cabeza con un sudario y pusieron el cuerpo en una sábana limpia y valiosa que José había comprado expresamente (Mt. 27, 59; Mc. 15, 46). Hecho esto, lo colocaron en un monumento sepulcral, tallado en la roca misma del Calvario, en medio de un jardín, a unos treinta metros del lugar de la Crucifixión. Nadie hasta entonces había sido enterrado en ese monumento (v. 53).

Los sepulcros de la gente acomodada, eran de dos maneras: o se cavaba en el suelo una amplia sala a la que se bajaba por gradas y cuya entrada se cubría con una losa (como en el sepulcro de Lázaro, Io. 11, 38) o, más frecuentemente, era una sala cavada en la roca calcárea, que tenía una especie de antesala, de la que se pasaba por una abertura estrecha y tan baja, que casi era necesario arrastrarse para penetrar. Esta abertura se cerraba con una como

muela de molino, que para abrir se introducía en una ranura y que, por su peso y por la incomodidad de manejarla, necesitaba fuerzas masculinas y a veces palanca para ser removida.

Así debía ser el sepulcro del Señor. Los constructores de la Basílica, rebajaron el suelo para aplanarlo y cortaron la parte de la roca que había sido propiamente el Sepulcro, en forma de cubo, para que ocupara el centro de la cúpula. Ahora, después de muchas profanaciones en el curso de los siglos, está el sepulcro oculto por el revestimiento de mármoles preciosos.

Ahí quedaba el cuerpo del Señor, mientras su alma santísima iba al Limbo donde los patriarcas y profetas esperaban su venida desde hacía tantos siglos. Bajó, pues, a anunciarles que el momento de la liberación había llegado y el día de la Ascensión le sirvieron de gloriosa escolta, en la que los privilegiados que resucitaron con él iban con sus propios cuerpos.

Comenzaba, entre tanto, a brillar el sábado (v. 54), o sea a encenderse una fastuosa iluminación en la ciudad. Las mujeres no se apartaban del sepulcro, especialmente María Magdalena y María madre de José (Mc. 15, 47), hasta que no vieron cómo había sido colocado el Señor y cómo estaba todo dispuesto, porque ya pensaban regresar a completar el embalsamiento (v. 56).

Entre tanto los Sanhedritas tomaron el sábado mismo, la precaución, ignorada por las santas mujeres, de poner guardias al sepulcro del Maestro (Mt. 27, 62-66).

El Domingo o primer día de la semana (*"una sabbati"*), apenas amaneció, fueron con sus aromas al monumento (24, 1). La frase de Mt. 28, 1: *"Vespere autem sabbati, quæ lucescit in prima sabbati"* debe traducirse: Después del sábado, a la hora que alborecía el primer día de la semana. Luego lo que sigue iba a tener lugar en la madrugada del domingo.

Habían sentido el terremoto (Mt. 28, 2), sin saber su relación con la resurrección. Sólo les preocupaba la idea de cómo harían para rodar la piedra del sepulcro (Mc. 16, 3); pero al llegar no encontraron ya a los guardias, que habían huído, y encontraron la piedra rodada (v. 2).

Entraron al vestíbulo; se asomaron y no encontraron el cuerpo (v. 3). Aquí comienza en los textos evangélicos una serie de dificultades, que parecen contradicciones y que siguen siendo materia de discusión. Bastará saber que San Mateo y San Marcos hablan muy en general; que San Lucas y sobre todo San Juan contienen mayor número de detalles y que el orden de los hechos, que parece más probable, es como sigue:

1) Aparte, sin duda, de la Santísima Virgen, fue Magdalena la primera en ver al Señor (Mc. 16, 9).

2) Llegó, pues, Magdalena con las otras mujeres y encontró vacío el sepulcro.

3) Mientras las demás entraban y recibían de los ángeles la noticia de que el Señor había resucitado y la orden de ir a anunciar-

lo a los Discípulos. Magdalena voló a avisar a Pedro y a Juan que no parecía ya el cuerpo del Señor.

4) Pedro y Juan corrieron hacia el sepulcro, convenciéndose de que estaba vacío.

5) Magdalena llegó después de ellos y, mientras lloraba, creyendo que el cuerpo de su Maestro había sido robado, fue favorecida con la aparición del Señor.

6) A las otras mujeres o se les apareció mientras iban por su camino a avisar a los discípulos lo anunciado por los ángeles, o dice San Mateo (Mt. 28, 9, 10), como acostumbra, en términos generales lo que de hecho aconteció sólo en la aparición a Magdalena.

Creo que no son necesarias más explicaciones para aclarar el texto de San Lucas (v. 4-12), pues mi intención en estas notas no es más que la de aclarar el sentido de los textos.

José González Brown.

Cartas de Roma

SOBRE EL ATEISMO MODERNO

Revista quincenal magnífica y abundantemente documentada que deben leer todos los que se preocupen en serio por el Comunismo, problema que según Su Santidad Pío XI debe ser atendido de preferencia en los actuales momentos.

Suscripción anual: $ 8.00.

Agencia de Publicaciones "Buena Prensa"

Donceles 99-A. MEXICO, D.F. Apartado 2181.

QUODLIBETOS PARA UNIVERSITARIOS

Por el Pbro. Dr. Ramiro Camacho, Prof. de Ciencias.

Primer Tomo: — Alta Apologética, Libro de gran utilidad para creyentes e incrédulos.

Segundo Tomo: — "La Cuestión Agraria en México. — Compendio histórico, moral y económico del problema.

Precio del ejemplar: $ 1.50. — 170 págs. — 21 x 14 Cms.

Librerías: Font, El Surtidor, "Librería Nueva," en Guadalajara; "Buena Prensa," Donceles 99-A, en México, D. F.; del "Sagrado Corazón" en Querétaro; del "Patrocinio de María", en León; Reforma 82, en San Luis Potosí; Guadalupe, 86 en Aguascalientes; Constitución 124, en Colima; Juárez, 26 Pte. en Culiacán.

NI EN CALIDAD
NI EN EXQUISITO SABOR
NI EN PRECIO

Existe otro vino para consagrar que pueda competir con el

"LITURGICO"

Aprobado y recomendado por el Excmo. Rvmo. Señor Arzobispo de México

PRECIOS EN SUS TIPOS DULCE SEMI-DULCE Y SECO

Botella con casco	$	1.85
Caja de 6 Botellas	„	10.75
Caja de 12 Botellas	„	21.00
Caja surtida de 12 Botellas con los tres tipos	„	21.00
Caja de 24 Botellas	„	41.50
Barril de 18 litros	„	39.50
Barril de 35 litros	„	73.00
Barril de 70 litros	„	139.50

NOTA: Pagos al contado

En todo pedido que venga acompañado de su importe, CONCEDEREMOS el 3% de descuento.

Agencia Eclesiástica Mexicana.

Apartado 134-Bis. 1ª de Allende Nº 4.

MEXICO, D. F.

"EL TROQUEL"

1a. calle de Luis Moya No. 5

Apartado Postal 524.

Tel. Eric. 2-95-36 Tel. Mex. L-36-86

México, D. F.

Sagrarios

De acero: contra robo, fabricación especial para la iglesia, 40 x 40 *ctms.*

DE MADERA FORRADA LAMINA LATON:

23 ctms. frente x 23 fondo y 65 alto	$ 145.00
35 ctms. frente x 30 fondo y 65 alto	„ 200.00
45 ctms. frente x 34 fondo y 65 alto	„ 250.00
30 ctms. frente x 30 fondo y 40 alto	„ 180.00
En madera cedro tallado, bruñido oro medio fino 30 ctms. frente x 25 fondo x 44 alto	„ 70.00
Madera color cedro natural, 27 ctms. alto x 18.5 ancho	„ 30.00

Tronos para Exposición

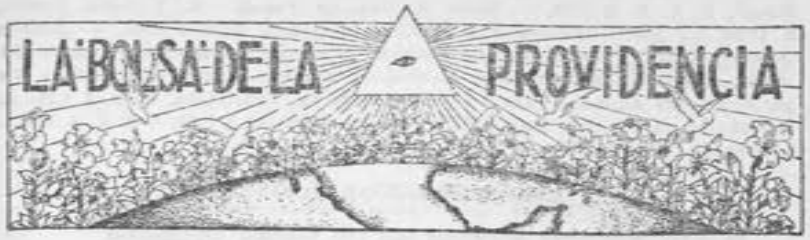
Estilo gótico de 97 ctms. altura	$ 230.00
Estilo bizantino de 140 ctms. altura	„ 550.00

Cálices, Candeleros, Copones, Lámparas forma corazón o redondas con tripie metal, etc., etc.

Y EN GENERAL TODA CLASE DE ARTICULOS

PARA EL CULTO CATOLICO

Pida Ud. toda clase de informes



BECAS PARA SACERDOTES

BECA "SAN FELIPE DE JESUS," protomártir mexicano, para un misionero jesuita mexicano en la Misión de Anking, China.

Beca Nº 1. — Suma anterior: $ 176.50. — Elisa Ortigosa de Salazar, - S. José del Cabo, Baja California $ 5.00. — Judith González. - México, D. F. $ 2.10.

BECA "PADRE PRO," el **mártir de Cristo Rey,** para la formación de jesuita mexicano.

Beca Nº 3. — Carmen A. V. de P. - México, D. F. $ 900.

Beca Nº 4. — Suma anterior $ 1,253.02. — S. S. C. - México, D. F. $ 1,000.00. — S. S. A. - México, D. F. $ 100.00. — S, S, E, - México, D, F. $ 25.00. — N. N. - México, D. F. $ 100.00. — José Trinidad González, - México, D. F. $ 10.00. — Carmen V. Macías, - Guadalajara, Jal. $ 5.00. — Victoria Sierra. - Batopilillas, Chih. $ 5.00. - José Flores González. - México, D. F. $ 1.00.

BECA "PADRE GLANDORF," **incansable misionero de la Tarahumara,** para otro misionero de dicha Misión en nuestra Patria.

Beca Nº 1. — Suma anterior $ 85.60. — Un necesitado. - México, D. F. $ 50.00 — Judith González. - México, D. F. $ 10.00.

BECA "MARIA DE LA LUZ CAMACHO," **la primera mártir de la Acción Católica,** para la formación de un sacerdote mexicano en el seminario Pontificio Central Mexicano de Ntra. Sra. de Guadalupe. - N. M. U. S. A.

Beca Nº 1. — Suma anterior $ 671.39. - N. N. - México, D. F. $ 50.00.

MISION DE LA TARAHUMARA

Para ayudar a los heróicos misioneros que en ella trabajan.

Familia González. - Monterrey, N. L. $ 10.00. — Delfina F. de López. - Coatepec, Ver. $ 5.00. — Socias J. C. F. M. - Amealco, Gro. $ 21.63. — Varios. - Coatepec, Ver. $ 3.00. — Ma. del Carmen Heremas. - Colima, Col $ 1.00. Francisca M. Ayón. - Hermosillo, Son. $ 3.00. — Sr. Cura J. Jesús Carreón Tepaltepec, Mich. $ 0.50. — María Trinidad Aguirre. - Córdoba, Ver. $ 0.50. J. Franco. - Morelia, Mich. $ 1.50. — Loreto del Río. - Aguilla, Mich. $ 10.00. Getrudis Domínguez. - Jalapa, Ver. $ 0.25. — José J. Barceló. - Huasabas, Son. $ 2.00. — Guadalupe Aguilar. - Orizaba, Ver. $ 0.50. — Esperanza Salas Medina, Jalapa, Ver. $ 0.25. — José Pérez R. - Amealco, Gro. $ 4.45. — Isabel C. Rivera. - Veracruz, Ver. $ 0.60. — N. N. - Saltillo, Coah. $ 25.00. — J. Trinidad Cruz. - Pénjamo, Gto. $ 5.00. — Nicolás Vázquez. - San Luis

Potosí, S. L. P. $ 0.50. — Elena A. Vda. de Asaad. - C, Victoria, Tamps, $ 10.00. — María Dolores Valenzuela. - Durango, Dgo. $ 5.00. — Amalia Medina, Eulalia Torres, Rafaela Sánchez, Domingo Hernández, Filomena Alvarez, Albina Farías, Trinidad Marroquín, Remigia Gutiérrez, Carolina Vega, Hermanos Amézcua, María Dolores Amézcua. Tepaltepec, Mich. $ 4.25. — De México, D. F.: Sra. Roig $ 5.00. - Berta Carbajal $ 5.00. - B. F. $ 3.00. - Concepción Mier Cordero $ 1.10.

MISION DE ANKING, (CHINA)

Para los misioneros mexicanos que allá tenemos actualmente.

Emilia O. de Castellanos, Guadalajara, Jal. $ 15.00. — A. Ruiz. - Anza, Zac. $ 9.00. — Teresa Arroyo. -Durango, Dgo. $ 2.50. — Juana G. V. de Rojas - Guadalajara, Jal, $ 100,00. — Carmen Herenas, - Colima, Col. $ 1.00. **Berta Carbajal. - México, D. F. $ 5.00. — N. N. - Saltillo, Coah. $ 25.00. — G. G. - Puebla, Pue. $ 50.00. — N. N. - México, D. F. $ 10.00. — N. N. - Guadalajara, Jal. $ 31.00. — N. N. - México, D. F. $ 50.00, — Teresa Arroyo. - Durango, Dgo. $ 2,50. — Esperanza Othón. - Cananea, Son. $ 5.00. — F. P. LL. - Tacubaya, D. F, $ 2,00.**

México, D. F. 28 de Febrero de 1939.

Si no aparece su donativo en este número búsquelo en el número siguiente.

De todo corazón, y en nombre de Jesucristo Nuestro Señor, doy las más sinceras gracias a los que han ayudado a estas obras. — Pueden enviarse los donativos a mi nombre o al Apartado 2181. - México, D. F. o entregarlos en Donceles 99-A. — México, D. F.

José A. Romero, S. J.

Restauración Artística de Pinturas Antiguas
en tela, madera, láminas, al fresco, etc.

Con los procedimientos en uso en museos franceses e italianos. Con espiritu litúrgico.

Prof. RODOLFO BARTHEZ

Av Calero 14 Altavista — Tel. Mex. P-33-40 — San Angel México, D. F.

CAMPANAS DE COBRE Y ESTAÑO

desde un kilo hasta seis toneladas.
Garantizadas. — Recibimos campanas viejas a cuenta.
Candelabros, canceles, cercas, bancas para jardín, etc.

Pidan diseños y precios.

Fundidora y Manufacturera Potosina, S. A.

San Luis Potosí, S. L. P.

INFORMACION

Congresos Eucarísticos Mexicanos

Hubo el año pasado en varias partes de la República, Congresos Eucarísticos Diocesanos o Parroquiales. Muy particularmente, Guadalajara, Puebla, Sinaloa, celebraron manifestaciones Eucarísticas grandiosas y de gran fruto para las almas.

Nuestras multitudes aman y anhelan el pan vivo, que da la vida eterna: pero además se sienten atraídos por ese dón eucarístico, que se queda oculto, prisionero de amor en el tabernáculo, o que se muestra resplandeciente en el ostensorio, rodeado de luces, que simbolizan la compañía de los ángeles y de los hombres alrededor de Cristo que mora místicamente en la tierra.

La devoción eucarística palpita en toda la Iglesia de hoy, con una intensidad maravillosa y creciente. No fue siempre así.

En siglos pasados el Jansenismo acompasado, ceremonioso, amargo y frío no veía con buenos ojos un Cristo, que se hacía demasiado pequeño y demasiado humilde en la Hostia casi microscópica, para los hombres pequeños y humildes, que necesitaban de esa pequeñez amorosa y de esa humildad misericordiosa, para elevarse sobre las miserias morales y materiales de la vida.

El Jansenismo se escandalizaba de las turbas, que se acercan demasiado al tabernáculo, fuente de vida, de la misma manera que los Apóstoles todavía materiales, se impacientaban con las multitudes que se iban apiñando ansiosas, desordenadas, clamorosas, alrededor del Maestro Apóstol y del Médico compasivo de los cuerpos y de las almas.

La madre España luminosa, expansiva, ardiente, solemne y entusiasta, de fe profunda y de esperanza inconmovible, no pudo ni quiso aceptar la frialdad altanera y aristocrática, ni el compás de la miseria espiritual jansenista. España amó la Eucaristía con amor apasionado y desbordante, y cuanto más oculto se hacía Cristo en el pan del tabernáculo, tanto más lo ensalzó y glorificó delante de las multitudes populares en cultos grandiosos y hasta ruidosos de músicas y de explosiones sensibles y públicas de devoción.

Los misioneros españoles trajeron a México la fe y el culto eucarístico: y se puede decir que ese culto se hizo todavía más sensible, si cabe, en América que en España.

La razón fue que habiéndose hallado los apóstoles en medio de multitudes de indios, de suyo casi primitivos, y más abiertos a la sensibilidad que a los doctos razonamientos teológicos, se vieron en la necesidad de sensibilizar lo más posible las verdades cristianas y los cultos cristianos para hacerlos entrar más fácilmente en las inteligencias y en la práctica de la vida religiosa.

Los frutos espirituales fueron admirables. El indio acostumbrado a las divinidades egoistas y feroces de su paganismo, comprendió y adoró fácilmente y con amor sencillo y humilde, un Dios hecho hombre misericordioso y amante, que llegaba a hacerse Hostia para penetrar fácilmente y generosamente hasta lo más hondo de su miseria y pequeñez.

Así se ha trasmitido en México de generación en generación la veneración y el culto ardiente de la Eucaristía.

Es verdad que la Reforma y las calamidades revolucionarias redujero al mínimum las manifestaciones sensibles y públicas del culto Eucarístico, pero, gracias a Dios, no pudieron reducir ni apagar el fuego eucarístico de las almas. Y es que las almas más afinadas y más espiritualizadas de hoy, no necesitan ya para conservar y tener viva la fe eucarística, de todas las lecciones sensibles y exteriores de los siglos pasados.

Sin embargo esas lecciones no serían inútiles para tantas almas, y la falta de ellas es un fenómeno doloroso de nuestra vida católica actual.

En el mundo entero, aún en países protestantes, aún en países musulmanes y paganos, se celebran en nuestros tiempos manifestaciones eucarísticas grandiosas y fructuosas: y la Iglesia las propone las propaga y las fomenta, porque de la experiencia de los siglos ha aprendido cuántos y cuán maravillosos efectos producen en las almas fieles y hasta infieles esos triunfos públicos de Cristo-Hostia y de Cristo-Pan.

Nuestros Congresos Eucarísticos diocesanos o parroquiales, aunque encerrados muchas veces en los estrechos límites de los templos, son un acto de apostolado entre las masas, son una acción verdaderamente católica, son un punto de atracción para las almas cristianas y para las otras que viven distraídas o dormidas o muertas. Son una explosión de fe que aviva y enseña a todos, que todavía hay un Cristo, norma y dueño de la vida humana, así como lo fue ayer y necesariamente lo será mañana, aun en medio de una vida agitada y paganizada por tantos errores y por tantas ilusiones materiales y materialistas.

Esa lección nace de los Congresos Eucarísticos, y no tanto de las doctas elucubraciones dogmáticas, cuanto de la devoción ardiente y social de las masas humanas, que rodean durante el Congreso, día y noche, el ostensorio esplendente o el Tabernáculo cerrado, en espera de que se abra la portezuela y de que se vea salir de él *"el*

Cordero de Dios que quita los pecados del mundo" y que quiere ser recibido y comido para alimento, vigor y heroismo de las almas cristianas.

Mientras el pueblo mexicano corra presuroso a esos Congresos y a su centro, Cristo Eucarístico, se puede confiadamente esperar no sólo en la vida cristiana de los individuos, sino también en un mañana más resplandeciente para la Iglesia Mexicana.

S. I. C.

La Santa Sede

EL ANUARIO PONTIFICIO

Ha salido ya a la luz pública *"El Anuario Pontificio,"* importantísima e interesantísima publicación correspondiente al presente año de 1939. El primer ejemplar fue presentado al Sumo Pontífice, quien con palabras sumamente expresivas ha agradecido este valioso obsequio por lo que él representaba, y ha ensalzado el diligente, concienzudo y árido trabajo de recopilación, revisamiento y disposición de tan variadas materias y de tan numerosos datos referentes a la Jerarquía eclesiástica de todo el mundo y al desenvolvimiento de la Iglesia durante el último año.

Consta el presente Anuario de 1360 páginas, 115 más de las que tenía el Anuario anterior, con un completo índice de las personas y con más de 14,000 nombres, habiéndose añadido en la presente edición los nombres de los que pertenecen a la Capilla y Familia Pontificia, a saber, todos los Protonotarios Apostólicos *"ad instar,"* Prelados Domésticos, Camareros Secretos Supranumerarios, Camareros Secretos de Capa y Espada Supranumerarios, Camareros de honor con traje violado, Camareros de honor de Capa y Espada, Capellanes Secretos de honor y Capellanes de honor *"extra urbem."*

En la primera parte se da cuenta de toda la Jerarquía eclesiástica, desde el Romano Pontífice al Sacro Colegio de Cardenales, Patriarcas, Arzobispos y Obispos Residenciales y Titulares, Vicarios y Prefectos Apostólicos, etc. A continuación sigue un elenco completo de las Ordenes, Congregaciones e Institutos Religiosos de derecho Pontificio; la Curia Romana con todos sus miembros y organismos; la Representación Pontificia y el Cuerpo Diplomático acreditado ante la Santa Sede...

Al terminar de imprimirse el actual Anuario, existían 62 Cardenales; 14 Patriarcas, de los cuales 10 eran residenciales y 4 titulares; 219 Sedes metropolitanas residenciales y 36 Sedes arzobispales residenciales; 935 Sedes Episcopales residenciales y 772 Sedes titulares ocupadas; 50 Prelaturas y Abadías Nullius; 292 Vicariatos Apostólicos; 135 Prefecturas Apostólicas; 19 Misiones y distritos *sui juris;* 159 Ordenes, Congregaciones e Institutos de derecho pontificio; 10 Institutos de Estudios en Roma; 10 Academias pontificias en la misma ciudad y 86 Institutos Eclesiásticos de educación e instrucción.

Los Representantes de la Santa Sede en el Extranjero son 59, de los cuales 37 ostentan carácter diplomático, Hay que hacer notar el establecimiento de la nueva Delegación en Inglaterra, que tiene su sede en Londres.

Hállanse representados ante la Santa Sede 37 Estados, de los cuales 13 tienen Embajadores. Ultimamente fue elevada a Embajada la Legación de Rumania.

Durante el año de 1938 fallecieron 7 Eminentísimos Cardenales y 48 Obispos.

Prescindiendo del cambio de nombre que han sufrido algunos Vicariatos y diócesis, especialmente en tierra de Misiones, se han erigido 6 nuevas diócesis (Limoncero en el Brasil, Amos y Hearst en el Canadá, Madura en India y Saginaw en Estados Unidos de América), 4 Vicariatos Apostólicos y 14 Prefecturas Apostólicas.

Durante el pontificado de Nuestro Santísimo Padre Pío XI se han establecido 128 nuevas diócesis y Arquidiócesis; han sido elevadas a Sedes arzobispales 28 Sedes episcopales; se han constituído 24 Abadías y Prelaturas *nullius;* 116 Vicariatos; 151 Prefecturas Apostólicas, de las cuales 38 fueron elevadas a Vicariatos Apostólicos; 26 Misiones y distritos sui juris de los cuales 17 han sido elevados a Prefecturas Apostólicas.

Romualdo Benedet, S. J.

Actividad Misionera

El clero católico vuelve cada día más su atención hacia el campo inmenso de las Misiones.

Dijo Cristo a sus Apóstoles: *"seréis mis testigos en Jerusalén, en Samaria y hasta los confines de la tierra."*

Mucho hicieron los Apóstoles; pero la tierra era mucho más vasta de lo que ellos se imaginaban, y los confines de ella se hundían en la oscuridad de la ignorancia geográfica. Nacidos a orillas del mar Mediterráneo, creían tal vez los Apóstoles, que el mundo estaba más o menos concentrado alrededor de esa especie de lago, si se le compara con la inmensidad de los océanos.

Las grandes vías imperiales de Roma se detenían al sur de Inglaterra, en el Rhin, en Suiza, en Bohemia, en los Cárpatos, en el mar Negro, y hacia oriente se adelantaban tímidamente hasta el borde de la India actual. Hacia el sur, era conocido el norte de Etiopía, el límite del desierto de Sahara y el monte Atlas.

Y sin embargo había que cumplir el mandato del Señor. Era trabajo de siglos: y los sucesores apostólicos emprendieron heróicamente el camino hacia los mundos nuevos, aun cuando las vías romanas habían desaparecido bajo la ruina y el polvo de los años.

Después de dos mil años, no han llegado todavía los misioneros hasta los últimos confines de la tierra; es decir, que aunque la civilización y con ella los misioneros, han tocado más o menos todas las naciones y todas las barbaries, sin embargo se puede afirmar que no han llegado a llevar el mensaje de Cristo a todas las masas humanas.

El trabajo está apenas en sus comienzos. En la India, en la China, en el Japón, no posee todavía el catolicismo el uno por ciento de las almas.

Es verdad que desde la segunda mitad del siglo pasado y en lo que va del siglo veinte se han multiplicado de una manera maravillosa los misioneros y sus colaboradores. pero también es verdad que los Papas tienen que repetir hoy más que nunca, la palabra de Cristo: *"La mies es mucha y los obreros pocos."*

Actualmente, el personal misionero que está bajo la jurisdicción de la Congregación de Propaganda Fide, se resume en estas cifras. Sacerdotes blancos 12.800, sacerdotes indígenas 6.000, hermanos misioneros 6.600, hermanos indígenas 2.500, religiosas misioneras 32.600, religiosas indígenas 18.500.

Absolutamente hablando, esas cifras son muy consoladoras. Se imagina uno que la luz evangélica avanza lentamente, pero victoriosamente hacia y contra la noche del paganismo. Y sin embargo, las mismas cifras, tomadas relativamente a las multitudes paganas, se hacen muy pequeñas y hasta negativas. Basta considerar un hecho.

La China tiene más de 400.000.000 de habitantes. Los misioneros católicos llegan actualmente a convertir unos cien mil hombres cada año. Pero he aquí, que cada año también, aumenta la población china de un millón, formado del excedente de los nacidos sobre los muertos; y entonces por cien mil nuevos cristianos, hay cada año otros 900.000 nuevos paganos.

Aún suponiendo que los misioneros llegaran a bautizar cada año una multitud diez veces más grande de la que actualmente entra en la Iglesia, para igualar el aumento natural de la población, quedaría aún intacta y pagana la masa enorme de 400.000.000 de hombres.

Labor apostólica de siglos. La mies es inmensa, los operarios pocos.

También México entra ahora en ese campo ilimitado. Todas las naciones católicas van enviando lo mejor de sus hijos al trabajo, al sacrificio heróico de las misiones y México no podía quedarse atrás, a pesar de la pobreza de obreros evangélicos en su propia tierra, y a pesar de las dificultades y de las crisis de todo género que lo asedian.

Pero se puede con toda razón, repetir y aplicar la verdad de una paradoja aparente, vieja de siglos: *"la sangre de los mártires es semilla de cristianos"* y la partida de misioneros mexicanos hacia tierras paganas, es semilla de nuevos operarios para las tierras cristianas de México.

Así son las obras de Dios.

S. I. C.



Los trabajos de Marmol y Granito
ejecutados en la Basílica de
Nuestra Sra. de Guadalupe,
son de la
"Marmolería Artística", S. A.

Tel. Eric. 3-06-20 *Mex. L-10-21*

Apartado Postal 2185 *Calzada de la Piedad 108*

MEXICO, D. F.

Al Margen del Cotecismo del Cardenal Gasparri

DIOS

Ya os dije mis queridos niños, cómo antes no había nada, pero nadita y cómo Diosito quiso hacer todas las cosas de la nada por ser El Bueno; crear es sacar las cosas de la nada y por eso llamamos a Dios Creador porque con sólo querer lo hace todo, es Todopoderoso. ¿Qué cosa es crear, Santiago? ¿Por qué le llamamos a Dios Creador, Cruz? ¿Por qué es Dios Todopodero, José?

En seis días o periodos, Dios hizo las cosas, no solamente lo que vemos en la tierra y en el firmamento, sino también los Angeles, de los cuales unos que no quisieron obedecer a Dios y se llenaron de soberbia, se convirtieron en diablos o demonios que fueron arrojados del Cielo al Infierno, donde padecerán eternamente.

De entre los Angeles buenos Dios destina algunos para que nos cuiden y a estos se les llama Angeles de la Guarda; cada uno tenemos el nuestro y debemos ser muy devotos del Angel de nuestra guarda y seguirlo que él nos diga. ¿No se os ha olvidado una oración que aprendimos el otro día y que debemos rezar todos los días al Santo Angelde nuestra Guarda? ¿Cómo dice, Felipe? También dijimos que cada noche, al acostarnos les habíamos de dar un recadito al Angel de la Guarda, ¿cómo era ese recado, Macaria?

Antes de seguir contando otras cosas muy interesantes, vamos a estudiar y a aprender muy bien la respuesta a esta pregunta: ¿Qué entiendes por la palabra Dios? Ya véis si será importante esta respuesta, pues nos es muy necesario saber qué cosa es Dios Nuestro Señor. Mirad cómo os dice el catecismo y debéis aprender bien esta respuesta: Por la palabra Dios entiendo un espíritu purísimo, infinito en todas sus perfecciones, que crió todas las cosas, así del cielo como de la tierra.

Seguramente que entenderéis un poquito más esto, después que lo explique; digo un poquito más, porque ¿quién puede entender completamente lo que es Dios? Si yo enciendo aquí este cerillo, ¿po-

dréis ver bien su luz? ¡Claro que sí! Si yo os traigo un focote de unas mil bujías, los de muy buenos ojos, puede que lo vean sin que les moleste la luz, pero otros que no tienen tan buenos los ojos, no podrán verlo; y, si yo os traigo aquí el sol, ¿quién lo podrá ver de hito en hito? Si estando tan alto, tan lejos, no podremos mirar al sol, porque nos hace daño en la vista, ¿cómo podríamos verlo de cerca? Pero ¿qué es la luz del sol y de las estrellas y de todititos los focos y velas y cerillos del mundo en comparación de la luz de Dios? Si reunimos todas esas cosas y todas las que dan luz y hacemos un montón de luz, parecerá una chispita que se apaga, en comparación de la luz de Dios, y así nadie puede verlo y mucho menos entenderlo; sin embargo algo sí podemos saber de Dios. Mas antes de que os explique esta respuesta, vamos a darle dos repasitos todos juntos; despacito lo diré yo y ustedes repiten, también despacito: Por la palabra Dios entiendo... un espíritu purísimo... infinito en todas sus perfecciones... que crió todas las cosas... así del cielo como de la tierra...

Otra vez: Por la palabra Dios entiendo un espíritu purísimo... infinito en sus perfecciones... que crió todas las cosas así del cielo como de la tierra...

Ya algunos se lo han aprendido, mas vamos a dar una explicación y así podréis decirme si me falta por explicar algo, pues a lo mejor se me olvida. Así, pues, atención.

Por la palabra Dios entiendo un espíritu. ¿Qué es eso de espíritu? No existen sólo las cosas que vemos; al aire no lo vemos, pero lo sentimos; en el aire existe la electricidad, ¿ustedes han visto la electricidad? ¿qué cosa es la electricidad, de qué color es? No, no la vemos, mas sí vemos cómo un foco se enciende por la electricidad, vemos cómo un tranvía camina por la electricidad. No vemos la electricidad, pero vemos los efectos, lo que produce la electricidad. No vemos el radio, pero lo oímos. ¡Qué bonito se oye el radio, ¿verdad? Pero, ¿cómo se mete la voz de los cantores, o las músicas de los instrumentos en esa cajita del radio? No vemos cómo, pero sí sabemos que existe por los efectos. Así también hay cosas que conocemos no porque las vemos, sino por sus efectos, por lo que hacen. ¿Sabéis de qué color es un pensamiento?, ¿sabéis si es gordo o flaco? Cuando queréis a vuestra mamá, ¿ese querer es colorado o verde? No vemos los pensamientos con los ojos del cuerpo, ni el querer, porque son cosas espirituales y, así como no cogemos plátanos de un naranjo o naranjas de un nopal, así también las cosas espirituales brotan de un espíritu. Nosotros tenemos espíritu, porque pensamos y porque queremos, y lo sabemos aunque no hayamos visto nunca nuestro espíritu. Nosotros tenemos espíritu, pero también tenemos carne, cuerpo y así nuestro espíritu no es espíritu puro; en cambio los Angeles no tienen cuerpo, son espíritus porque piensan y quieren y son espíritus puros porque no tienen cuerpo, pero no siempre han existido y por eso no son espíritus purísimos, mas Dios Nuestro Señor, piensa, quiere, no tiene cuerpo, y siempre ha

existido y existirá, por eso decimos: Por la palabra Dios entiendo un espíritu purísimo. ¿Tiene Dios cuerpo, Joaquín? ¿Piensa Dios y quiere Dios, Josefina? ¿Lo que piensa y lo que quiere, qué cosa es, Luis? ¿Qué entiendes por el nombre de Dios, Agustín?

Muy bien; entiendo por el nombre de Dios un espíritu purísimo y ¿qué más, José? Bien: Infinito en sus perfecciones. ¿Qué querrá decir eso de infinito? Vamos a ver, si vemos una piedra decimos que está inmóvil, porque no tiene movimiento. Decimos que el aire es incoloro, ¿por qué, Anastasio? Fíjate: *"in-color-o"*. ¡Eso, eso es; que no tiene color. ¿Qué querrá decir in-finito, María? ¡Muy bien! Que no tiene fin. Infinito en sus perfecciones ¿qué querrá decir, Nemesio? ¡Ya véis cómo lo sabíais; sólo que no os habíais fijado, ¿verdad? Conque infinito en sus perfecciones quiere decir que no tiene fin o límite en sus perfecciones. Todas las cosas tienen sus perfecciones: su color, su sabor, su tamaño; pero una naranja, por ejemplo, no sabe a guayaba; un melón no sabe a pan; una manzana verde no es colorada; una banca tiene sus límites; ésta, se acaba aquí. Así todas las cosas tienen perfecciones, pero limitadas o con fin. Entre los niños unos saben más que otros; los sabios no lo saben todo, tienen límites en su sabiduría o ciencia, tienen un fin, un *"hasta aquí"*; pero Diosito es tan grandote en sus perfecciones que no tiene límites, que no tiene fin, es infinito en sus perfecciones. Dijimos que tiene su pensamiento, ¿lo sabrá todo? ¡Claro que todo lo sabe, hasta lo que estamos pensando en nuestra cabeza! Hay algunos niños que se las echan y dicen lo saben todo, pero ¿a que no saben cuando una nuez está vana? ¿Lo sabrá Diosito? Un niño sale de su casa y no sabe si un camión lo va a machucar, ¿lo sabrá Diosito? ¡Qué hermosas y cuántas son las estrellas! ¿Sabrá Diosito lo que hay en las estrellas y cuántas estrellas hay? ¿Por qué? Porque Dios lo sabe todo, pues es infinito en sus perfecciones. Y lo que decimos de la inteligencia de Dios podemos decirlo también de todas sus demás perfecciones. Más adelante hablaremos otra vez de estas perfecciones de Dios; lo que ahora necesitamos aprendernos es que esas perfecciones son infinitas. ¿Qué entiendes por el nombre de Dios, Juan? Dilo tú, Teresa, completo.

Lo demás de la respuesta casi no necesita explicación, pues ya lo sabéis, ¿cómo dice, Nicolás? ¿Qué entiendes por el nombre de Dios? Entiendo por el nombre de Dios un espíritu purísimo, infinito en sus perfecciones, que crió todas las cosas así del cielo como de la tierra. Repítelo, Sebastián.

¿Podrías decirme lo que esto significa, Juan? Antes de que existiesen las cosas, ¿qué había? Nada. Sacar las cosas de la nada, ¿qué es? Crear. ¿Quién hizo el sol, la luna, las estrellas, las plantas, el mundo? Dios. ¿De qué lo hizo? De la nada. Entonces, ¿no puedes decirme qué significa esta frase: que crió todas las cosas? Muy bien: que Dios hizo de la nada todas las cosas.

Pero dice: así del cielo como de la tierra; ¿qué hay en el cielo,

Pablo? Estrellas. Las estrellas están en el firmamento, no en el cielo. ¿Qué hay en el Cielo, Margarita? ¡Qué chambones! ¿No os acordáis que dijimos que Dios había hecho o creado unos...? ¡Angelitos!, eso, eso es: los ángeles. Esto decimos en la respuesta; que no sólo creó los animales, los hombres, las plantas, sino también lo angelitos y así decimos: que crió todas las cosas, así del cielo como de la tierra. ¿Qué creó en la tierra? Dilo, Pedrito. Sí, sí, todas las cosas ¿verdad?

Creo que ya sabéis bien, todos, la respuesta: Entiendo por el nombre de Dios un espíritu purísimo, infinito en sus perfecciones, que crió todas las cosas así del cielo como de la tierra. Y entendéis que a Dios no lo vemos porque es espíritu, como no vemos nuestra alma, pero nuestra alma tiene cuerpo, y Diosito no lo tiene; como más grande y hermosos que los ángeles, Dios es espíritu purísimo y con unas perfecciones tan grandotas que no acaban nunca, que no tienen límites, que no tienen fin o infinitas; que tienen un poder tan grandote que de la nada cría todas las cosas: de estas cosas unas están bajo el cielo, otras arriba del cielo; bajo el cielo Dios crió muchas cosas ¿cómo qué, Dimas?, ¿qué más, Lucas?... (Suelen ser muy curiosas las respuestas de los niños, llegando a poner: el arroz con leche, las quesadillas, etc.). Y sobre el Cielo, ¿qué crió? Los ángeles.

Ahora voy a hacer la pregunta del Catecismo y me contestan los niños de esta banca. ¿Qué entiendes por el nombre de Dios? ... Ahora los niños de esta otra banca... Ahora... Ahora Margarita, Josefa, Lucas, Mario...

Ya véis, parecía muy difícil aprenderse esto; pero ya lo sabéis. No se os olvide y para eso, los que sabéis leer, repasadlo en casa; si no sabéis leer, pedidle favor a alguno de vuestros hermanitos o amigos que os lean para repasarlo y aprenderlo bien, pero muy bien y, si ellos no lo entienden aunque sepan leerlo, vosotros podréis explicárselo como lo hemos hecho aquí.

¿Por qué no vemos a Dios, Julián? ¿Qué clase de espíritu es Dios, Teresa? Las perfecciones de Dios, son chiquitas o grandotas? ¿Por qué? ¿Qué hizo Diosito con su poder tan grandote, Luis? Crió todas las cosas.

¡Cuántos niños, aún hombres grandes no saben quién es Dios! ¡Pobrecitos! En cambio vosotros ya lo sabéis. Vamos a darle gracias al Niño Jesús que está, ¿dónde, Juanito? Eso es, en el Sagrario; vamos, pues, a dar le gracias porque nos ha enseñado estas cosas que antes no sabíamos. Le rezaremos, con los bracitos cruzaditos, los ojitos fijos en el Sagrario, un Padre nuestro, ¿queréis? Padre.....

Benjamín A. Paredes, SS. CC.

BIBLIOGRAFIA

Libros y Juicios

● **QUODLIBETOS PARA UNIVERSITARIOS. - Tomo II. - La Cuestión Agraria. — Por el Phro. D. Ramiro Camacho, Prof. en Ciencias. — 21 x 13.5 cms. — 120 págs. — Ejemplar: $ 1.50. — De venta en la "Librería Font." — Guadalajara, Jal.**

En la parte histórica de la obrita se admite toda la conseja de la propaganda revolucionaria. A medida que progresan las investigaciones históricas, así sobre la época precortesiana, como sobre la época de la colonia, las adquisiciones de la ciencia van desmintiendo plenamente la conseja revolucionaria, sobre el comunismo de los indios, el carácter y la universalidad de los ejidos, el ejercicio del derecho de propiedad en los conglomerados sociales indígenas, etc. Hay, pues, que hacer más de una reserva a esta parte del trabajito, y no conviene repetir con mucha seguridad toda la conseja revolucionaria a este respecto.

Llama mucho la atención encontrar para el mismo caso dos soluciones radicales opuestas, -contradictorias-, en la pág. 12 parece negarse que la prescripción —sería más secular la posesión y la buena fe, a lo menos subsiguiente en los herederos,— haya legitimado la posesión injusta de las tierras; y en la pág. 42, se invoca con toda justicia la prescripción para legitimar, a lo menos en vista de la buena fe subsiguiente de los herederos, la posesión injusta de tierras. No se puede admitir el criterio de dos pesas y dos medidas.

En la pág. 5, admirablemente bien, por cierto, se puntualiza la limitación que intrínsecamente tiene, por el Derecho Natural el derecho de propiedad privada; En las págs. 94 y siguientes, se apela a otro criterio, el cual ciertamente no es el criterio tradicional de nuestros teólogos y moralistas. ¿Por qué se prescinde del elemento esencial, al estudiar el caso México?

Es inexacto, para justipreciar la única razón que justifica las limitaciones al derecho de prosperidad y a su ejercicio: el bien común; atender sólo al apriorismo de la teoría. El bien común no es en cada sociedad y en cada caso un bien abstracto y teórico; es una realidad concreta, y es sumamente desacertado para justipreciar donde está el bien común, atender única y exclusivamente al aspecto teórico "latifundio" o "pequeña propiedad territorial." La capacidad de la tierra, las condiciones económicas y comerciales de la agricultura, las vías de comunicación, el mercado, las esperanzas de luchar con la concurrencia, el material humano, son factores esenciales en la justipreciación de Bien Común. Por tanto, el sólo aspecto del latifundio, no da los datos para valorizar dónde y cómo está el bien común.

El capítulo titulado "¿Es lícito aceptar las tierras del reparto?" es especialmente propicio para desorientar a no pocos. Se examina el caso teórico, —lo que debería haberse hecho, ateniéndose políticos y líderes a la ley. Supuesto que se cumplen, teóricamente, y en la legislación las condiciones requeridas por el Derecho Natural; concluye el Autor que el reparto, —no teórico, sino práctico,— es irreprensible. Esta argumentación no puede pasar. Ni vale

decir que esos son abusos e injusticias de los hombres y no de la ley. Porque en concreto el agrarista que recibió la tierra, la recibió mediante el abuso y la injusticia del político o del líder. Este fue de hecho un injusto damnificador, y un violador de la justicia, y el fruto concreto y práctico de su injusticia es la tierra que recibe el agrarista. La moral se opone, en este caso, como en cualquier otro, a que en nombre de una ley teórica, se cohonesten injusticias de los hombres y manejos de los malos.

En el capítulo **"Cuestión controvertida"**, hay ideas inexactas. No es lo mismo "derecho a la propiedad privada" que "división de las tierras" o actual ejercicio del derecho de propiedad. Los textos de los teólogos alegados en esas páginas, se refieren única y exclusivamente a la **"división de la tierra,"** es decir al ejercicio del derecho de propiedad, no a su esencia.

Los textos que suelen alegarse a este respecto, todos sin excepción se refieren única y exclusivamente al ejercicio del derecho de propiedad, a la **"división de la tierra."** Al contrario cuando los autores clásicos tratan expresamente del derecho de propiedad, jamás apelan a la división de las tierras, y siempre suponen o demuestran que es de Derecho Natural propiamente tal, y que no tiene sino una limitación posible y embebida en su misma naturaleza la perturbación del bien común.

Cuando los autores del siglo XVI y mucho más los del siglo XIII hablan del Derecho de Gentes, no entienden por Derecho de Gentes, ni mucho menos lo que los autores modernos significan con ese nombre. De aquí resulta que se apoya en una confusión de ideas, el apelar a los antiguos, cuando éstos llaman algo de Derecho de Gentes, para demostrar que no es de Derecho Natural. En cada caso particular hay que verificar la terminología. Consta ciertamente, que al tratar de la división de las tierras los antiguos, y denominarla de **"Derecho de Gentes,"** entendían algo que en nuestra terminología, en este punto más precisa, ellos mismos llamarían de Derecho Natural.

Aun supuesto que se necesitara esa especie de vigencia del Derecho de Gentes para que una posesión territorial fuera mía; purificada la condición en un régimen económico X, yo sería verdadero dueño de esa tierra, y desde ese momento, sobre lo mío se ejercitaría el derecho de propiedad en toda su extensión y con toda su amplitud. Es decir purificada la condición, sobre eso entraría en vigor, plena y totalmente la justicia conmutativa, y nadie, ni nada sin violar mi derecho de propiedad, y sin sujetarse a las obligaciones de la justicia conmutativa podría quitármelo. El Estado en virtud de su autoridad, cuando lo exigiera el bien común, podría ciertamente expropiar, pero, —excepción hecha de un caso rarísimo— indemnizándome, e indemnizándose en virtud de haber tomado lo mío, es decir por extricta obligación de justicia conmutativa.

No hay fundamento sólido, ni en los antiguos, ni en los modernos, en la peregrina idea de distinguir la amplitud del Derecho de Propiedad, por el carácter de necesarios o supérfluos de los bienes poseídos. Quienes y otros sobrellevan diversas obligaciones de justicia social y de caridad, es cosa evidente y que nadie habrá negado con razón. Que se necesiten cumplir todas esas obligaciones para hacer de mis bienes el uso recto, mandado por la moral, es así mismo evidente. Pero que los bienes supérfluos, en tanto puedan ser objeto del ejercicio del derecho de propiedad, en cuanto estén garantizados por una ley positiva, (ya sea de Derecho de Gentes, ya sea de una Nación particular), es el plano inclinado que lleva al positivismo jurídico, como enseña Su Santidad Pío XI en su Encíclica **"Quadragesimo anno."**

Una vez admitido el principio anterior: se necesita la disposición positiva para darle su carácter completo al derecho de propiedad; el positivismo jurídico se impone lógicamente, y la consecuencia necesaria no puede ser otra que la afirmación teórica del comunismo contemporáneo, o del estatismo totalitario de nuestros días. Por estas razones son peligrosísimas esas ideas, no están fundadas en nada serio, y contradicen la doctrina tradicional de la Iglesia. Por otra parte no se necesita para nada.

No deja de llamar la atención que el Autor cite las exactas y prudentes normas del Excmo. Sr. Sánchez Paredes, para orientar a sus fieles y sacerdotes sobre el problema de cuándo y cómo urge la restitución en materia agraria; **precisamente en el capítulo** en el que el Autor resuelve que no se da tal obligación.

Eduardo Iglesias, S. J.

● **SEMINAIRE OU NOVICIAT? — Prêtre dans un diocèse ou dans un ordre religieux? — Por Joseph de Guibert, S. J. — 18.5 x 12 cms. — 184 págs. — Ejemplar: 12 francos. — De venta en "Editions Spes." — 17 rue Soufflot. - Paris, Francia.**

El P. de Guibert, **docto profesor** de la Universidad Gregoriana en Roma, es sin duda alguna una de las primeras autoridades en Teología espiritual.

En este libro el P. de G. habla del problema de tantas almas que se sienten llamadas por Dios al ministerio sacerdotal, pero no saben si deben llegar a él a través del Seminario, dentro del clero diocesano, o a través del noviciado, dentro de alguna orden religiosa. Este problema es abordado no por razones de polémica, ofensiva o defensiva, sino con el fin laudabilísimo de iluminar a las almas que directa o indirectamente necesiten conocer la voluntad de Dios sobre este punto.

Propuesto el problema en el Cap. I., pasa, en el Cap. II., a considerar breve, pero claramente lo que puede mover a las almas hacia una u otra dirección. Evidentemente algunas intervenciones humanas son abusivas y pueden impedir que las almas cumplan con su vocación; pero hay motivos de orden humano que son perfectamente legítimos (gusto natural por la contemplación, amor a las misiones, deseo natural de trabajar especialmente en la acción social o parroquial, posibilidades y aptitudes propias, el género de vida acostumbrada... etc., etc.)

En el Cap. III habla de las respuestas que se pueden dar a la cuestión en general; respuestas, según él poco satisfactorias, pues es difícil comparar los dos estados de vida y sacar conclusiones prácticas, sin tener en cuenta las circunstancias particulares que hay en cada caso. Da reglas especiales y precisas para lo que hay a este respecto en la tradición y documentos eclesiásticos.

En el Cap. IV pone los términos **concretos del problema, según el momento actual.** Analiza los elementos comunes y los exclusivamente propios de cada uno. Capítulo interesantísimo para conocer bien las ventajas y posibilidades que hay en una y otra parte; el clero diocesano es **"l'armature meme, l'ossature du corps de l'Eglise,"** los religiosos extra-diocesanos están **"roués au service des intérêts plus généraux de l'Eglise, comme certaines réserves mobiles des armées..."**

De esta manera llega, en el Cap. V., a exponer directamente los motivos sobrenaturales de santificación propia y de trabajo pastoral que pueden influir en la elección. Pero evidentemente en todo este asunto la última palabra pertenece a la gracia de Dios. Esto se trata brevemente en el Cap. VI, tratando al mismo tiempo del papel que desempeña en la elección el director espiritual.

Termina el libro con un apéndice histórico sobre algunos textos principales de Padres, Doctores y Maestros de la vida espiritual.

Lo dicho basta para dar a conocer el fondo y el valor de este libro. Que en algunos detalles se puedan discutir las ideas del autor es natural; pero, repetimos, servirá de mucho para aclarar ideas e iluminar almas. Es un libro utilísimo para todos los que se sienten llamados por Dios y tanto o más útil para los directores espirituales. Es un libro, finalmente, que recordará a los sacerdotes tanto diocesanos, como religiosos, sus deberes de santificación y apostolado por Dios y por las almas.

S. Castro Pallares, Pbro.

● **LA DOCTRINA CATOLICA Y LA CUESTION OBRERA. — Comentario a la Carta Encíclica "Firmissimam Constantiam" de su Santidad Pío XI, por el Excmo. y Rvmo. Sr. Arzobispo Coadjutor de Puebla, Dr. D. José Ignacio Márquez. — 15.5 x 10 cms. — 64 págs. — Ejemplar: $ 0.25. — De venta en "Buena Prensa." — Donceles 99-A. — Apartado 2181. — México, D. F.**

Opúsculo simple y sencillamente necesario y práctico. El Excmo. Sr. Márquez, competentísimo en cuestiones sociales, ha tratado de poner de relieve la eficaz y saludable intervención de la Iglesia en la solución de los problemas de la vida. Conocida la enfermedad, aplica el remedio oportuno, explicándonos con maestría nada común, la Encíclica Firmissimam constantiam que habla tan de cerca al pueblo y clero mexicanos. Para los grandes males, los grandes remedios, y solamente la Iglesia en su divina farmacopea puede proporcionar, mediante sus sacerdotes (médicos del alma), los medicamentos eficaces para sanar el mal de raíz. está. Las cosas se buscan donde se Es inútil buscar el remedio donde no necesitan y se hallarán donde están. No hay otro camino que buscar en las enseñanzas de la Iglesia, Madre que en su seno guarda la vida de sus hijos, el remedio adecuado, pronto y eficaz.

R. Escalona C.

● **"CATECISMO DE ACCION CATOLICA. — Por el Pbro. Ignacio M. Hernández. — 17 x 11.5 cms. — 59 págs. — Precio: $ 0.10. — De venta en "Buena Prensa". — Apartado: 2181 México, D. F.**

En otra oportunidad tuvimos que decir algo de esta obrita cuya tercera edición aparece ahora: brevemente expone lo que es la Acción Católica y su organización y esta vez con mayor exactitud en algunos de sus conceptos y amoldándose a las pesueñas variantes que la Organización ha tenido recientemente. — No bastante conocida la nueva edición creemos necesario recomendarla, pues demuestra su bondad.

Benjamín A. Paredes, SS. CC.

ATENTO RUEGO

Cuando visite usted a la Virgen Santísima de Guadalupe en su I. y N. Basílica, no deje de adquirir sus "recuerdos" en esta su casa, donde hallará el más completo surtido en ARTICULOS GUADALUPANOS, así como en Rosarios, Medallas, Cadenitas, Crucifijos, Escapularios, Velas de cera, Opúsculos, Esculturas, Devocionarios, Libros y otros primorosos articulitos especiales para recuerdo y regalo a sus familiares y amigos. Si no puede usted venir, le enviaremos lo que desee por Correo Reembolso o Express C. O. D.; todo a menor precio posible y cuidadosamente empacado.

Colecturía General de la Basílica

José Alvarez V.

Plaza Hidalgo, 5 Apartado Postal Nº 7.
(Junto al atrio del Templo)
GUSTAVO A. MADERO, D. F. (Antes Guadalupe Hidalgo)